

EJÉRCITO



La Guerra de 1808

REVISTA DEL EJÉRCITO DE TIERRA ESPAÑOL
NÚMERO 926 EXTRAORDINARIO JUNIO 2018 - AÑO LXXIX



Batalla de San Marcial.
Obra de Ferrer Dalmau

Extraordinario Junio 2018 • AÑO LXXIX. • NÚM. 926

ÍNDICE



EDITA:



DIRECCIÓN

Director

General de brigada Luis FELIÚ BERNÁRDEZ
Subdirector de Asistencia Técnica de JCISAT

Subdirector

Coronel Manuel Salvador HERRÁIZ MARTÍNEZ

Jefe de Edición

Coronel Antonio VARET PEÑARRUBIA

CONSEJO DE REDACCIÓN

Coroneles

Tejeda Fernández, Lunar Bravo,
Castellanos Moscoso del Prado, Guerrero Acosta
Baeza López, Martínez Viqueira, Bordonado y Urrutia

Tenientes coroneles

Gómez Blanes, Gómez Reyes, Enriquez González,
Sánchez de Toca Alameda, Puig de Sobrino

Comandantes

Salinero Rayón, Arribas Lucas

Capitanes

Rodríguez Santisteban, Domínguez Ruiz

Suboficial Mayor

Coloma Guijarro

Corrector de pruebas

José Manuel Riveira Córdoba

Documentación

Emilia Antúnez Monterrubio

Ofimática y Maquetación

Fernando Aguado Martínez
Ricardo Aguado Martínez
Ana María González Perdonés
M^º Eugenia Lamarca Montes

Imprime

Ministerio de Defensa

NIPO: 083-15-005-2 (edición en papel)

NIPO: 083-15-004-7 (edición en línea)

Depósito Legal: M. 1.633-1958

ISSN: 1696-7178 (edición papel)

ISSN: 2530-2035 (edición digital)

Publicidad

EDITORIAL MIC C/ Artesiano s/n.

Polígono Industrial Trobajo del Camino, 24010 León

Teléf.: 902 271 902 / Fax: 902 371 902

Email: direccion@editorialmic.com

marketing@editorialmic.com

Fotografía

MDEF, DECET



LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. 210 ANIVERSARIO (1808-2018)

INTRODUCCIÓN

José Manuel Guerrero Acosta. *Coronel. Ingenieros*

3

¿POR QUÉ RECORDAR LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA?

José Manuel Guerrero Acosta. *Coronel. Ingenieros*

4

EL PAPEL DE LOS EJÉRCITOS BRITÁNICOS

Leopoldo Stampa Piñeiro. *Embajador de España*

13

LA PERSPECTIVA HISTÓRICA FRANCESA EN EL ÚLTIMO DECENIO (2008-2018):

NAPOLEÓN, JOSÉ I Y LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Jean-René Aymes. *Hispanista*

19

LAS BAJAS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. REFLEXIONES A LA LUZ DE NUEVOS DATOS

Jorge Planas Campos.

Foro para el Estudio de la Historia Militar de España (FEHME)

31

LOS PRISIONEROS BAJO PALABRA. UN CASO SINGULAR DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José María Espinosa de los Monteros Jaraquemada.

Presidente del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España (FEHME)

36

«CON LAS BOMBAS QUE TIRAN LOS FANFARRONES».

LA PALABRA COMO ARMA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

María del Carmen Imaz Azcona. *Lingüista de la UNED*

46

VIÑETAS SOBRE UNA GUERRA. LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN LOS TEBEOS

Jesús Maroto de las Heras.

Foro para el Estudio de la Historia Militar de España (FEHME)

55

EL DISTINTIVO DEL EJÉRCITO ESPAÑOL: DE LA ESCARAPELA ROJA AL ÁGUILA

Luis Sorando Muzas. *Presidente de la Asociación Napoleónica Española*

68

EL FENÓMENO GUERRILLERO EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José María Pardo de Santayana y Gómez-Olea. *Coronel. Artillería. DEM*

72

NUESTRAS INSERCIONES

EL RINCÓN DEL MUSEO DEL EJÉRCITO

67

NOVEDADES EDITORIALES DEL MINISTERIO DE DEFENSA

71

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR

80

NORMAS DE COLABORACIÓN

81

INTERIOR DE CONTRAPORTADA: Malasaña y su hija se baten contra los franceses...

Obra de Eugenio Álvarez Dumont. Museo del Prado

83

Suscripción y venta: calle del Factor nº 12 - 4ª planta C.P.: 28013 MADRID

Teléf.: 915160485

ejercitorevista@et.mde.es

Suscripción anual: España 12,02 euros; Europa: 18,03 euros; resto del mundo: 24,04 euros.

Revista fundada el 30 de septiembre de 1939, siendo continuación de la revista *La Ilustración Militar* fundada en 1880, el semanario *El Mundo Militar* fundado en 1859 y el periódico *La Gaceta Militar* fundado en 1857.

La *Revista Ejército* es la publicación profesional militar del Ejército de Tierra. Tiene como finalidad facilitar el intercambio de ideas sobre temas militares y contribuir a la actualización de conocimientos y a la cultura de defensa. Está abierta a cuantas personas sientan inquietud por los temas militares. Los trabajos publicados representan, únicamente, la opinión personal de los autores sin que la Revista Ejército, ni ningún organismo oficial, compartan necesariamente las tesis o criterios expuestos.



INTRODUCCIÓN

Presentación del número extraordinario de la revista Ejército sobre la guerra de la Independencia, conflicto que marcó militar, político, económico y socialmente el siglo XIX español y parte del siglo XX.

Levantamiento simultáneo de las provincias de España contra Napoleón. Año 1808

José Manuel Guerrero Acosta
Coronel. Ingenieros

La guerra de la Independencia contra la invasión napoleónica, *guerre d'Espagne* para los franceses o *Peninsular war* para los británicos, ha marcado para la historiografía clásica la división entre la edad moderna y la contemporánea. Para la historia de España, lo acontecido durante sus seis años de desarrollo (1808-1814) tendrá repercusiones durante todo el resto del siglo XIX, y para algunos historiadores, sus consecuencias sociales, políticas y militares se extienden incluso hasta la contienda de 1936-1939.

En cuanto a la historia del Ejército, el conflicto que el conde de Toreno llamó «alzamiento, guerra y revolución de España» significó el paso de un Ejército de tipo profesional y de propiedad real, a otro nacional, de recluta uni-

versal, fruto de las circunstancias de la guerra y de la acción de las Cortes de Cádiz. Esta idea, no obstante, ha de matizarse a la luz de los acontecimientos inmediatamente posteriores, durante el reinado de Fernando VII, que significó en muchos aspectos una regresión al régimen anterior. De hecho, el monarca, sin confianza alguna en unas Fuerzas Armadas cuyos mandos habían abrazado en gran parte el régimen liberal, disolvió de facto el Ejército, y creó una estructura militar basada en la Guardia Real, hasta que mediante un proceso de depuración política (las «purificaciones»), obligatoria para todos los mandos, volvió a reorganizarse el ejército regular tras el breve paréntesis del Trienio Liberal de 1821-1823.

En cuanto a las consecuencias, de todo orden, del conflicto de 1808 pueden citarse la dicotomía entre absolutistas y liberales; la cuestión sucesoria que provocará los conflictos carlistas; la tendencia a un intervencionismo militar a lo largo de todo el siglo XIX y la emancipa-

ción de las provincias americanas, entre otras muchas. Para las ciencias auxiliares de la historia, el interés de este período es máximo, en cuanto a las múltiples novedades, muchas de ellas únicas en cuanto a organización, pensamiento militar, táctica de empleo de las armas, uniformes, banderas, emblemas, etc. Como en otros aspectos del conflicto bélico, muchos de ellos desgraciadamente aún están muy lejos de ser estudiados en toda su profundidad.

En este dossier, que presentamos en la revista Ejército, se incluyen algunos aspectos poco tratados anteriormente y se ofrecen puntos de vista novedosos con intención de animar al lector interesado a profundizar sobre el tema de la guerra de 1808-1814. Mediante la bibliografía ofrecida en los ensayos puede ampliarse el estudio de un conflicto que tanto marcó a nuestros antecesores militares, tan profundas huellas dejó en el tejido nacional y tan amplio recuerdo dejó en la cultura y en la sociedad españolas. ■



¿POR QUÉ RECORDAR LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA?

Columnas de infantería francesa.
Obra de Bernard Granville Baker

«Esa maldita guerra de España...fue mi ruina...»

Napoleón Bonaparte

José Manuel Guerrero Acosta
Coronel. Ingenieros

Descripción de la situación en España, tanto del poder político como de su Ejército, el por qué del levantamiento contra los franceses y los esfuerzos de los españoles por constituir un Ejército operativo, junto con los sacrificios de la Nación, son los motivos por los que recordar esta guerra cuyas consecuencias han llegado hasta mediados del siglo XX

A principios del siglo XIX, Europa entera era sacudida por el poder emergente de la joven República Francesa. Las nuevas ideas de la

Revolución entraban en lucha frontal con las del Antiguo Régimen imperantes en el resto de las monarquías del continente. Napoleón había conducido a la victoria a sus tropas en Italia, Austria y Prusia entre 1802 y 1807. Pronto volvería sus ojos hacia la península ibérica. Aprovechando la alianza existente con España y el conflicto dinástico entre el rey Carlos IV y Fernando, príncipe de Asturias, tres cuerpos de ejército franceses comenzaron a cruzar la frontera desde febrero de 1808, y ocuparon diversas poblaciones del noreste español. La caída del favorito del rey, Manuel de Godoy, en el motín de Aranjuez, organizado durante la noche del 17 de marzo por los partidarios del príncipe de Asturias, precipitaría los acontecimientos, y Napoleón decidiría hacerse con el poder. Para ello, tras secuestrar a la familia real en Bayona, ordenaría ya decididamente la ocupación militar del país y el nombramiento de su hermano José como nuevo rey de España.

El disgusto del pueblo por la presencia de tropas extranjeras de

Tras secuestrar a la familia real en Bayona, ordenaría ya decididamente la ocupación militar del país y el nombramiento de su hermano José como nuevo rey de España

ocupación en sus pueblos y ciudades provocó multitud de incidentes que culminarían en el Levantamiento del Dos de Mayo en Madrid, alentado por el partido fernandino y que sería el detonante para lo que el conde de Toreno denominaría como «levantamiento, guerra y revolución de España». Porque no fue solo una lucha contra una potencia extranjera. Para muchos españoles, que militaban tanto en un bando como en el de los afrancesados, será también una lucha civil contra un sistema político caduco. Con un país descabezado políticamente, con un ejército que perderá su cohesión y organización ante el vacío de poder, y con la presencia, ya en el mes de junio de 1808, de casi 200.000 soldados franceses, comenzó una desigual lucha contra el invasor.

Bonaparte contaba además con que el Real Ejército se hallaba muy disminuido por la ausencia de los 12.000 hombres de la expedición al mando del marqués de la Romana enviada a Dinamarca para apoyar a las fuerzas imperiales y los de una división que ocupaba Portugal desde el año anterior.

En medio de una confusa situación, los hombres que componían el ejército se vieron en la disyuntiva de obedecer las órdenes de las legítimas autoridades godoyistas, favorables por lo general a Napoleón, o bien desobedecerlas y unirse a la sublevación, que en muchos casos estaba provocando asesinatos de franceses y partidarios de Godoy y desórdenes públicos generalizados.

Muchos oficiales y soldados abandonaron las unidades en que servían para formar en los nuevos regimientos recién creados por las Juntas de Defensa, como en Castilla la Vieja. En otros casos, como en Andalucía o Galicia, los antiguos regimientos en pleno pasaron a las órdenes de las nuevas autoridades sublevadas contra el invasor.

En conjunto, al comenzar la guerra de la Independencia, España solo contaba con unos 60.000 soldados regulares que oponer a los más de 180.000 franceses de las fuerzas de ocupación. La mayor parte de los



Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses en su gabinete de trabajo

soldados que se enfrentarían al ejército imperial serían reclutas y voluntarios con escasa o nula instrucción.

El Ejército español en 1808 se hallaba en una situación muy comprometida. Durante los años anteriores a la invasión napoleónica se habían acumulado numerosas deficiencias. Además, había varias reformas sin culminar, como la reorganización de la artillería y la caballería, el ensayo de una nueva táctica de infantería o incluso el cambio de color y diseño de todos los uniformes en 1805.

Como venía siendo mal endémico desde décadas, las plantillas estaban incompletas: faltaba entre un 15 % y un 40 % de la fuerza según las unidades. La situación de la caballería era aún peor, pues tenía sin montar a un tercio de sus efectivos. Los sueldos eran escasos para el nivel de vida, y muchos oficiales preferían permanecer solteros hasta edades avanzadas para evitar mayores gastos.

En 1802 se estableció una organización táctica agrupando varios regimientos para formar brigadas



de combate que debían reunirse anualmente en los campos volantes de instrucción para maniobras. Pero Carlos IV ordenó que se suprimieran estas, temiendo que sirvieran para que algunos mandos partidarios del príncipe de Asturias confabularan contra él. Por ello, no existía la instrucción conjunta de entidad superior a regimiento. La última experiencia de guerra en los Pirineos contra la Convención francesa había sido una guerra de pequeñas unidades en terreno montañoso.

DESTRUCCIÓN DEL EJÉRCITO REGULAR

A pesar de estos males, por otra parte comunes a otros Ejércitos europeos de aquel período, las unidades del viejo Ejército Real se comportaron adecuadamente en las batallas iniciales de la guerra, especialmente cuando actuaban unidas a otras unidades regulares, como en Bailén. Sin embargo, empezarán a sufrir numerosas bajas que no podían ser reemplazadas. Pronto se verían



obligadas a combatir junto con unidades de voluntarios recién formadas, con escasa o nula instrucción, muy susceptibles de abandonar sus posiciones frente a las imponentes columnas francesas, lo que provocaría el hundimiento del despliegue español y la pérdida de una batalla tras otra. Así, tuvieron frecuentemente que sacrificarse para cubrir la retirada del resto de las fuerzas propias, como en las batallas de Espinosa de los Monteros, Tudela o Medellín. Por ello puede decirse que a principios de 1809 el ejército de Carlos IV había dejado definitivamente de existir.

Por otra parte, las autoridades políticas se organizaron en las llamadas Juntas de Defensa en todas las provincias, pero la descoordinación con la que trabajaban o las rivalidades entre ellas hicieron ineficaz la actuación de las tropas que organizaron a

toda prisa. Enviados al combate con más entusiasmo que preparación, estos ejércitos improvisados pronto serán batidos por los franceses. La victoria de Bailén el 19 de julio de 1808 será una excepción; gracias a la presencia mayoritaria de unidades veteranas (procedentes del asedio de Gibraltar) en las filas españolas, las águilas francesas mordieron por primera vez el polvo en un campo de batalla europeo. Para restablecer la situación, Napoleón Bonaparte acudirá al frente de 200.000 hombres de refuerzo en noviembre, expulsando al ejército británico de Moore, que se había internado desde Portugal para tratar de apoyar a los españoles.

Se produjeron en este período graves reveses para las tropas españolas, y en el verano de 1809 los nuevos refuerzos británicos al mando de

La falta de continuidad de los mandos y de los componentes de los cuarteles generales impidió explotar las lecciones aprendidas a base de sangre y pérdidas humanas

Girona tres vegades inmortals (Tres veces inmortal).
Gerona sufrió tres asedios de las tropas napoleónicas.
(El gran día de Gerona, cuadro de Martí Alsina)





La artillería española se demostró eficaz en numerosas ocasiones, aunque las piezas eran de mayor calibre y mucho menos maniobrables que las francesas. No existieron tropas de tren de combate hasta 1811, y las baterías a caballo eran muy escasas

Sir Arthur Wellesley, duque de Wellington, comandante en jefe del ejército aliado en España

Wellington se refugiarán en Portugal, de donde no saldrían ya decididamente hasta 1812. Napoleón decidió atacar Austria, creyendo que España era una cuestión terminada. Él mismo reconocería el gran error en sus memorias. La guerra no había hecho más que empezar. Se produjeron las gestas de los asedios de Zaragoza y Gerona, donde sus habitantes y, sobre todo, la guarnición militar resistieron y combatieron entre ruinas hasta agotar sus recursos y ser vencidos por el hambre y las privaciones.

UN DESEQUILIBRIO PERMANENTE EN FUERZAS Y MATERIAL

Al producirse la sublevación en toda España durante el mes de mayo

de 1808, el desequilibrio de fuerzas existente entre los dos bandos era patente. Como ya hemos apuntado, frente a los 180.000 invasores, el Ejército Real no era capaz de alinear más de 90.000 efectivos, que además se encontraban dispersos por todo el territorio y, como hemos dicho, en el exterior. La única concentración eficaz de fuerzas se realizó en el sur, donde el teniente general Francisco Javier Castaños organiza el ejército de Andalucía, que derrotará a Dupont en los campos de Bailén. La destrucción del resto de las unidades regulares por las desertiones o las derrotas no podrá ser compensada por la creación, entusiasta pero improvisada, de multitud de regimientos de voluntarios con nula capacidad combativa frente a las experimentadas tropas imperiales de Napoleón.

El desbarajuste en la creación de estas unidades por parte de las Juntas de Defensa Provinciales consumió los recursos de armas y equipo recién llegados de Gran Bretaña, como los perdidos por las tropas asturianas en la derrota de Espinosa o los conseguidos mediante el esfuerzo de autoridades y particulares para equipar a las tropas valencianas o extremeñas. Si bien los números se equilibrarían relativamente a finales de 1808 (240.000 imperiales frente a unos 220.000 aliados), no podía ocurrir lo mismo con la calidad. El desequilibrio numérico en tropas regulares se acrecentaría tras las derrotas españolas de 1809 para no recuperarse jamás. Se ha calculado que los imperiales pudieron alinear hasta un máximo de 400.000 hombres en la Península en los períodos

El Real Regimiento de Ingenieros parte de Alcalá de Henares.
Fue la primera unidad regular que se unió a la lucha contra los franceses.
Cuadro del pintor Ferrer-Dalmau



traducción del reglamento francés de 1791, que fue el que se dio a la imprenta real y comenzó a divulgarse a principios de 1808. Este reglamento tenía las mismas carencias que el original, pues aunque consta en él cómo efectuar toda una serie de evoluciones, desde la instrucción individual hasta la de batallón, carece de explicaciones claras sobre el momento en que estas deben realizarse.

La formación de combate que prescribía para el batallón era la de alinear tres filas —más la que constituían los sargentos y oficiales subalternos— de fondo. Algunas unidades veteranas debieron llegar a maniobrar con cierta eficacia. El general Saint-Cyr recoge en sus memorias cómo, ante su sorpresa, durante la batalla de Molins del Rey (21-12-1808) la infantería española comenzó a efectuar descargas por secciones y batallones reglamentariamente,

incluso efectuando el complejo paso de líneas entre un batallón y el de retaguardia, ambos perfectamente formados en línea. Afortunadamente para sus soldados franceses, todo se desarrolló fuera del alcance eficaz de los fusiles, que era de unos 120 m.

En definitiva, cada regimiento comenzó la guerra con una táctica diferente, circunstancia agravada por la dispersión e incomunicación geográfica que motivó la ocupación. Posteriormente comenzarían a aparecer publicaciones en las que algunos oficiales inquietos recogían su experiencia de combate y trataban de adaptar las técnicas que vislumbraban en el enemigo. Tal es el caso del *Manual para tropas de guerrilla* preparado por orden de general O'Farril, un intento de adaptar la táctica francesa a la española de las tropas enviadas a Etruria o de los *Avisos militares*

La realidad fue
que durante más
de cuatro años las
tropas españolas
combatieron en
solitario a las
francesas



para el Ejército de la izquierda, impreso tras la retirada por las montañas de Galicia en el invierno de 1808. Otros desarrollaron tratados tácticos completos, como el del veterano general Pascual de Zayas redactado en 1810.

Las carencias en la organización, y la falta de dirección unificada y continuada, así como de instrucción adecuada, ya apuntadas anteriormente, obligaban a reducir las evoluciones tácticas al mínimo, por lo que se generalizó el empleo de la citada línea defensiva y la masa o columna de batallón para desplazamientos, ataques, e incluso defensa contra caballería. Las únicas evidencias de tropas españolas formando un cuadro defensivo contra la caballería se tienen de la batalla de Alba de Tormes (28-11-1809) y de la del Gévora (Badajoz, 19-2-1810).

Al menos desde 1805, como ya indicamos, se había efectuado una agrupación de los regimientos en brigadas, aunque esta organización, por falta de práctica, solo tenía efectos sobre el papel. El regimiento de línea seguía siendo la unidad básica de empleo, y en campaña se agrupaban un número variable de batallones, de cuatro a ocho, más dos ligeros, de diversos regimientos, para formar la división. Debido a las carencias de personal, generalmente podían formarse dos o tres batallones operativos, que sería uno solo, a modo británico, a partir de la reorganización de 1812. Cada batallón estaba constituido por un número variable de compañías, teóricamente cuatro, con una fuerza real que oscilaba entre los 500 y los 900 hombres. Hasta 1810 no se dispuso de compañías de cazadores que actuaran como los *voltigeurs* enemigos, pues los regi-

La batalla de San Marcial marca la derrota final de las tropas napoleónicas en España



mientos de infantería ligera maniobraban en realidad como los de línea, lo cual significaba una clara desventaja ante las tropas ligeras enemigas.

La artillería española se demostró eficaz en numerosas ocasiones, aunque las piezas eran de mayor calibre y mucho menos maniobrables que las francesas. No existieron tropas de tren de combate hasta 1811, y las baterías a caballo eran muy escasas. En cuanto a la caballería, ya hablamos de la escasez de monturas crónica. Nunca fue posible contar más que con algunos escuadrones mínimamente operativos, y fue imposible improvisar caballos acostumbrados al fragor del combate, o jinetes instruidos que pudieran actuar con la más mínima eficacia en las batallas campales. En cuanto a los ingenieros, al inicio de la guerra se contaba con un único regimiento, por lo que hubo que improvisar tropas de zapadores y minadores para los numerosos asedios de la contienda. Sus oficiales jugaron un destacado papel tanto en la defensa y ataque de plazas como formando parte de los Estados Mayores.

RECORDANDO UNA GUERRA

¿Por qué recordar hoy aquellos hechos? Podríamos apuntar muchas razones. Quizá la más importante sea que fue la última ocasión en que los españoles combatieron unidos contra un enemigo exterior en su propio suelo. También porque fue el nacimiento del primer Ejército nacional en nuestro país. También el del primer liberalismo que en las Cortes de Cádiz encumbraría la figura del «ciudadano de ambos hemisferios» con iguales derechos y deberes. Otra razón que podríamos apuntar es que, más allá de los mitos de los guerrilleros y de la resistencia heroica de las ciudades asediadas, o de la excesiva importancia dada a la ayuda de los ingleses, la realidad fue que durante más de cuatro años las tropas españolas combatieron en solitario a las francesas. De hecho, tras la retirada del general Moore en el invierno de 1808, el ejército británico de Arthur Wellesley, *lord Wellington*, solo entró en España en 1809 (campana de Talavera) y brevemente en 1811,

algunos meses de 1812, y ya para la campaña final del verano de 1813.

Es por tanto de gran interés conocer cómo combatieron nuestros antepasados, con graves carencias de personal, instrucción y equipamiento, con continuas interferencias políticas y contra el mejor ejército del mundo en aquella época. Consiguieron algunas victorias (Bailén, Alcañiz, Albueira, Arroyomolinos, Talavera, Vitoria, San Marcial...), pero más derrotas. Pero lo importante fue que, tras cada revés, se reorganizaban las unidades, se recuperaba la moral y se continuaba la lucha. Por todas partes se hablaba de aquel «general no importa» que mandaba a los españoles. Los primeros años de la contienda fueron también la edad de oro de las guerrillas, que jugarán un decisivo papel, haciendo distraer a los franceses efectivos para su propia protección, dificultando las comunicaciones —un correo tardaba mes y medio de París a Madrid— y haciéndolos reconocer que solo son dueños «del suelo que hay bajo la sombra de sus bayonetas». Pero no debe olvidarse que aquellos combatientes que nacieron espontáneamente como irregulares, a la altura del año 1812 combatían en su práctica totalidad como unidades regulares con graduaciones, uniformes y orgánica militar, y encuadrados en alguno de los ocho ejércitos españoles combatientes.

Los españoles fueron ganando progresivamente experiencia de combate. Serán capaces de vencer en Alcañiz y Tamames, y aguantar durante horas el infierno de fuego del enemigo manteniendo su posición en la batalla más sangrienta de la guerra en La Albuera en mayo de 1811. En 1812, cuando Napoleón sufre el desastre de Rusia, los británicos vuelven a la Península y, esta vez, decididos a entrar en España en auxilio de sus aliados, aunque se ven obligados a retirarse tras el desastre de Burgos. Ya bajo las Cortes de Cádiz se concederá el mando unificado a Wellington y comenzará la retirada francesa. Las batallas de Vitoria y San Marcial marcarán su derrota definitiva en España, y se alcanzará un armisticio entre los dos países en 1813, aunque el clima bélico persistirá hasta el verano de 1815,

cuando las tropas españolas ocuparán la frontera al conocerse la fuga de Napoleón de la isla de Elba. Fuga que iniciaría la campaña de los Cien Días en Bélgica, y terminaría con su definitiva derrota en Waterloo.

Creemos interesante transcribir aquí la frase que Wellington dedicó a los españoles en su parte de guerra sobre la batalla de San Marcial en 1813:

«Los enemigos fueron rechazados y arrojados al otro lado del río por las tropas españolas de la forma más bizarra, cuya conducta fue igual a la de las mejores tropas que jamás he visto».

En la península ibérica combatieron entre 1808 y 1814 no solo españoles, franceses o portugueses, sino británicos, alemanes, suizos, belgas, irlandeses, polacos... Este año se cumplen 210 años del inicio de aquella tragedia. Una vez olvidadas las diferencias entre naciones que hoy trabajan en unión, el «deber de memoria», como dicen en Francia, obliga a recordar a aquellos hombres y mujeres que, encuadrados en los ejércitos de España, se enfrentaron a un duro destino y que supieron ganar para su nación la independencia y la paz.

BIBLIOGRAFÍA

- Fraser, R.: *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia*. Crítica; 2006.
- García Fuertes, A.: *No sin nosotros*. CSED historia; 2016.
- Guerrero Acosta, J.: *31 de agosto de 1813: martes de Gloria en San Marcial*. Galland Books; 2013.
- Santacara, C.: *La guerra de la Independencia vista por los británicos*. Antonio Machado Libros; 2005.
- Sañudo, J.: *Base de datos de las unidades de la guerra de la Independencia*. Ministerio de Defensa; 2014.
- VV. AA.: *La guerra de la Independencia, (1808-1814), el pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*. Ministerio de Defensa; 2007.
- VV. AA.: *Cuadernos del bicentenario*. Varios números. Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.
- VV. AA.: *Revista de Historia Militar*. Varios números. Instituto de Historia y Cultura Militar, Ministerio de Defensa.■



EL PAPEL DE LOS EJÉRCITOS BRITÁNICOS

Unión de Inglaterra y España
contra Napoleón, Anónimo
(Museo del Romanticismo)

Leopoldo Stampa Piñeiro

Embajador de España

Ni la actuación británica en España fue tan brillante como los ingleses han intentado hacernos creer ni las relaciones entre aliados fueron lo fluidas que deberían haber sido, dadas las circunstancias del momento. El autor nos relata distintos aspectos de aquella difícil y complicada relación, desmontando algunos de los mitos que se han creado a lo largo del tiempo.

La intervención de Gran Bretaña al lado de los ejércitos españoles en

su lucha contra la invasión francesa (1808-1814) constituyó un acontecimiento esencial que contribuyó a la derrota de los ejércitos imperiales en España. Su actuación no estuvo, sin embargo, exenta de vaivenes.

PRIMER PERÍODO (1808-1809)

No fue su campaña de 1808-1809 una de las operaciones más intrépidas conducidas por el Ejército británico a lo largo de su historia. La intervención se tradujo en un auténtico infortunio estratégico. Sin embargo, el juicio unánime en el Reino Unido fue que se había logrado una gran victoria, aunque en privado algunos ministros miembros del Gabinete inglés reconocieron el rotundo fracaso de su ejército en España. De convertir este sangriento Dunkerque de 1809 en una victoria táctica se

encargó eficazmente la opinión británica, nutrida por un buen puñado de historiadores.

Esa caprichosa tendencia de siempre disfrazar la realidad a su favor no ha sido infrecuente entre los cronistas de la isla y a ello alude con fina ironía el historiador Raymond Carr cuando señala que «Gran Bretaña es un país de grandes tradiciones; una de ellas es la tradición de caracterizar las derrotas como victorias». La retirada de Moore hacia La Coruña buscando el abrigo de la Royal Navy estuvo salpicada de conatos de motín entre la tropa, saqueos en las poblaciones y aldeas que atravesaron en su huida e indisciplina en las filas. Entre tanto estropicio en esa sombría retirada, emerge solo la brillante acción de la caballería en Sahagún contra los dragones franceses, de la que sobrevive un vibrante himno que aún hoy se interpreta en el aniversario del

Sahagun Day en la sala de estandartes del 15.º de *Light Dragoons*.

Por lo demás, el encuentro contra Soult en Coruña se saldó con una derrota. Heroica y digna, pero derrota. A Moore lo salvó la leyenda. Un general en jefe que muere ante el enemigo siempre ha sido absuelto por la historia, cualquiera que haya sido su desatino. Su cuerpo reposa en la tumba que preside los jardines de San Carlos de La Coruña.

SEGUNDO PERÍODO (1809)

Talavera fue un glorioso empate de las fuerzas anglo-luso-españolas contra las del mariscal Víctor. El balance final pareció favorecer a los aliados, aunque la presión conjunta de los ejércitos de los mariscales Soult y Ney sobre la retaguardia de Wellington lo forzó finalmente a retirarse precipitadamente hacia Badajoz primero y luego hacia Portugal, donde buscó refugio.

TERCER PERÍODO (1811-1812)

Después de la derrota de Talavera, el ejército de Wellington no volvió a intervenir en territorio español hasta una tercera etapa que enmarcamos entre la batalla de La Albuera (16 de mayo de 1811) y el frustrado sitio de Burgos (22 de octubre de 1812). A lo largo de ese año y medio, Wellington fue proyectándose hábilmente desde la frontera portuguesa, presionando sobre dos plazas fuertes fronterizas que le interesaba conquistar: Badajoz y Ciudad Rodrigo. A pesar de que no lo lograría hasta el año siguiente, dos intentos previos de rendir las plazas terminaron en sonadas batallas en sus proximidades; en primavera tuvo lugar la de Fuentes de Oñoro (3-5 de mayo de 1811) junto a la fortaleza fronteriza de Almeida, donde Wellington batió al mariscal Massena, y pocos días después, más al sur, en La Albuera, como hemos dicho el 16 de mayo de 1811, cerca de Badajoz, tuvo lugar la acción más sangrienta de la guerra, cuyo resultado quedó indeciso según los cronistas puntillosos, aunque lo cierto es que Soult terminó severamente castiga-



El general John Moore fue derrotado por las tropas francesas en La Coruña, resultando muerto frente al enemigo

do en bajas y equipo por Beresford y los españoles Ballesteros, Zayas y Lardizábal.

En 1812 pudo Wellington coronar su obra tras la conquista de Ciudad Rodrigo (enero 1812) y la deshonrosa toma y saqueo de Badajoz (abril 1812). El choque en la batalla de Los Arapiles o Salamanca (22 de julio de 1812) le abrió la ruta hacia Madrid, donde entró en agosto de ese año, pero Burgos (22 de octubre de 1812) supuso el dique a su avance. Fue la de Burgos una ácida derrota para Wellington, que abandonó la ofensiva para guarecerse de nuevo en Portugal, perdiendo todo el terreno conquistado.

CUARTO PERÍODO (1813-1814)

Un hecho fortuito, como fue la decisión de Napoleón de retirar tropas imperiales de España para emplearlas en la campaña de Rusia, facilitó la tarea de los británicos. Tras la tercera

retirada a Portugal de los ingleses desde 1809, volvían nuevamente a España. Wellington perfiló su avance hacia el norte de España, desde sus bases en Portugal. Un encuentro decisivo —Vitoria—, otro ignominioso asalto en San Sebastián y las batallas de Sorrauren, Zabaldica y San Marcial arrojaron a los franceses al otro lado de la frontera, mientras al este de la Península, la brigada anglo siciliana del general Bentick se empleaba en Cataluña y en Castalla (Alicante) con éxito muy irregular.

EL APOYO TRIANGULAR

A pesar de que una versión popularizada en el Reino Unido ha propagado el relato, y lo sigue haciendo, de que fue el ejército británico en solitario quien combatió y derrotó a los ejércitos de los mariscales de Napoleón en España —con la pintoresca asistencia de la guerrilla española— en los últimos años, el tema ha sido tratado desde varios ángulos y ha ido ganando terreno la tesis triangular que

A Moore
lo salvó la
leyenda.
Un general
en jefe que
muere ante
el enemigo
siempre ha
sido absuelto
por la historia,
cualquiera que
haya sido su
desatino

modera y matiza la visión exclusivista del esfuerzo inglés en la Península.

En rigor, el éxito aliado tras seis años de conflicto no se explica sin entender el mutuo apoyo de los lados de un imaginario triángulo formado por el ejército regular español, el ejército británico y las partidas de guerrilla.

Cierto es que el ejército regular español partió aquejado en 1808 de una crisis muy pronunciada; mermando de hombres y equipos y con sus mejores unidades dispersas en Portugal y en Dinamarca, poco hubiera podido hacer sin asistencia exterior. Al margen de algunos éxitos sin ayuda aliada, como Bailén, Tamames, Alcañiz, y numerosas derrotas, como Medina de Rioseco, Tudela, Espinosa de los Monteros, Gamonal, Uclés, Somosierra, Medellín, María, Valls y Ocaña certificaron que las armas españolas llevaban habitualmente la peor parte en sus enfrentamientos con las divisiones imperiales. Aunque lo cierto es que también se acreditó en Talavera, Chiclana, La Albuera o en San Marcial que el concurso del ejército español al británico fue necesario para lograr los éxitos que esos desafíos supusieron.



Juan Martín Díaz, el Empecinado, fue uno de los más importantes jefes guerrilleros. Las partidas guerrilleras jugaron un importante papel durante la guerra

En ocasiones los propios generales británicos certificaron, y también lo hicieron los franceses, que comparaban a los ejércitos españoles con las bandadas de palomas que se dispersaban para volver a reunirse después, según frase popularizada por el mariscal Soult. Pero en ese empeño, las fuerzas españolas, que no cesaron de combatir hasta el último día de la guerra, aportaron entidad a los ejércitos combinados y exigieron, asimismo, a los franceses diversificar su esfuerzo, ocupar terreno, proteger las comunicaciones y maniobrar en marchas agotadoras para neutralizar la acción de las fuerzas españolas. Ahora bien, sin la presencia vigorosa

del ejército de Wellington, que peleó junto a sus aliados, y en ocasiones en solitario, y que cosechó un tupido haz de victorias hasta expulsar a los franceses de la Península, las fuerzas regulares españolas no hubieran podido sobrellevar los seis años de guerra.

Los mandos del ejército británico lo manejaron con cautela, sin arriesgarse en más acciones que aquellas en las que circunstancias podían vaticinar una victoria segura. Debe decirse que, para preservarlo de la destrucción, lo movieron con precaución y tino, a veces demasiado. La supervivencia del ejército de su majestad



La supervivencia del ejército de su majestad británica fue su idea preeminente, sacrificando a ello todo lo demás y todo ello era el auxilio al Gobierno de España y la defensa de Portugal

Malasaña y su hija Manuela, cuadro que evoca la lucha del pueblo español contra las tropas francesas

británica fue su idea preeminente, sacrificando a ello todo lo demás y todo ello era el auxilio al Gobierno de España y la defensa de Portugal. Escasas fueron, no obstante, las acciones en que los británicos lucharon en solitario —si descartamos los asedios a plazas fortificadas—, pues Fuentes de Oñoro, Arapiles, Vitoria, Sorrauren y Zabaldica, con ser éxitos de renombre, no fueron más que cinco batallas en seis años de lucha. En cualquier caso, arriesgada hubiera sido la presencia del ejército de Wellington en la Península con sus aliados portugueses sin la contribución del ejército regular español, cuya actuación la historiografía anglosajona ha tratado de arrumbar muy injustamente en la penumbra de la historia.

Este análisis quedaría incompleto sin la mención a la guerrilla. Ni británicos con portugueses, ni españoles, incluso todos juntos, hubieran podido presentar cara a los franceses si estos hubieran disfrutado de una total libertad para disponer de sus fuerzas y moverse y maniobrar a su antojo. Los guerrilleros se lo impidieron a través de una guerra de desgaste que generó en los franceses un continuo goteo de bajas. El hostigamiento a las vías francesas de comunicación, con la intercepción de sus correos y el aguijoneo de las cuadrillas a las unidades imperiales aisladas en caminos y poblados, dio lugar a una guerra de atrición muy costosa en hombres, material y sobre todo en moral de

combate, que obligó al enemigo a un gravoso despliegue, lo que detrajo gran cantidad de fuerzas para otras misiones.

Mientras tanto, las partidas de guerrilla campaban por sus respetos por el territorio nacional. Ello ofreció a los ejércitos luso-británico y español el respiro necesario para ordenar su maniobra y acopio logístico, mientras las partidas les procuraban inteligencia sobre el enemigo y controlaban las líneas de comunicación. Ahora bien, es cierto igualmente que estas facciones «partisanas» nada hubieran podido hacer sin la cobertura y presencia de las fuerzas regulares británicas, que soportaron gran parte del peso en la segun-



El general Álava, único alto oficial español que congenió con el duque de Wellington

da mitad de la guerra y sin la, más modesta, participación del ejército regular español.

LA ASISTENCIA

La ayuda de Londres también se materializó en un continuo flujo económico y asistencia en armamento, equipo y material. Se trató de un esfuerzo generoso traducido en constantes despachos de fusiles, pistolas, piezas de artillería de campaña, munición, pólvora, uniformes, calzado, mochilas, morrales, cantimploras, utensilios de cocina y hospital que se fueron desembarcando prácticamente desde los primeros meses de 1808 hasta el final de la guerra.

Obviamente, las remesas de plata de ultramar y las exportaciones de madera de roble de los bosques de Asturias y Santander para la construcción naval inglesa saldaron tanta deuda contraída, pues, aunque el apoyo fue prolongado, no fue gratuito. Lo que no pudieron traer, naturalmente, fueron víveres. En las tierras del secarral ibérico, tan distintas a las ubérrimas campiñas centroeuropeas, abundantes en cosechas y pastos, la escasez se hacía notar. Mucho más cuando había ejércitos de tres países que pugnaban por alimentar hombres y ganado. Sir John Moore apuntó las carencias antes de iniciar su expedición y se quejó de la escasa atención que los comisarios ingleses prestaban a esas carencias:

«Hablan de ir a España como de ir a Hyde Park».

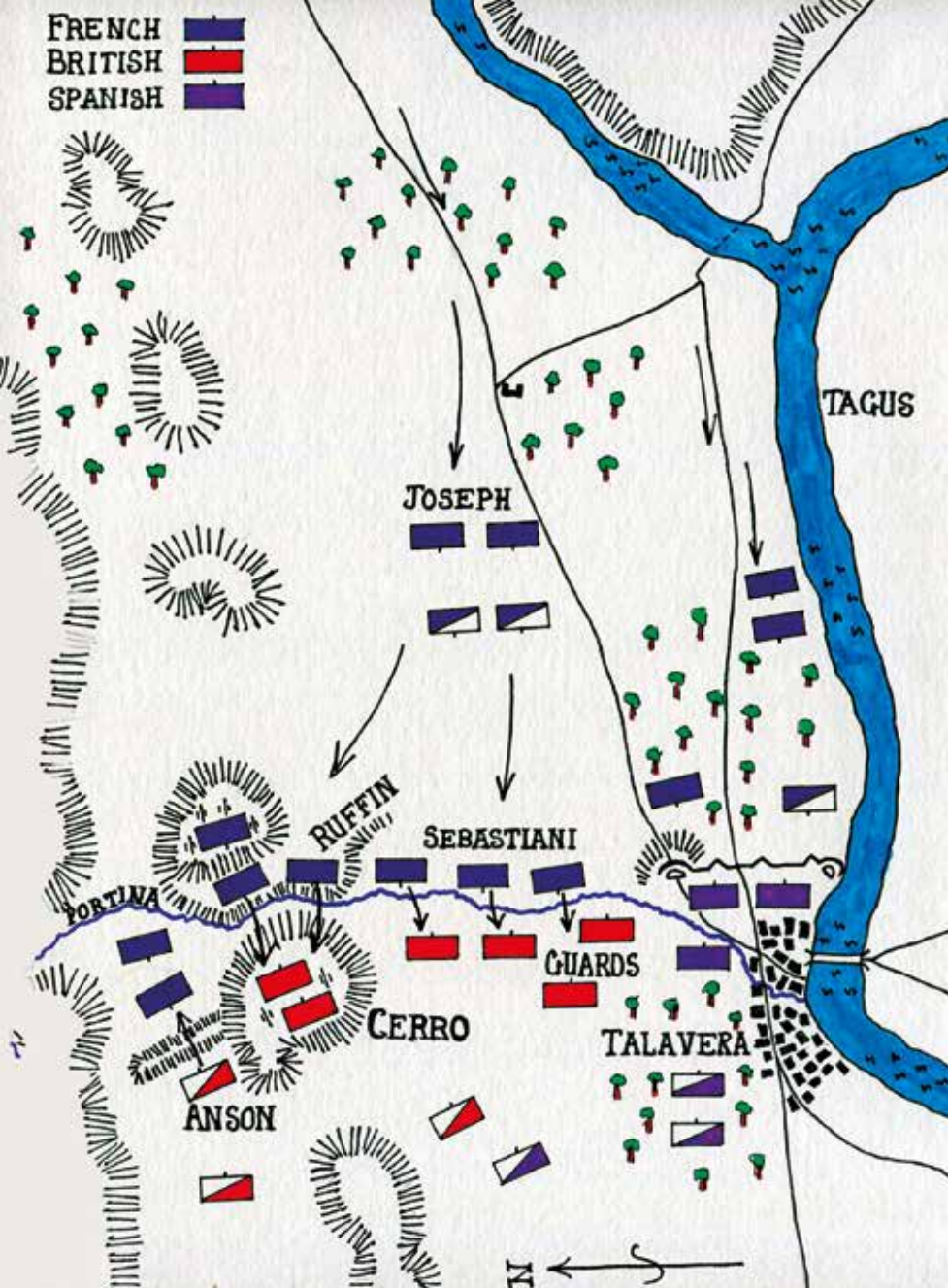
EL TRATO ENTRE ALIADOS

Las relaciones entre los aliados y los españoles no siempre resultaron fáciles. En un mundo desconocido para ambos, los británicos desembarcaban cargados de prejuicios sobre ese pueblo, para ellos bárbaro, inquisitorial e ignorante, al que iban a ayudar, mientras los españoles observaban con recelo a esos herejes de cabello y barbas azafranadas, que diría Valle Inclán, a los que en última instancia no diferenciaban demasiado del invasor francés. Ya lo expresó en cabal resumen una joven campesina de Salamanca al oficial británico Francis Hall: «Los franceses se llevan todos nuestros cerdos grandes, y los ingleses, todos los pequeños».

Un sistema de oficiales de enlace enviados a los ejércitos españoles trataba de coordinar la ayuda y crear armonía, lo que no siempre fue sencillo. Sobresalió entre ellos Samford Whittingham, herido en dos ocasiones y ascendido a teniente general del Ejército español, y destacaron otros, como los tenientes coroneles Symes, Dickson o Doyle.

Ni qué decir tiene que en la alta jerarquía de ambos ejércitos los juicios mutuos eran más medidos. La cortesía heredada de los usos ceremoniosos del siglo XVIII era escrupulosa y obligada, y se mantenía a rajatabla entre los militares de alto rango, amigos o enemigos. Pero fuera de la relación social, presidida por los códigos propios del buen gusto y la fina crianza, las descalificaciones entre aliados afloraban en cartas y conversaciones privadas y descubrían un trasfondo de recelo y desprecio.

Wellington poseía un carácter fuerte. A juzgar por los comentarios de sus colegas españoles, tenían que vérselas con un individuo arrogante y glacial. Ello no facilitó el trato con sus homónimos españoles y mucho menos con uno de los que más tuvo que relacionarse, el general Gregorio García de la Cuesta, cuyo talante polémico fue la pieza idónea para la tormenta perfecta. En ese desafío



Mapa de la Batalla de Talavera (28 de julio de 1809).
Obra de John Fawkes

en la segunda mitad del conflicto. Concretamente durante los años que transcurrieron desde mediados de 1811 hasta 1814, puesto que desde 1808 hasta la mitad de la contienda en 1811, las breves intervenciones de los ingleses no lograron más que resultados inconclusos, primero con Moore en la batalla de Coruña y luego con sir Arthur Wellesley (Wellington) en Talavera, que terminaron, ambos, con la retirada de los ejércitos británicos.■


Después de la derrota de Talavera, el ejército de Wellington no volvió a intervenir en territorio español hasta una tercera etapa que enmarcamos entre la batalla de La Albuera (16 de mayo de 1811) y el frustrado sitio de Burgos (22 de octubre de 1812)

tampoco anduvo alejado el general Ballesteros, enviado a Ceuta por la Junta Suprema ante su oposición al nombramiento de Wellington como generalísimo de todos los ejércitos aliados. En el trato con Wellington, tan solo se salvó de la quema el general Álava, único amigo que Wellington hizo durante la campaña y que lo acompañó en su Estado Mayor hasta Waterloo.

Tampoco brilló mucha concordia entre los demás. Los generales Graham y La Peña protagonizaron otra de las polémicas sonadas entre aliados. Sus desacuerdos los volcaron en sendos manifiestos culpándose mutuamente por su inacabada

victoria en el duelo de Chiclana (La Barrosa). En cuanto a los demás, el anecdotario de chascarrillos sería interminable: el capitán de navío Codrington llamaba al marqués del Palacio «viejo colgajo lamepilas»; el general Long ridiculizaba al general Castaños comparándolo con «una vieja, cuya única preocupación es empolvar su pelo»; por su parte, los españoles apodaban a lord Paget, con cierta chacota, como «lord Pajete».

Por último, y para concluir, debe señalarse que a la hora de fijar un marco temporal a la intervención británica en la guerra esta se manifestó decidida y eficazmente «solamente»



LA PERSPECTIVA HISTÓRICA FRANCESA EN EL ÚLTIMO DECENIO (2008-2018): Napoleón, José I y la guerra de la Independencia

Lanceros polacos desfilan ante Napoleón en la batalla de Liebertwolkwitz. Obra de Keith Rocco.

Jean-René Aymes

Hispanista

La guerra de la Independencia, vista desde un punto de vista francés y desde el cual, de alguna manera, se justifica la intervención napoleónica en España. De alguna forma el artículo critica la postura francesa de no beber más que de fuentes históricas propias, obviando el punto de vista español, la otra parte del conflicto.

LA «NAPOLEONFOBIA» VERSUS LA «NAPOLEONFILIA»

Los diferentes y múltiples enfoques suelen llevar la impronta, a veces apenas descifrable, de la opinión de los autores acerca de la personalidad, comportamiento y política del emperador Bonaparte. Aunque mi iniciativa parezca desconcertante y ajena a la «guerra de España», así llamada en Francia, tomaré el ejemplo de una reseña, publicada en el diario *Le Monde* del 14 de marzo de 2014, referida al libro, entonces recién publicado, *Le mal napoléonien*, del ex primer ministro Lionel Jospin.

El título se puede entender como la maldad o la enfermedad napoleónica. Lionel Jospin y el periodista anónimo firmante de la reseña, igual que la mayoría de los historiadores actuales y de los dos siglos pasados, resaltan la dualidad casi antinó-

Parece claro que, con R. Zins, estamos en presencia de una rehabilitación de la obra civil emprendida por los franceses en España



Juramento de las Cortes de Cádiz.
En principio la ocupación napoleónica iba a terminar con el Antiguo Régimen

Para muchos franceses de mi generación, esa guerra recuerda otros tres conflictos traumáticos: la Segunda Guerra Mundial y las guerras de Indochina y de Argelia

mica entre el Napoleón admirable, procreador de la Francia moderna con el código civil, la creación de los «liceos», la instauración del sistema judicial, etc., y, por otra parte, el Napoleón aborrecible, tiránico, belicoso, hijo espurio de la Revolución.

Esa última perspectiva imposibilita, en Francia, la justificación y celebración de la guerra de la Independencia. Guerra perdida, ilegítima, que puso de relieve el abandono de un proyecto eventualmente tenido por progresista, laudable y atractivo, y que, tal como se anunció en la prensa, consistía en promover reformas en España, acabar con el Antiguo Régimen, reducir el monopolio espiritual de la Iglesia y estrechar la alianza francoespañola. El desarrollo infausto del conflicto propició colectivamente, pues, un sentimien-

to de culpa o de mala conciencia. Así que, para muchos franceses de mi generación, esa guerra recuerda otros tres conflictos traumáticos: la Segunda Guerra Mundial y las guerras de Indochina y de Argelia.

Una de las consecuencias de ese planteamiento, en cuanto a las evocaciones y los estudios de la guerra de la Independencia, es el desplazamiento del interés hacia las guerras napoleónicas en Italia, Bélgica y Alemania, en menoscabo de la guerra de España, lo que hace que los estudiosos de esta no sean muy abundantes. Muchos son universitarios, hispanistas de formación literaria; los demás, historiadores. Los hispanistas pertenecen a dos generaciones: dejo a Jean-Philippe Luis la responsabilidad de haber escrito que Gérard Dufour y Jean-René Aymes son los «pioneros», pero el



La capitulación de Madrid. Obra de Jean-Antoine Gros. Portada del álbum sobre la guerra de la Independencia de Vincent Rolin

La originalidad del conflicto consiste —como se sabe— en la coexistencia de la guerrilla, de la ausencia de batallas decisivas y de una serie de sitios de ciudades

relevo imprescindible y prometedor está asegurado por hispanistas e historiadores más jóvenes. La característica fundamental de la investigación en Francia sigue siendo la estrecha, intensa y fructífera colaboración de franceses y españoles (mucho más numerosos) en las publicaciones y en el marco de congresos y coloquios. Huelga recordar que, bajo el franquismo, los hispanistas interesados por la guerra de la Independencia casi solo tenían la posibilidad de establecer relaciones personales con Alberto Gil Novales (recientemente fallecido) en Madrid y con Manuel Tuñón de Lara en los famosos coloquios francoespañoles de Pau.

La mayoría de los libros y artículos que se mencionarán a continuación se han publicado en España y no en Francia. De ahí la imposibilidad de adelantar que las tomas de posición historiográ-

fica de los investigadores franceses reflejen la opinión dominante de la colectividad nacional. Por el contrario, el consenso, a excepción de algunos puntos de desacuerdo nunca radicales, da lugar a una especie de homología, gracias a la cual el enfoque de los investigadores franceses es globalmente más parecido al de los colegas españoles que al de la población civil francesa, que solo ha oído hablar de la lejana guerra de España de manera superficial, trunca o tendenciosa.

TRES REVISTAS DE ALTA CALIDAD

La *Revue de l'Institut Napoléon* (Revista del Instituto Napoleón, en adelante RIN) dirigida por el eminente Jacques-Olivier Boudon, igual que la *Revue du Souvenir Napoléonien* (Revista del Recuerdo



Los fusilamientos, obra de Francisco de Goya. La guerra de España destacó por su tremenda ferocidad

Napoleónico, en adelante RSN) no se distingue —y es de lamentar— por un extenso espacio atribuido a la guerra de España que solo figura en tres entregas, en 2008, 2009 y 2012. Pero firman los artículos unos conocidos especialistas franceses: Jacques-Olivier Boudon, Vincent Haeghele y Jacques Jourquin. A excepción de los lectores que cultivan un despiadado «antinapoleonismo» o un fervoroso «pronapoleonismo», todos los demás habrán apreciado los esfuerzos de los autores por defender un punto de vista objetivo y sólidamente argumentado.

Confieso, con cierta incomodidad, que, entre la RSN y la RIN, mi preferencia se decanta a favor de esta y

es, probablemente, igual en cuanto a «los hispanistas universitarios» a cuya comunidad pertenezco. Pero mi preferencia no me lleva a desacreditar la RSN, en la que han publicado acerca de la guerra de la Independencia Thierry Lentz, presidente de la Fondation Napoléon, J. O. Boudon, V. Haeghele y J. Garnier. Uno de los atractivos de la RSN procede del gran número e interés de las reproducciones de pinturas y grabados que acompañan los textos y que dan a conocer escenas de batallas y retratos de protagonistas, procedentes de artistas españoles (Goya, Roberto Domingo, Casado del Alisal, etc.) y también de artistas franceses conocidos, como Horace Vernet, o poco conocidos, como N. A. Taunay

o E. Chaperon. Pero he de apuntar, de nuevo, que entre 2006 y 2016 se evoca pocas veces la guerra de la Independencia, superada —por así decir— por otros conflictos menos siniestros, incluida la desgraciada campaña de Rusia. En el número extra (*Hors série*) de diciembre de 2016, el eminente historiador Jean Tulard, comentarista de «El primer balance de los bicentenarios napoleónicos» advirtió que en Francia se celebró, sobre todo, la expedición a Egipto y la intervención napoleónica en Italia. Podía haber añadido que España brilló por su ausencia. Prueba si no de un culto rendido a Napoleón, sí por lo menos de un laudable interés; se puede señalar que, en relación con la RSN, se anunció en julio de 2017



La celebración del bicentenario de los inicios de la guerra de la Independencia había dado lugar, en España, a cantidad de ceremonias, coloquios, publicaciones y artículos de prensa, mientras que casi se pasó en silencio, públicamente, el conflicto en los países europeos, especialmente en Francia

que, para abril de 2018, está programado un viaje a España, con la visita a Madrid, Somosierra, Zaragoza, Tarragona, Barcelona y Cabrera, «terrible lugar de cautiverio de miles de soldados franceses».

Por su parte, la revista trimestral *Napoléon 1.º* lleva por subtítulo *Revisita del Consulado y del Imperio*. Acerca de la guerra de España, en casi cada entrega entre 2008 y 2017 venía el relato de una batalla o la biografía de un militar de alto rango, como «Fournier-Sarlovèze, el general duelista, el Demonio» o «El general Robert, vencedor desconocido en Tortosa». Esta revista se distinguió, notablemente, por la publicación, en el número extra de junio de 2016, de un álbum entera-

mente a cargo de Vincent Rolin, titulado (en francés) «1808-1814. La guerra de España». La portada ofrece una pintura al óleo del francés Jean-Antoine Gros, *Capitulación de Madrid*, el 4 de diciembre de 1808. El texto, que ocupa 82 páginas, se distribuye en 23 minúsculos subcapítulos.

La bibliografía asocia memorias de actores (Graindor, Ducor) y escritos de historiadores del siglo XX (el inglés Napier y los franceses actuales Pigeard, Brégeon y Aymes). En opinión de V. Rolin, la originalidad del conflicto consiste —como se sabe— en la coexistencia de la guerrilla, de la ausencia de batallas decisivas y de una serie de sitios de ciudades. Me interesa llamar la atención sobre la

conjunción de enunciados, unos con carácter de tópico como la presentación anterior, otros portadores de la opinión controvertida del autor. Por ejemplo, V. Rolin lleva toda la razón al observar que «muchos historiadores han afirmado que dos errores garrafales de Napoleón fueron la intervención en España y la campaña de Rusia». En cambio, el párrafo siguiente me parece que encierra una afirmación tendenciosa y sospechosa, aunque bastante corriente en un sector de la historiografía de ayer y de hoy: no es tanto la insistencia en la barbarie generalizada como la idea de que la iniciativa de las matanzas procedió de los insurrectos españoles, lo que provocó la previsible y legítima réplica de los soldados imperiales. Cediendo a la tentación y facilidad de la generalización, escribe V. Rolin:

«Cada campesino español, cada criada, incluso los niños que se encuentran en su camino, son unos enemigos potenciales, capaces de degollarles cuando duermen. Unas bandas forman verdaderos ejércitos y, protegidas por los habitantes, acosan a los franceses. Los soldados aislados son matados sin piedad, en condiciones atroces, como pasó con el valiente general René, quemado vivo en una caldera llena de agua hirviendo. Entonces, resulta tremenda la venganza de la tropa, se multiplican los desafueros, se incendian aldeas enteras y se extermina a la población».

Excepto para los lectores no familiarizados con la guerra de España, para los demás, la fuerte seducción ejercida por ese álbum emana no de la somera síntesis historiográfica, sino de la excepcional riqueza de la iconografía. En ninguna revista de Francia se hallan reunidas como aquí, en tamaños muy variados, unas inmensas reproducciones de pinturas, pequeños grabados, escenas de batallas, retratos de conocidos militares españoles y franceses, soldados de uniforme, fotos de lugares donde se realizaron los combates, etc. Esa extraordinaria variedad se repite en otro álbum dedicado, en enero de 2017, al mariscal Bessières. Coexisten modestos grabados y acuarelas, pero también densas composiciones firmadas por pintores bastante famosos en Francia, tales como Jean Charles Langlois y Louis François



José I Rey de España y hermano de Napoleón

Lejeune. Por supuesto, ese enfoque que pertenece al dominio de la cultura no es estrictamente neutral, porque las grandes escenas pictóricas suelen hermopear, y no afean, la imagen de los protagonistas franceses.

LAS OBRAS PANORÁMICAS

Aunque la obra se remonta a 1989, no renuncio a pasar por alto la admirable síntesis, de casi 200 páginas, compuesta por Gérard Dufour, titulada sencillamente *La guerra de la Independencia*.

Pero la verdad es que yo había precedido a mi compatriota publicando (en

francés), ya en 1973, una síntesis que iba a tener en España un inesperado éxito a partir de la primera versión (en castellano) en 1975, y que llegó a la sexta edición en abril de 2008. También calificaré de panorámico, pero con el inconveniente de la dispersión y fraccionamiento de los temas, el libro mío, publicado en 2009, bajo el título significativo de *La guerra de la Independencia (1808-1814): calas y ensayos*. Los capítulos están dedicados a «La guerra vista desde Francia», «Las palabras como armas arrojadas», «Los conflictos ideológicos en la España patriótica», «Actores y víctimas» y «Ecos e interpretaciones». Dada la fecha de publicación de ese libro, no podía

figurar un artículo mío posterior, «Las interpretaciones francesas de la guerra de la Independencia», publicado en 2010 por Antonio Rodríguez y Rosario Ruiz Franco (eds.), en 1808. *Controversias historiográficas*.

En 2013, Jean-Noël Brégeon reeditó (en francés) su *Napoleón y la guerra de España, 1808-1814*, publicado en 2006. En particular, el autor había confrontado las tesis contradictorias de historiadores franceses y españoles. Aquí, la mención de Jean Philippe Luis viene pintiparada porque me brinda la oportunidad de resaltar el sumo interés de un artículo suyo (en francés) que publicó a finales de 2011, titulado «Desconstrucción [sic] y apertura: la aportación de la celebración del bicentenario de la guerra de la Independencia española». Como él, yo había observado, en un artículo, que la celebración del bicentenario de los inicios de la guerra de la Independencia había dado lugar, en España, a cantidad de ceremonias, coloquios, publicaciones y artículos de prensa, mientras que casi se pasó en silencio, públicamente, el conflicto en los países europeos, especialmente en Francia. Con todo, J. P. Luis recordó que se realizaron en 2008 dos coloquios en Aix-en-Provence y en Bayona, dos mesas redondas en París (una en el Colegio de España) y en Marsella, y que se publicaron los trabajos inéditos de ocho investigadores.

NAPOLEÓN Y JOSÉ I

A pesar de la fecha de publicación 2007 que me hubiera permitido pasar por alto la obra siguiente (en francés), importa que se mencione, dada su utilidad para los investigadores y su calidad intrínseca. Se trata de *Napoleón y José. Correspondencia integral, 1784-1818*, edición de Vincent Haeghele y que consta de casi 900 páginas. En el prólogo, Christine Nougaret, conservadora general del patrimonio, apunta que la correspondencia intercambiada entre los dos hermanos se fue publicando a lo largo del siglo XIX, «con intenciones tendenciosas de rehabilitación, de justificación o de hagiografía», lo que llevó a excluir las cartas no adecuadas al enfoque

La correspondencia intercambiada entre los dos hermanos se fue publicando a lo largo del siglo XIX, «con intenciones tendenciosas de rehabilitación, de justificación o de hagiografía», lo que llevó a excluir las cartas no adecuadas al enfoque que había de prevalecer



El rey Fernando VII, cuadro de Goya.
Napoleón hizo que abdicara para, a continuación, proclamar rey a su hermano José

que había de prevalecer. Acudiendo, de manera inédita, a documentos archivísticos hasta ahora dejados de lado, V. Haegele dio a conocer casi 200 cartas, escritas entre mayo de 1808 y abril de 1813, referidas a los asuntos españoles. Llama la atención el constante y profundo pesimismo de José, consciente del carácter ineludible del fracaso. Por el contrario, Napoleón, aunque emplea, en septiembre de 1808, el término nada peyorativo de *guerre des partisans*, considera con desprecio la resistencia opuesta por los *barbets* (especie de perros de agua), los *miquelets* (sic) y los campesinos insurrectos, y, así, puede concluir que «todo ello no es nada».

En 2008, V. Haegele enunció (en francés), a propósito de José I, un juicio global y ponderado que me parece que predomina en Francia: «Perdida en medio de los mariscales, objeto de desprecio por parte de los españoles insurrectos, la figura de José Bonaparte, hermano mayor del emperador, quedó oculta por la historia [...]. Sin embargo, la monarquía josefina es una experiencia única en la historia imperial».

En 2009, en un breve artículo, V. Haegele evocó (en francés): «Mayo 1808: José Napoleón se convierte en rey de España». De manera convincente, el autor subraya la complejidad de su personalidad más bien atracti-

va: «¿Cómo un hombre modelado por su cultura latina y francesa, haciendo alarde de filosofía y de discursos sobre la naturaleza, podría ejercer el poder de un jefe de guerra? Tales son las contradicciones que van a llevarlo a distanciarse realmente del sistema imperial y en el momento en que todo parece en litigio».

En 2015, intenté trazar «La figura oficial del rey José Bonaparte en Francia durante la guerra de la Independencia» en el libro colectivo coordinado por Guadalupe Soria Tomás, titulado *La España de los Borbones*. En 2016, los responsables de la RSN constituyeron un dossier titulado (en francés) «José Bonaparte», pero el



El mariscal Soult, fue comandante en jefe del ejército francés durante la Guerra de la Independencia

documento decepciona porque se centra en la juventud del personaje y, luego, en su emigración tardía a los Estados Unidos, con el silencio mantenido acerca de la época de la guerra de España.

La aproximación a las intenciones y consignas de Napoleón respecto a la futura campaña militar en la Península la proporciona ahora la

publicación (en francés) de la correspondencia general de Napoleón Bonaparte. El tomo octavo se titula *Expansiones militares y resistencias en 1808*. En Francia, no se ha plasmado una nueva aproximación global al emperador en cuanto a su intervención en la Península. Solo de manera indirecta, J. P. Luis calibró (en francés), en 2004, «La influencia del modelo napoleónico en España».

Presenta, pues, un carácter y un interés excepcionales la iniciativa tomada por Josette Pontet, presidente de la Sociedad de Ciencias, Letras y Artes de Bayona, que organizó en esa ciudad, en 2008, un gran coloquio de donde salió, en 2011, una obra de más de 500 páginas, consagrada (en francés) a Napoleón, Bayona y España. Ese título no revela que, en realidad, trata todo el conflicto en sus distintos componentes, tanto los episodios militares como los componentes políticos, diplomáticos y culturales.

Cinco años después de la celebración de ese inédito y ambicioso coloquio, en la RSN del verano de 2013, Ronald Zins, presidente y director de la redacción, tuvo a bien reproducir la foto de la portada del libro que recogió las actas del coloquio de Bayona. El comentarista, después de rechazar la metáfora de la emboscada tendida por Napoleón para eliminar al Borbón español, toma partido al considerar que la Constitución ha sido «dada [sic] por Napoleón al país confiado [sic] a José». O sea, que ese comportamiento aparentemente generoso y provechoso para España sería ajeno a un cínico abuso de poder. Parece claro que, con R. Zins, estamos en presencia de una rehabilitación de la obra civil emprendida por los franceses en España.

Seguimos con R. Zins, presidente de la Academia Napoleón, para transcribir todo un párrafo suyo que figura en su comentario de los artículos escritos por Jacques Olivier Boudon, «Los orígenes de la guerra de España», y publicados en la RSN en la primavera de 2008. Aparte de una única crítica acerca de la responsabilidad de Napoleón en la política española al querer imponer una nueva dinastía a los españoles, todo lo demás resulta justificado, como se advierte en la asombrosa afirmación siguiente, que contradice —me parece— las actuales tomas de posición mayoritarias en Francia:

«Cuando nos situamos en el contexto de la época, ¿no salta a la vista que la intervención en España era necesaria? ¿No será en la manera de tratar el problema en lo que se equivocó Napoleón más que en la decisión de



Battala de Chiclana de Barrosa

resolverlo? [...] La intervención de Napoleón en España es entonces lógica y procede de la puesta en obra del bloqueo continental instaurado para derrotar a Inglaterra [...]. Las derrotas francesas se han de achacar mucho más a la incapacidad de los jefes que a los talentos del adversario, español e inglés».

De menos resonancia que el coloquio de Bayona, se celebró en Carcasona, en 2010, otro coloquio que dio lugar, dos años después, a una publicación coordinada por Natalie Petiteau, Jean Marc Olivier y Silvie Caucanas. De manera original y legítimamente ambiciosa, los ponentes sacaron (en francés) de un casi anonimato a «Los europeos en las guerras napoleónicas». Entre ellos, figuraron los españoles incorporados en los ejércitos imperiales. Los coordinadores de la obra valoraron que los ponentes

no se complacieran en dar pábulo a «la leyenda negra» que presenta a Napoleón como «el ogro que devora a los combatientes». Por el contrario, se descubrió que ese antinapoleonismo «no impidió la construcción de una memoria que ha heroizado [sic] a esos soldados».

Ahora, en cuanto a José I, su actuación en el terreno se evoca y enjuicia en bastantes artículos, pero, en Francia, no en el marco de una biografía exhaustiva. Aunque somero, es clarificador el artículo dedicado por Gérard Dufour, en 2008, a «La opción josefina», en el que enumeró los principales rasgos de la personalidad y opciones políticas del hermano del emperador, rey filósofo cuya tendencia ideológica es la siguiente: el centralismo, el regeneracionismo, el moderantismo, el miedo al pueblo, el rechazo de la Inquisición. En 2009, G. Dufour redactó

**J.Garnier
empleó el
término
«desastre»
al exponer
(en francés),
en 2008, el
desarrollo de
las batallas
de «Bailén y
Vimeiro».**



Al margen de la matanza de los combatientes, en ambos lados, se puso de manifiesto, por primera vez, el fenómeno de la deportación masiva, a Francia, de los prisioneros y rehenes españoles

Desembarco de Fernando VII en el Puerto de Santa María, Cadiz 1823.
Obra de José Aparicio Inglada

(en francés) otro artículo dedicado al «Proyecto político de José I».

De manera breve y modesta, en un artículo publicado en 2008, titulado «Cabarrús, O’Farrill y Arribas: tres ministros del rey José, bajo la mirada del conde de La Forest, embajador de Francia», había enunciado yo la idea algo heterodoxa pero fundada, a mi parecer, de que esos tres personajes fueron patriotas a su manera, hostiles a la represión brutal y partidarios de medidas suaves y de la clemencia.

LOS ASPECTOS MILITARES

Salvo ignorancia mía, el único historiador perteneciente a una rama profesional vinculada al Ejército es Gildas Lepetit, autor, en 2009 y 2010, de dos artículos (en francés) dedicados al papel de la Gendarmería

imperial en las provincias septentrionales de España.

En 2007, se publicó (en francés) el notable estudio de Jean Marc Lafon, *Andalucía y Napoleón: contra-insurrección, colaboración y resistencias en el mediodía de España (1808-1812)*. En ese mismo año, el reportero François Malye (ignorado por los hispanistas) publicó (en francés) *Napoleón y la locura española*, que dista mucho de ser fundamental, pero que, por lo menos, tiene el mérito de dar la palabra a varios protagonistas eminentes como Junot, Soult, Masséna, Dupont y Bugeaud.

En 2009, empleando en el título la metáfora de la espina, en el sentido de «primer apuro o motivo de inquietud», Jean Paul Escalettes escribió *Zaragoza. Una espina para Napoleón*. En 2010, el actual director de la Fondation Napoléon en París, Thierry

Lentz, tomando altura, enjuició (en francés) en una docena de páginas la situación militar en España en su libro *1810. El viraje decisivo*. En 2012, Thierry Gallice publicó (en francés) *Guerrilla y contra-guerrilla en Cataluña, 1808-1813*, con un prólogo de Jacques Olivier Boudon. El mismo año, Vincent Haegeler (en francés) consideró la cuestión catastrófica en «El otro año 1812: el desastre final»: «En el mismo momento en el que se interpreta una partitura muy importante en Rusia, los acontecimientos en España son otros tantos signos de la próxima caída de la Casa Bonaparte».

Anteriormente, en el número de diciembre de 2008 de la RSN, Jacques Garnier, en un breve artículo dedicado a «La intervención de Napoleón en España», narró la carga de los jinetes polacos en Somosierra, el 30 de noviembre de 1808, valiéndose de los testimonios del mariscal



Los desastres de la guerra. Obra de Francisco de Goya

Víctor, de los generales Bertrand y Montbrun y del teniente polaco Niegolewski, miembro de la unidad de los *chevaux-légers* (jinetes) de la Guardia Imperial. J. Garnier transcribió una réplica de Napoleón, a la vez orgullosa y halagüeña para esos extranjeros, al dirigirse a un colaborador persuadido de que había que renunciar a la carga ante unas insuperables dificultades. Replicó el emperador: «¿Imposible? No conozco esa palabra. Para mis polacos, no ha de haber nada imposible».

El mismo historiador, J. Garnier empleó el término «desastre» al exponer (en francés), en 2008, el desarrollo de las batallas de «Bailén y Vimeiro». Como en el caso anterior, el relato está acompañado de una atractiva serie de ilustraciones, con los retratos de Dupont y de Castaños, una acuarela y la representación de la Rendición de Bailén de José Casado del Alisal.

Pertenece a la nueva generación la joven Natalia Griffon de Pleinville, que, en 2009, inició la serie de sus relatos de batallas al publicar un libro (en francés), con un prólogo de J. Garnier, titulado *La Coruña, las Águilas en Galicia*, enriquecido con varios dibujos originales. En 2012, dio a conocer en Francia la casi ignorada Batalla de Chiclana Barrosa. Anteriormente, había trazado la carrera del general conde Gazan, 1765-1845, que actuó en España. Como declaró Jean Tulard, N. Griffon de Pleinville es ya la gran especialista en la historia militar, principalmente en cuanto a las batallas, como ponen de manifiesto los artículos suyos publicados en la RIN sobre las batallas de Chiclana Barrosa y de Los Arapiles, «El asalto de Ciudad-Rodrigo» y «El sitio del castillo de Burgos».

El otro eminente especialista es Alain Pigard, que, en la revista *Napoleón 1.º*, narró detalladamente

las batallas de Albuera, Medellín, Los Arapiles, Somosierra y Talavera, además de recordar a «Suchet en Aragón». En la RIN, también figuran los artículos de Vincent Rolin («El sitio de Cádiz», «La batalla de Medina del Río Seco») y «La carga de los jinetes polacos en Somosierra»), de Pierre Juhel («El sitio de Gerona») y de Pierre Deflaux («El general Robert, vencedor desconocido en Tortosa»).

Me atrevo, como hispanista (de literatura), a formular un reparo respecto a la bibliografía que acompaña la mayoría de esos relatos: los libros repertoriados son casi exclusivamente de autores franceses. Es como si, ignorantes del idioma castellano, los autores hubieran renunciado a valerse de los numerosos estudios dedicados en España a las batallas y sitios de ciudades. En efecto, no escasean los artículos publicados en la *Revista de Historia Militar* y en los *Cuadernos del Bicentenario*, edita-



Lancero polaco de la Armada imperial francesa

dos por el Foro para el Estudio de la Historia Militar de España (FEHME). En cambio, las principales fuentes a las que acuden los historiadores franceses son, salvo excepciones, las memorias de los protagonistas de origen francés, tales como Blaze, Lejeune, Rocca, Fée, etc.

En enero de 2017, la revista *Napoléon 1.º* dedicó (en francés) un álbum a «El mariscal Bessièrès. El Bayard del Gran Ejército». Un sucinto capítulo concierne a «La insurrección española» durante la cual, el interesado «brega para mantener la paz en

Asturias y Galicia». Las dos páginas están casi totalmente ocupadas por cuatro ilustraciones que representan al Empecinado, a Agustina de Aragón, al mariscal Bessièrès y un grabado sacado de *Los desastres de la guerra* de Goya.

En una obra colectiva (en francés) titulada *Francia ocupada, Francia ocupante*, Jean Marc Lafon firmó un artículo dedicado a «Ocupación, explotación: el mariscal Soult en Andalucía (febrero 1810 – septiembre 1812)». Dos años después, completó su

aportación (también en francés) con «Contra-guerrilla o contra-insurrección: la política de Soult en Andalucía (1810-1812)».

Al margen de la matanza de los combatientes, en ambos lados, se puso de manifiesto, por primera vez, el fenómeno de la deportación masiva, a Francia, de los prisioneros y rehenes españoles. Evocada en Francia, pronto se dio a conocer la deportación a la isla de Cabrera de los soldados napoleónicos vencidos en Bailén. Por mi parte, casi 30 años después de dar a la imprenta *Los españoles en Francia. La deportación bajo el Primer Imperio*, el FEHME me publicó en 2016 *La guerra de la Independencia y la posguerra. Yo, para mi desgracia, estaba allí... Los escritos de los prisioneros deportados y de los emigrados afrancesados en Francia (1808-1820)*, mamotreto de casi 700 páginas.

En el transcurso de este recorrido se habrá notado que los hispanistas literarios casi han quedado mudos cuando se trataba de estudiar campañas militares o de contar batallas, dejando así la palabra a sus compatriotas historiadores, que a veces se han contentado con resumir esas secuencias, valiéndose de estudios anteriores o remitiendo a las memorias autobiográficas de los protagonistas.

Aunque el punto de vista es exclusiva y excesivamente napoleocéntrico y no hispanocéntrico, el enunciado siguiente me parece que conserva su validez; procede del general Gilles Robert, jefe del Servicio Histórico de la Defensa, que firmó, en 2011, el prólogo del tomo octavo de la Correspondencia general de Napoleón:

«A través del destino de un hombre (Napoleón) se transparentan los destinos de una nación y de un mundo. En el momento en el que se está renovando la historiografía de la época napoleónica, en el que se va difundiendo aquel monumento (los ocho volúmenes de la correspondencia general), este contribuye, no cabe duda, a interpretar el episodio napoleónico como un extenso capítulo de la historia europea».■



LAS BAJAS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. Reflexiones a la luz de nuevos datos

Napoleón en la batallas de Eylau.
Obra de Antoine-Jean Gros

Jorge Planas Campos

Foro para el Estudio de la Historia Militar de España (FEHME)

Estudio de las bajas del Ejército francés en la guerra de la Independencia, en el que a través de sus líneas descubrimos la decisiva importancia de las batallas libradas por el Ejército español, siendo la aportación de Gran Bretaña de menor entidad, en contra de la historia oficial británica

En ocasiones la investigación histórica más pura, aquella que rebusca entre la documentación coetánea de los sucesos, revela datos que obligan a replantear algunos dogmas tenidos como tales por generaciones de autores. Este es el caso, en mi opinión, de la indagación que dio lugar al libro *Officiers de Napoléon tués ou blessés pendant la guerre d'Espagne (1808-1814)*¹ recientemente publicado.

Se trata de información cuantitativa como la que aportó John A. Hall en 1998² respecto de las bajas del ejército británico en la Península, pero esta vez referidas al ejército imperial: el nombre, apellido, graduación, unidad y circunstancias de la muerte en combate de los 3.076 oficiales y de otros 6.897 que fueron heridos durante los seis años de guerra³ en un total de 12.261 incidentes.

La primera pregunta que nos hicimos fue: ¿Están relacionados efectivamente todos los oficiales? Y la respuesta es que tenemos la práctica certeza de que sí están todos los oficiales muertos, aunque quizá no todos los heridos, porque la herida podía no figurar en la hoja de servicios en función de su importancia. El procedimiento administrativo de control de la oficialidad en el Ejército francés era bastante complejo, y es difícil pensar que la muerte de un oficial no quedase registrada.

La información parte de la obra monumental de Aristide Martinien⁴ cotejada exhaustivamente con la documentación del *Service Historique de la Défense*⁵, de la Legión de Honor⁶ y de una extensa bibliografía. Así se demuestra que los datos aportados por Martinien reflejan con bastante exactitud la realidad de las bajas en el ejército imperial.

En el caso de España las diferencias encontradas son inferiores al 5 % del total (encontramos 376 duplicidades y 237 omisiones). Las inexactitudes en la localización de los eventos o en la correcta transcripción de los apellidos no restan importancia al conjunto. Hasta ahora Martinien ha sido olvidado por la mayor parte de los historiadores, quizá temerosos de introducirse en una masa de informaciones de difícil gestión, y los datos que aportó han quedado en manos de los genealogistas.

Estas cifras pueden parecer, a primera vista, sorprendentemente bajas, sobre todo comparadas con la mortandad entre la oficialidad en algunas batallas famosas: 450 en Wagram, 286 en Eylau, 570 en Leipzig. Pero

la realidad es que la guerra en la Península fue un teatro de operaciones secundario a pesar de la percepción de que se trataba de un destino a evitar, donde la guerrilla era cruel, los asedios encarnizados, donde en ninguna parte podía uno sentirse seguro, y por ende, donde la lejanía del emperador reducía las oportunidades de obtener recompensas.

El cartón C-8 del *Service Historique de la Défense* contiene los estados de situación compilados mensualmente para el ejército francés en España. Dan una imagen clara del incremento de las tropas entre septiembre de 1809 y febrero de 1810: 86 batallones y 80 escuadrones, 120.000 hombres más. Y también de la disminución cuando se preparaba

la campaña de Rusia: 50.000 hombres menos entre noviembre de 1811 y junio de 1812.

La comparación de esas cifras con las que aporta Andrew Bamford⁷ para el ejército británico (incluyendo el contingente hannoveriano) en las mismas fechas no deja de sorprender.

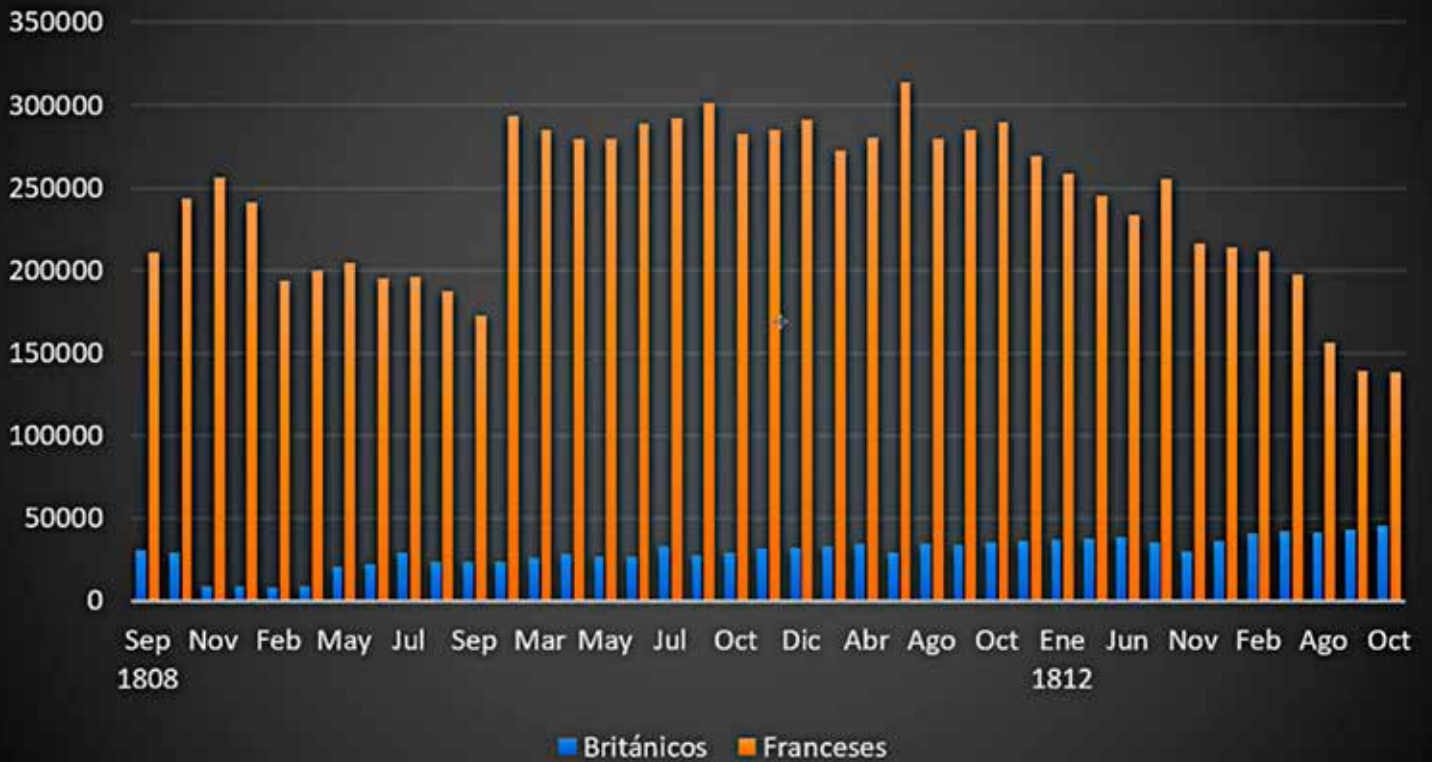
Pero es todavía más revelador analizar las circunstancias bélicas de estas 3.076 muertes. Así vemos que al menos 575 oficiales (un 19 % del total) murieron en enfrentamientos con las fuerzas irregulares, llámense guerrillas, bandidos o gentes del pueblo. Una cifra sin duda importante.

También puede sorprender comprobar que en las batallas contra ejérci-

El pueblo de Madrid se subleva contra las tropas napoleónicas frente al Palacio Real



Tropas efectivas en la Península



Tropas efectivas en la Península

tos al mando de generales británicos (Albuera, Arapiles, Buçaco, Talavera, Vitoria, etc.) que la historiografía británica ha considerado «decisivas», las bajas francesas solo representan un 29 % del total, mientras que son el 63 % de las bajas del ejército británico:

Batalla	Franceses	Británicos
Talavera	76	50
Busaco	29	11
Chiclana	35	13
F. de Oñoro	43	20
Albuera	92	48
Arapiles	73	59
Vitoria	62	50
Bayona ⁸	109	95
Orthez	31	23
Toulouse	45	32

Si a estas batallas a campo abierto (y a los demás enfrentamientos de menos importancia con el ejército aliado) se añaden los asedios de Burgos, Badajoz y San Sebastián, el por-

La presencia del ejército británico fue un elemento muy importante, pero claramente no todo lo decisiva que han pretendido los historiadores clásicos, sobre todo británicos

centaje sube al 32 % para el ejército francés y al 89 % para el británico.

Vale la pena mencionar de pasada cómo la historia ha pasado de largo sobre el hecho de que solo esos tres asedios británicos (Badajoz, Burgos y San Sebastián) —mortíferos y estratégicamente cuestionables— llevados a cabo por Wellington, siempre tan avaro en el uso de su ejército, le costaron el 26 % de las bajas de toda la campaña peninsular.

Cabe preguntarse pues en qué circunstancias murió entonces el 49 %

restante de los 3.076 oficiales franceses. Y no hay otra respuesta sino que murieron en los enfrentamientos con los ejércitos españoles. Por ejemplo, solo en los sitios de Girona, Zaragoza y Tarragona muere el 10 % de esos oficiales, y en la batalla de San Marcial los imperiales pierden tantos oficiales como en Fuentes de Oñoro.

Así pues, ¿qué conclusiones se pueden sacar de esa cifra aparentemente inocua y trabajosamente calculada de oficiales del ejército francés muertos en combate? O, mejor dicho, ¿qué «cosas sabidas» sobre la

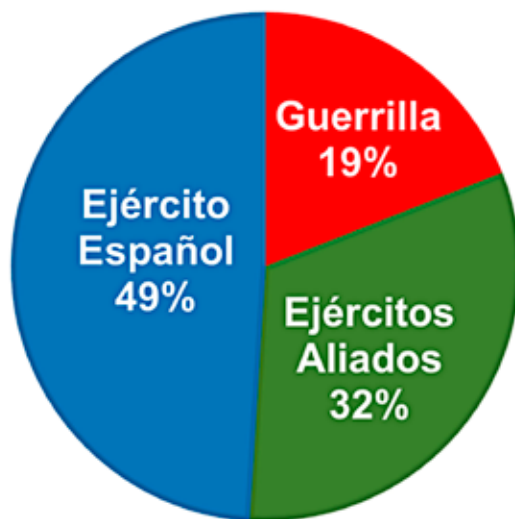
guerra de la Independencia merece la pena replantearse? En mi opinión, y a la luz de estos datos inapelables, son las siguientes:

- Resulta inútil negar que la guerrilla, o guerra irregular, tanto española como portuguesa, tuvo una gran importancia en el resultado final de la contienda. No solo obligó al ejército napoleónico a mantener un ejército desproporcionadamente grande⁹ para mantener abiertas las líneas de comunicación y dominar las ciudades, sino que fue origen de un mínimo del 19 % de las bajas totales.

La caballería polaca de Napoleón en la batalla de Somosierra



ORIGEN DE LAS MUERTES EN COMBATE DE LOS 3.076 OFICIALES DE NAPOLEÓN



Fuente: *Officiers de Napoléon tués ou blessés pendant la Guerre d'Espagne*

Origen de las muertes en combate de los 3.076 oficiales de Napoleón

Cabe preguntarse pues en qué circunstancias murió entonces el 49% restante de los 3.076 oficiales franceses. Y no hay otra respuesta sino que murieron en los enfrentamientos con los ejércitos españoles


- El desgaste de los asedios y los enfrentamientos continuos con el ejército español y portugués fueron causa del 49% de las bajas imperiales. Tristemente nadie ha podido cuantificar cuántas vidas españolas y portuguesas costó este importante desgaste de los ejércitos napoleónicos, pero debe ponerse en valor el efecto de la lucha encarnizada y hasta el último aliento del ejército español, una y cien veces derrotado, así como la tenaz resistencia en las ciudades asediadas.
- La presencia del ejército británico fue un elemento muy importante, pero claramente no todo lo decisiva que han pretendido los historiadores clásicos, sobre todo británicos. Las batallas que decoran las banderas de los regimientos ingleses eran, comparadas con las que tenían lugar en el resto del continente, de reducido tamaño: raramente llegaron a superarse los 50.000 contendientes (con menos de 15.000 británicos y hannoverianos presentes) hasta la fase final de la guerra. Las bajas entre la oficialidad fueron, lógicamente, proporcionales al total de efectivos presentes, y en su conjunto supusieron solamente el 32% del total imperial. Parece claro entonces que las batallas ganadas por Wellington no bastaron para ganar

la guerra. Otros muchos factores se conjugaron para que el ejército francés fuera obligado a abandonar la Península.

Estas son solo algunas de las conclusiones que se pueden sacar de esta masa de datos de distintos orígenes que se encuentran a disposición del historiador. Hay que proseguir su análisis y desglose para mejorar nuestra comprensión de lo que ocurrió y seguir comprobando que lo que «de siempre» hemos sabido sigue siendo verdad.

NOTAS

1. Planas Campos, J. y Grajal de Blas, A. FEHME, Madrid; 2018.
2. Publicados como volumen VIII de OMAN, Ch., *A History of the Peninsular war*. Greenhill Books, Londres; 1998. Da un total de 819 oficiales muertos en la campaña.
3. De abril de 1808, cuando muere el teniente Lucie en las calles de Madrid, hasta la batalla de Toulouse en febrero de 1814, habiendo ya abdicado Napoleón.
4. *Tableaux par corps et par batailles des officiers tués ou blessés pendant les guerres de l'Empire (1805-1815)*, Lavauzelle, París; 1899. Reeditado en facsímil en 1991 por Éditions Militaires Européennes, Pars. Martinien también publicó un *Supplément* a sus *Tableaux* en 1909 (Fournier, París) que no ha sido reeditado.
5. Cartones 2Yb/2Yc/2Yd y Xb de las unidades, con las hojas de servicio de los oficiales.
6. Base de datos Leonore.
7. No incluye la oficialidad. Ver http://www.napoleonseries.org/military/organization/Britain/Strength/Bamford/c_BritishArmyStrengthStudyPeninsular.html
8. Se han agrupado las bajas en las batallas de Nive, Nivelle y el asedio de Bayona.
9. *L'État de situation de l'Armée d'Espagne* (SHD/GR C8) del 11 de abril de 1811 contabiliza 10.290 oficiales y 321.485 suboficiales y tropa. Por comparación, la *Grande Armée* en mayo de 1812, un mes antes de la invasión de Rusia, contaba con 15.481 oficiales y 546.022 suboficiales y tropa.■



LOS PRISIONEROS BAJO PALABRA. Un caso singular durante la guerra de la independencia

El castillo de Vincennes
para «prisioneros de Estado»

**José María Espinosa de los
Monteros Jaraquemada**

**Presidente del Foro para el
Estudio de la Historia Militar de
España (FEHME)**

**Estudio sobre varios
oficiales españoles que
disfrutaron de un status
especial como prisioneros
de guerra durante su
cautiverio en la fortaleza
de Pamplona y que
representaron un caso
singular entre los miles
de prisioneros españoles
durante la guerra de la
Independencia**

Durante los primeros meses de la guerra de la Independencia, los franceses hicieron muchos prisioneros militares que iban a ser sometidos a diversas formas de cumplimiento de su «pena». Eran los derrotados en los campos de batalla, en el sitio de Zaragoza, en los enfrentamientos en diversas plazas durante los meses que abarcan de mayo a diciembre de 1808 y los que, al mando del marqués de la Romana, habían llegado hasta Dinamarca a «servir» bajo el «amigo» de los reyes españoles y, tras el levantamiento, no habían podido embarcarse de regreso a España desde la península de Jutlandia. Estos fueron rápidamente desarmados, pasando a formar parte del primer contingente importante de militares prisioneros de Napoleón. El depósito de Périgueux, en la Dordogne, fue uno de los establecidos para servir de presidio de tránsito hacia otros puntos de detención en la geo-

grafía francesa de entonces. Como todavía regían los viejos códigos del honor y la caballería, tanto en el Ejército español como en el napoleónico imperial, los oficiales fueron internados en grupos de 12 o 15 en diversos fuertes y ciudades de Francia de hasta 55 departamentos franceses, pero del buen trato inicial se pasó a un aumento de rigor y a mezclar a oficiales y soldados. Con todo, siguió en pie la palabra de honor y, desde luego, muchos oficiales, miembros de familias ricas y nobles, abundantes en el ejército de Carlos IV, dispusieron de medios de subsistencia para hacer más cómodo su cautiverio; incluso hubo algunos que se pagaron el viaje en diligencias y carros. Con todo, la mayoría fue a pie, en unión con sus soldados hasta el momento de su clasificación y envió a los puntos exclusivos para oficiales. Los oficiales cobraron sueldos de las autoridades francesas con



El depósito de Périgueux, en la Dordoña, fue uno de los establecidos para servir de presidio de tránsito hacia otros puntos de detención en la geografía francesa de entonces

los que debían costear su vestimenta y manutención¹.

Pero el trato es aún más diferenciado cuando los oficiales son hechos prisioneros en la capitulación de plazas militares y ciudades. Estos disfrutaban, si se puede decir así, de mejor suerte, pues las cláusulas de la rendición siguen siendo muy protocolarias y garantizan desde deponer las armas con honor hasta la posibilidad de conservar sus equipajes. Una de las primeras plazas de importancia que sucumbe al asedio de las tropas napoleónicas es Rosas. Ya en la guerra de la Convención, 1794, sufrió un asedio por parte de las tropas republicanas francesas. En este caso, la guarnición española fue evacuada por mar, por barcos de la Marina española. En el segundo asedio, sin embargo, la Marina inglesa, que se encontraba en la bahía de Rosas colaborando en la defensa de la ciudadela y del castillo de la Trinidad,

no evacuó a las tropas españolas². El día 6 de diciembre de 1808, se rindieron al general francés Reille, que mandaba las tropas de asedio francoitalianas. Un total de 2.200 hombres³, de los que 120 eran oficiales, partieron para Francia hacia el depósito de Périgueux, en lo que para algunos iba a suponer casi seis años de internamiento y para otros, como el coronel Pedro O'Daly, del Regimiento de Infantería de Ultonia, que mandaba la defensa de la plaza, la muerte. En las capitulaciones, se garantizaba que los oficiales conservarían todas las pertenencias⁴.

A los jefes y oficiales prisioneros les esperaban numerosos traslados, distintas prisiones, incluso el castillo de Vincennes para «prisioneros de Estado», por donde pasaron generales como Palafox, Blake, O'Donnell, Larizábal y el guerrillero Xavier Mina el Joven, entre otros. Gran parte de las

fortalezas para prisioneros estaban situadas en el norte, Amiens, Péronne, Sedan, etc., con el fin de alejarlos de las fronteras, dada la facilidad que aparentemente había para fugarse. A las fortalezas del este eran enviados los denominados peligrosos, los que se habían fugado por lo menos una vez. Los considerados problemáticos fueron internados en el fuerte de Joux; se trataba de reincidentes en fugas y de los que se negaban a jurar al rey José I. Don Carlos Espinosa de los Monteros y Ayerdi, en noviembre del año 1811, todavía se encontraba en esa fortaleza, donde había sido trasladado después de fracasar su fuga del depósito de prisioneros en Mâcon⁵, de donde se fugó para España en noviembre de 1810, y tras ser clasificado entre los más peligrosos por ambas causas⁶.

Sin embargo, había una clase de militares vencidos que pasaban a ser considerados prisioneros, pero a los que se les daba un trato muy especial. Veremos en esta aportación los casos ocurridos con algunos de ellos, en Pamplona en 1813.

Uno de los casos más extremos de la aplicación de las reglas de la caballería en los ejércitos tipo Antiguo Régimen era la de aceptar la palabra del oficial prisionero, que pasaba a cumplir la pena estando «de cuartel» en algún sitio elegido, tanto por tener familia allí como por otras conveniencias. En estos casos, siempre solía haber por medio el respeto que daba la categoría social y también, obviamente, las «recomendaciones», cuando no, directamente, la «gratificación».

Durante el bloqueo de Pamplona por las tropas aliadas, hay cinco jefes y oficiales del ejército regular español que se encuentran prisioneros en Pamplona por las tropas francesas. Por las informaciones disponibles, los cinco gozaban de la libertad de circular por la ciudad bajo ciertas condiciones. El autor francés Barón de Hennet de Goutel, en su libro *Le Général Cassan et la Défense de Pamplune, 25 de junio 31 de octubre 1813*⁷, indica:

«C'est pourquoi, dès le commencement du blocus, le général ne balançait pas à faire



Vista aérea de la ciudadela de Pamplona, ocupada por los franceses el 9 de febrero de 1808

Estos cinco prisioneros españoles que se encontraban en Pamplona retenidos bajo «palabra» no siguieron la suerte de miles de oficiales del ejército regular español internados en depósitos, fuertes y otras dependencias francesas, en donde estaban en situación muy diferente de los cinco de Pamplona

arrêter et garder à vue le baron d'Armendariz maréchal de camp, le brigadier Ramirez, le colonel Bodet, le lieutenant-colonel Juan Demiguel et Don Firmin Mengos, officier de cavalerie, tous cinq Espagnols de marque, jusque-là prisoners de guerre sur parole, et dont l'influence sembla pernicieuse».

Se trataba de cinco militares, *espagnols de marque*, y cuya influencia parecía pernicioso, y, sin embargo, tenían libertad de movimientos en la Pamplona dominada por las autoridades francesas, sitiada por la tropas españolas, en esos meses de 1813. Vamos a analizar de una manera breve quiénes eran estos personajes y qué los llevó a ser prisioneros en Pamplona, no sin antes conocer la plaza fuerte, ya conocida por ser su ciudadela prisión de personajes importantes, y ahora, toda ella un enorme fortín amurallado, seguro para los franceses, como fue la Pamplona de la guerra de la Independencia.

Es en el período que abarca desde 1561 a 1600 cuando se toma la decisión de construir una ciudadela en Pamplona y reformar el recinto amurallado de la ciudad. Fue el rey Felipe II, en su visita a la ciudad con motivo de

la jura de los fueros del viejo reino, el que queda sumamente satisfecho de las obras que se realizan. El año de 1726 marca un hito importantísimo en la historia de las fortificaciones de Pamplona: el ingeniero militar español de origen holandés Jorge Próspero de Verboom entregará un proyecto general, para la ciudadela y para la plaza (el recinto de la ciudad), que se seguirá a lo largo de todo el siglo XVIII. Verboom fue capitán general y fundador del Real Cuerpo de Ingenieros, en 1711. Había colaborado con el marqués de Vauban, «padre» de las nuevas ideas de fortificaciones.

El 9 de febrero de 1808, el ejército francés, bajo el mando del general D'Armagnac, ocupó Pamplona. Entraron en la ciudad por el portal de San Nicolás. Los oficiales se alojaron en casas de nobles de la ciudad, por ejemplo el comandante Robert, del cual hablaremos más adelante, que se alojó en casa de la marquesa de Eslava, abuela del conde de Guendulain, Joaquín Ignacio Mencos y Manso de Zúñiga⁸, y el resto de los soldados, hasta 4.000, fueron acuartelados en diferentes zonas de la ciudad⁹. La guarnición española de la ciudadela estaba formada por unos 550 soldados pertenecientes al

Gran parte de las fortalezas para prisioneros estaban situadas en el norte, Amiens, Péronne, Sedan, etc., con el fin de alejarlos de las fronteras, dada la facilidad que aparentemente había para fugarse



Castillo de Armendáriz, Baja Navarra, Francia

Batallón de Voluntarios de Tarragona del regimiento de infantería ligera y unos 80 de caballería del Regimiento de Caballería de Línea Calatrava. Estos últimos se separaron de los franceses en Tafalla en junio de ese año de 1808¹⁰. Muchos de ellos con severas limitaciones físicas y sin aptitudes para el combate¹¹.

Pamplona y su ciudadela permanecieron bajo ocupación francesa desde el 6 de febrero de 1808 hasta el 1 de noviembre de 1813. Fue una plaza fuerte muy bien guarnecida por el ejército francés a lo largo de la guerra, dada su cercanía a Francia. Paso obligado de numerosos españoles afrancesados durante la guerra en sus viajes a Francia.

El que estos cinco militares tuvieran libertad de movimientos en la Pamplona sitiada por las tropas españolas no era la mejor forma de mantener el orden entre la población civil de la ciudad y, como indica el autor francés, su influencia podría resultar perniciosa de cara a la imagen que se diera a la población civil. Por lo que su detención está totalmente justificada.

Vamos a analizar de una manera breve quiénes eran estos personajes y qué

los llevó a ser prisioneros en Pamplona y el posible porqué de su libertad de movimientos «bajo palabra».

BARÓN DE ARMENDÁRIZ

En el libro *Diccionario Biográfico del Generalato Español. Reinado de Carlos IV y Fernando VII (1788-1833)* de Alberto Martín-Lanuz¹², se indica que:

«Armando Juan Bautista ARMENDÁRIZ Y MONREAL, barón de Armendáriz, nacido en Bayona, Francia, el 4 de julio de 1757 y fallecido en el castillo de Armendáriz, Mauleón, Francia [en la Baja Navarra], el 28 de abril de 1833. Hijo de Joaquín Fermín de Armendáriz y de Claudia Monreal, baronesa de Armendáriz».

Peleó en el combate de Alcabón (26 de julio de 1809), en donde fue hecho prisionero y su regimiento casi exterminado por las divisiones de caballería de LatourMaubourg y Merlin.

El barón de Armendáriz, a la cabeza de parte de su regimiento de Villaviciosa, resulta herido de gravedad y casi dado por muerto, es hecho prisionero y permanece así durante cinco meses en Torrijos, mientras

se recupera de las graves heridas recibidas en combate.

El barón de Armendáriz había ascendido a brigadier con fecha 21 de diciembre de 1808, y fue ascendido a mariscal de campo, estando ya prisionero, con fecha 12 de agosto de 1809.

Dada su categoría social y sus relaciones con Navarra le fue autorizado permanecer internado en Pamplona, hasta el bloqueo de la ciudad por las tropas españolas al mando del general Carlos de España, como comandante de la 2.ª División del 4.º Ejército español¹³, en cuya situación le fue retirado el permiso de circular libremente por la ciudad, de acuerdo con lo que indica el autor francés barón de Hennet de Goutel, anteriormente mencionado. Con la rendición de la guarnición francesa del general Cassan, el barón quedó en libertad, reintegrándose a su vida militar. Falleció en abril de 1833 en el castillo de Armendáriz, Baja Navarra, Francia.

JOAQUÍN DE MIGUEL Y TORNOS

En el libro citado anteriormente, *Le Général Cassan et la défense de Pampelune*, se menciona como unos



Oficial de la Guardias españolas, unidad de la que era teniente coronel Fermín Mencos y Eslava

de los prisioneros «de clase» a Juan de Miguel. Sin embargo, debe de ser un error, dado que el prisionero que estaba en Pamplona en esas fechas era don Joaquín de Miguel y Tornos, de acuerdo con la documentación de la rendición del castillo de Sagunto, proporcionada por José Luis Arcón Domínguez.

Joaquín de Miguel y Tornos había nacido en Ceuta, el 24 de marzo de 1783. Había ingresado como cadete en el Real Colegio de Artillería de Segovia, donde se graduó como subteniente el 3 de agosto de 1802. Era, por lo tanto, militar de carrera, perteneciente al arma de Artillería. Pertenecer a esta arma lo hará mantener una gran relación con Carlos Espinosa de los Monteros y

Ayerdi, en los asuntos que llevaron a este último a juicio en Pamplona con su futuro suegro don Francisco Vicente Azcona y Sarasa, patrimonial de S. M. en la Cámara de Comptos en el Reino de Navarra.

Participó en la batalla de Sagunto permaneciendo con la guarnición del castillo, mandada por el brigadier Adriani. Fue hecho prisionero en la rendición de la guarnición del castillo de Sagunto en octubre de 1811 y permaneció preso en Pamplona hasta su liberación en octubre de 1813.

El teniente coronel de Miguel, manda un oficio al mariscal Suchet, fechado en Murviedro el 10 de octubre de 1811, que dice:

«Excmo. Sr. Don Joaquín de Miguel, teniente coronel de artillería, a quien ha cabido la suerte de ser prisionero de guerra en la Capitulación concedida por V. E. del castillo de Sagunto a V. E. hace presente que hallándose su familia establecida en Pamplona y siendo esta plaza ocupada por tropas francesas, y deseando pasar a arreglar sus intereses que han sufrido considerable mal, a causa de la presente guerra, y pudiendo ser compatible con la suerte de prisionero el serlo en su casa bajo palabra de honor y la responsabilidad de su expresada familia a V. E.:

Suplica tenga a bien disponer sea conducido a la expresada plaza de Pamplona en calidad de prisionero de guerra, gracia a que quedará eternamente obligado. Murviedro, 10 de octubre de 1811.

Firmado: Joaquín de Miguel».

Al margen del documento con fecha de 30 de octubre de 1811 y firmado por el brigadier Adriani, indica:

«Excmo. Sr. Este oficial es el mismo que llevó el parlamento a V. E. a quien tengo el honor de recordar le ha ofrecido V. E. la gracia que solicita.

Firmado: Luis Adriani».

Por debajo de la firma del brigadier, se puede leer: «Arrester à Pampelune».

Después de la guerra siguió su carrera militar¹⁴, aunque al ser de ideales liberales, fue separado del servicio en alguna ocasión.

FERMÍN MENCOS ESLAVA

En el libro de las memorias del conde de Guendulain¹⁵, en la página 32 indica: «En 1810, fue hecho prisionero en Valencia mi tío Fermín, hermano de mi padre, y como llevo indicado, por especial favor del general Robert¹⁶, atendido el mal estado de su salud, quedó en Pamplona».

Fermín Mencos y Eslava era teniente coronel de las Guardias Españolas y había sido capturado por los franceses en Valencia. Permanecía prisionero en Pamplona bajo palabra, gracias a la actuación del general francés



Napoleón ordena en Astorga tratar con consideración a los prisioneros ingleses, obra de Hippolyte Lecomte (Museo del Palacio de Versalles)

Robert después de la rendición del general Blake con la guarnición de Valencia. Robert se había alojado en casa de su abuela, doña María Magdalena de Eslava y Eslava, marquesa de Eslava, en febrero de 1808 cuando formaba parte de la división del general D'Armagnac, según ella, con una actitud diferente a lo que se solía pensar de los franceses.

Cayó prisionero cuando la rendición de Valencia, pero no estaba en las Guardias ni en su regimiento de Pavía (a la sazón en Alicante), sino en el Estado Mayor de Blake, a quien servía como ayudante de campo desde noviembre de 1809. Tanto tiempo al lado de Blake sugiere que el general debía apreciarlo; y como Suchet estaba «en deuda» con Blake porque

había liberado a su cuñado, capturado por guerrilleros, tiene lógica que atendiera el ruego de que su ayudante (y quizá amigo) Mencos pudiera quedarse en la ciudad de Pamplona con su familia. La hoja de servicios indica que era de calidad noble y que de junio a diciembre de 1808 fue ayudante de campo de Castaños.

JOSÉ BODET ACUÑA

Nacido en Zamora el 17 de abril de 1767 y fallecido con posterioridad a 1829. El 20 de febrero de 1808, ascendió a comandante del Tercer Batallón del Regimiento de Infantería de Toledo, a cuyo frente se halló en la batalla de Medina de Rioseco, el 14 de julio de 1808.

Más tarde el general Blake lo nombró comandante del 2.º Batallón de Granaderos, y el 8 de agosto de 1808 fue promovido a teniente coronel del Regimiento de Mallorca, mandándolo en ausencia de su coronel en las acciones de Zornoza y Güeñes, así como en la batalla de Espinosa de los Monteros. Fue hecho prisionero el 2 de enero de 1809, durante la retirada con todos los demás regimientos que componían la 1.ª División del Ejército de la Izquierda.

Quedó prisionero en Pamplona, debido probablemente a que la familia de su mujer era de Estella, hasta el 31 de octubre de 1813, que fue liberado al caer la plaza de Pamplona.



El brigadier Veremundo Ramírez de Arellano y Montesa al iniciarse la guerra de la Independencia, sirvió a las órdenes del teniente general don Gregorio García de la Cuesta, salió de Valladolid el 9 de junio de 1808

Juramento de las tropas del marqués de la Romana, cuerpo expedicionario español en Dinamarca

VEREMUNDO RAMÍREZ DE ARELLANO Y MONTESA

El brigadier Veremundo Ramírez de Arellano y Montesa había nacido en Puente la Reina, Navarra, el 17 de marzo de 1761, en el seno de una familia noble, y falleció en la misma población, el 10 de febrero de 1838.

El brigadier Ramírez de Arellano tuvo una vida militar muy ligada al que sería al final de su vida virrey de Navarra, José de Ezpeleta, vizconde de Ezpeleta de Beire.

Al iniciarse la guerra de la Independencia, sirvió a las órdenes del teniente general don Gregorio García de la Cuesta, salió de Valla-

dolid el 9 de junio de 1808 y asistió a las acciones de Cabezón (12 de junio) y Medina de Rioseco (14 de julio), y fue ascendido a brigadier de caballería el 24 de julio siguiente. Figuró en la retirada a León y Salamanca, luego marchó con el ejército de Castilla a Logroño, en octubre siguiente, y se incorporó al ejército de Castaños.

Se halló en la retirada a Cuenca, combatiendo a las órdenes de Venegas en la acción de Tarancón el 25 de diciembre y en Santa Cruz de la Zarza y batalla de Uclés (2 y 13 de enero de 1809). En las vísperas de la batalla de Uclés fue encargado de la defensa del pueblo de Tribaldos¹⁷ por el general Venegas, y cayó prisione-



Muchos oficiales, miembros de familias ricas y nobles, abundantes en el ejército de Carlos IV, dispusieron de medios de subsistencia para hacer más cómodo su cautiverio; incluso hubo algunos que se pagaron el viaje en diligencias y carros

ro de los franceses en esta última acción en Uclés el 13 de enero.

El 21 de febrero de 1809, le fue concedido permiso para pasar a su casa de Pamplona, en donde permaneció hasta la liberación de esa plaza, el 1 de noviembre de 1813.

¿Por qué el brigadier Ramírez de Arellano es autorizado por los franceses a estar prisionero «libremente» en Pamplona? Además de ser hermano del obispo de Gerona, durante los sitios y algo después, y acusado de afrancesado o más bien de colaborar con los franceses, el brigadier tenía un hijo, Cayetano, oficial de la Guardia Valona, que había combatido

en Gamonal y que posteriormente fue de los oficiales «juramentados» al rey José Napoleón^{18,19}. Además, otro de los familiares del brigadier Ramírez de Arellano, fue D.^a Xaviera Azcona y Ramírez de Arellano, hija de su hermana Benita. Benita se casó con don Francisco Vicente Azcona y Sarasa, patrimonial de S. M. en la Cámara de Comptos de Navarra. Personaje de gran importancia en los últimos años del Antiguo Régimen navarro. D.^a Xaviera contrajo matrimonio con don Carlos Espinosa de los Monteros y Ayerdi, después de diversos avatares con su padre don Francisco Vicente. Todas estas circunstancias influirían en las autoridades francesas para poder

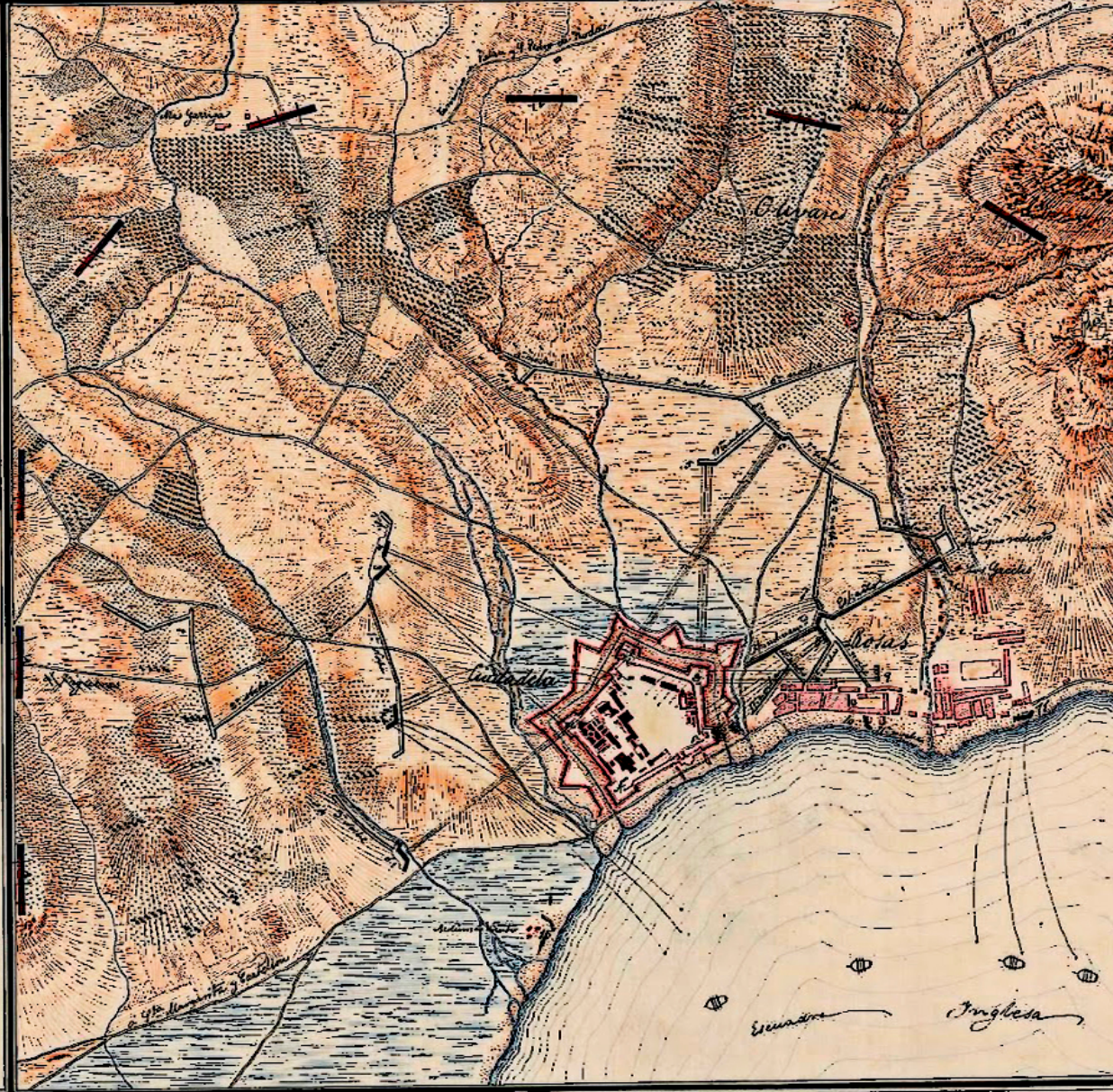
fijar su «cautiverio» en la ciudad de Pamplona.

Estos cinco prisioneros españoles que se encontraban en Pamplona retenidos bajo «palabra» no siguieron la suerte de miles de oficiales del ejército regular español internados en depósitos, fuertes y otras dependencias francesas, en donde estaban en situación muy diferente de los cinco de Pamplona.

BIBLIOGRAFÍA

- Andújar, F.: *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*. Marcial Pons Historia, Madrid; 2004.
- Aymes, J. R.: *La deportation sous le Premier Empire. Les espagnols en France (1808-1814)*. París, Publications de la Sorbonne; 1983. Hay edición española, Siglo XXI, Madrid; 1987.
- Elizalde Marquina, E.: *Pamplona plaza fuerte 1808-1973. Del derribo a símbolo de identidad de la ciudad*. Ayuntamiento de Pamplona, Pamplona; 2012.
- Guía Eclesiástica. 1805, Observador político, DMC, 29 agosto 1810, DB, cit., Claude Martin.
- Hennes De Goutel, barón: *Le Général Cassan et la défense de Pampelune, 25 Juin-31 Octobre 1813*. Librairie académique Perrin et C^{ie}, París; 1920.
- Índice Genealógico de los Oficiales del Real Colegio de Artillería de Segovia, tomo 2, Real Consejo de las Órdenes Militares, Madrid; 2010.
- Martinena Ruiz, J. J.: *Fortificaciones de Pamplona: Pasado, presente y futuro*. Ayuntamiento de Pamplona, Pamplona; 2011.
- *La ciudadela de Pamplona. Cinco siglos de vida de una fortaleza inexpugnable*. Ayuntamiento de Pamplona, Pamplona; 2011.
- Martín-Lanuz Martínez, A.: *Diccionario biográfico del Generalato Español. Reinado de Carlos IV y Fernando VII (1788-1833)*. Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, Villatuerta; 2012.
- Medina Rojas, F.: *José de Ezpeleta, gobernador de La Mobila (1780-1781)*. Diputación Foral de Navarra-Consejo Superior de Investigaciones Científicas; 1980.
- Mencos, J. I. (conde de Guendulain): *Memorias de José Ignacio*

A = Baluarte de S. Andrés
 B = Baluarte de S. Esteban
 C = Baluarte de S. Esteban
 D = Baluarte de S. Felipe
 E = Baluarte de S. Juan



Plano del asedio de Rosas, en Gerona.

La ciudadela de esta localidad gerundense fue una de las primeras plazas importantes que cayó en manos de Napoleón

Mencos. *Conde de Guendulain. 1799-1882*. Diputación Foral de Navarra. Institución Príncipe de Viana. Editorial Aramburu, Pamplona; 1952.

- Oslé Gurendiain, L. E. et al.: *Fortificaciones de Pamplona: La vida de ayer y hoy en la ciudad amurallada*. Ayuntamiento de Pamplona, Pamplona; 2012.
- Porras y Rodríguez de León, G. de.: *De los últimos de Kronstad y otros olvidados de la Guerra de la Independencia*. Ministerio de Defensa, Madrid; 2009.
- Sañudo Bayón, J. J. et al.: *La Batalla de Uclés de 1809. Aspectos bélicos y cotidianos. II Centenario de la Batalla de Uclés*. Ayuntamiento de Uclés, Uclés; 2010.
- Sañudo Bayón, J. J.: *Base de Datos sobre las Unidades Militares en la*

Guerra de la Independencia. Ministerio de Defensa, Madrid; 2012.

- «La campaña en el valle del Tajo por el ejército combinado. II. Acciones de Torrijos, Alcabón y Salinas, 26 y 27 de julio de 1809». *Cuadernos del Bicentenario*, n.º 6, agosto; 2009.
- *Cuadernos del Bicentenario*, n.º 6, agosto; 2009.

NOTAS

1. Aymes, J. R.: *La deportation sous le Premier Empire. Les espagnols en France (1808-1814)*. París, Publications de la Sorbonne; 1983. Hay edición española, Siglo XXI, Madrid; 1987. Sobre el ejército del Antiguo Régimen, Andújar, F.: *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en*

la España del siglo XVIII. Marcial Pons Historia, Madrid; 2004.

2. Entre otros navíos de guerra británicos, la fragata *Imperieuse*, que mandaba el famoso capitán Thomas Cochrane.
3. Las tropas españolas de la defensa de Rosas estaban formadas entre otras por: Regimiento de Infantería de Ultonia, Real Cuerpo de Artillería, Ingenieros, Compañía fija de Rosas, Regimiento de Infantería de Borbón, Regimiento de Infantería 2.º de Barcelona, Miqueletes de Lérida, de Igualada, de Berga, Regimiento de Infantería Voluntarios de Figueras y Regimiento de Infantería Suiza de Wimpffen.
4. SHD. Castillo de Vincennes. Yj83. Notificación del *Ministère de la Guerre*, 5.º *Division, Bureau des Prisonniers de Guerre*. Nota del



ministro de la Guerra al general St Cyr, comandante en jefe del Cuerpo de Ejército de Cataluña, de fecha 2 de septiembre de 1808. Se le indica que todos los prisioneros deberán ser conducidos al depósito de Perigeux.

5. Mâcon, hoy día, es una pequeña ciudad en el centro de Francia. Es la prefectura del departamento de Saône et Loire, en la región de Bourgogne, y la capital del distrito de Mâconnais.
6. SHD. Castillo de Vincennes. Yj87. Carta firmada por don Carlos Espinosa de los Monteros, el 26 de julio de 1811, solicitando un mejor trato en el fuerte de Joux. SHD. Castillo de Vincennes. Yj87. Tabla de prisioneros en Joux.
7. Hennet De Goutel: *Le Général Cassan et la défense de Pampe-*

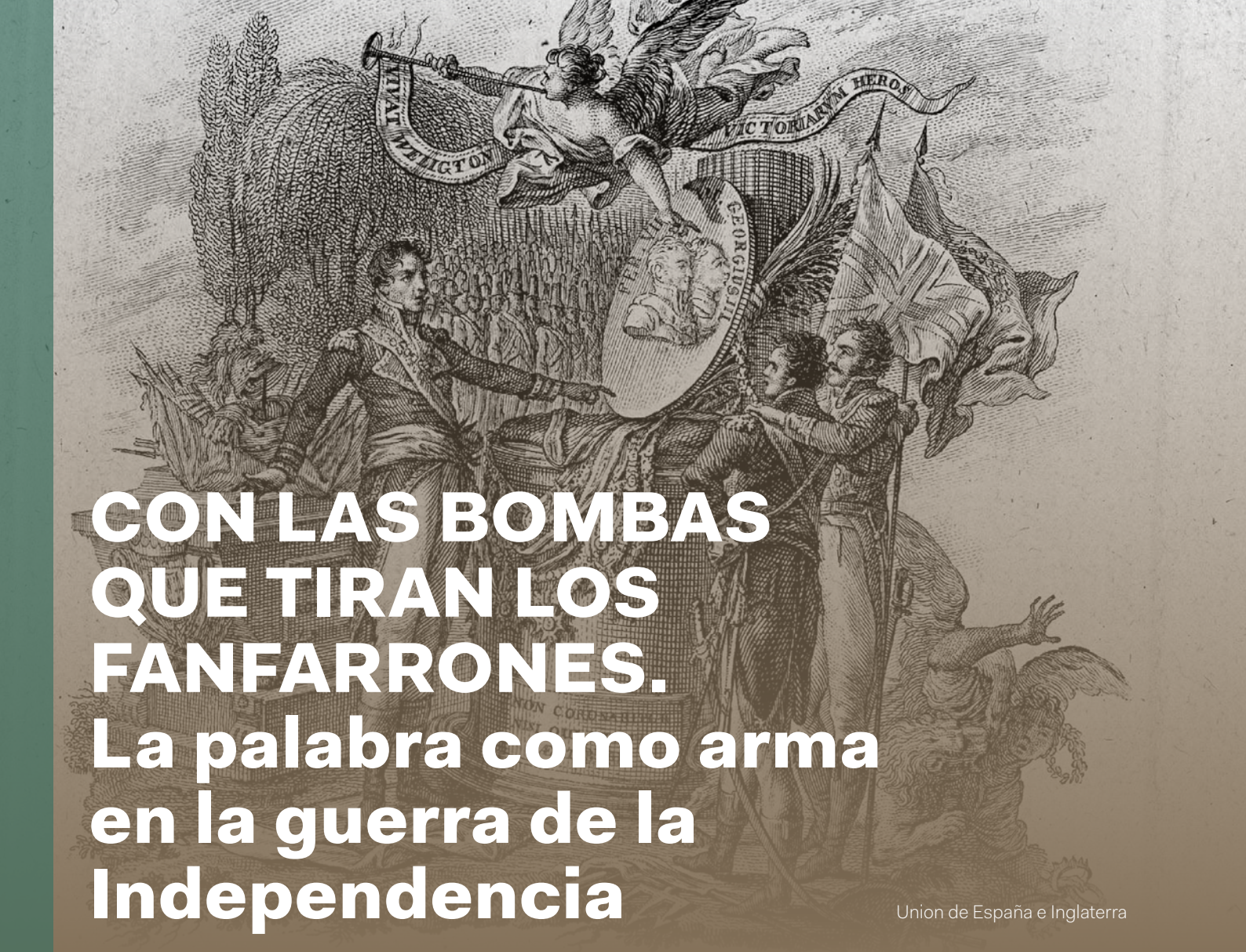
lune, 25 Juin-31 Octobre 1813. Librairie académique Perrin et C^{ie}, París; 1920, pág. 59.

8. Mencos, J. I. (conde de Guendulain): *Memorias de José Ignacio Mencos. Conde de Guendulain. 1799-1882.* Diputación Foral de Navarra. Institución Príncipe de Viana. Editorial Aramburu, Pamplona; 1952.
9. Ulzurrun, G.: «La batalla de las bolas de nieve por la ciudadela (16-02-1808)». *La Semana Navarra, Diario De Navarra*, domingo, 3 de febrero de 2008.
10. Sañudo Bayón, J. J.: *Base de Datos sobre las Unidades Militares en la Guerra de la Independencia*, Ministerio de Defensa, Madrid; 2012.
11. Artículo del *Diario de Navarra*.
12. Martín-Lanuz Martínez, A.: *Diccionario Biográfico del Generalato Español. Reinado de Carlos IV y Fernando VII (1788-1833).* Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, Villatuerta; 2012.
13. Martín-Lanuz Martínez, A.: *Diccionario Biográfico del Generalato Español. Reinado de Carlos IV y Fernando VII (1788-1833).* Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, Villatuerta; 2012, pág. 293.
14. Índice Genealógico de los Oficiales del Real Colegio de Artillería de Segovia, tomo 2, Madrid, Real Consejo de las Órdenes Militares; 2010.
15. Mencos, J. I. (conde de Guendulain). *Memorias de José Ignacio Mencos. Conde de Guendulain. 1799-1882.* Diputación Foral de Navarra. Institución Príncipe de Viana. Editorial Aramburu, Pamplona ; 1952.
16. Robert, L. B. (barón de Menerbes, Vaucluse, 7-3-1772/16-6-1831). Jefe de batallón del 70.º línea, el 30-5-1807. Sirvió con el general D'Armagnac en la «sorpresa» de Pamplona, el 16-2-1808. Coronel 2.º en el 70.º de línea, el 27-6-1808, se halló en el primer sitio de Zaragoza a las órdenes de Verdier, en donde resultó herido de un balazo en la pierna izquierda, el 5 de agosto de 1808. Fue promovido a coronel del 117.º de línea el 28 de octubre de 1808, y sirvió a las órdenes de Suchet en los sitios de Lérida, Tortosa y Tarragona; fue ascendido a general de brigada el 6 de julio de 1811. Participó en la batalla de Sagunto y en el sitio de Valencia, de la que fue gobernador

en enero-febrero de 1812. Fue comandante de la Legión de Honor, el 16 de marzo de 1812. Peleó en la batalla de Castalla, el 13 de junio de 1813 y fue gobernador de la plaza de Tortosa, desde el 17 de julio de 1813 hasta su entrega tras la paz en mayo de 1814 (no se dejó engañar por Van Halen con falsas ordenes). Fue comandante del departamento de los Pirineos Orientales el 4 de junio de 1814, continuando en ese puesto durante los Cien Días. Fue reemplazado el 1 de septiembre de 1815, tras la caída de Napoleón.

17. Sañudo Bayón, J. J.: R&D, Researching&Dragona, vol VI, n.º 13, Madrid, marzo 2001, pág. 36.
18. Porras y Rodríguez de León, Gonzalo de.: *De los últimos de Kronstadt y otros olvidados de la guerra de la Independencia.* Ministerio de Defensa. Madrid; 2009.
19. Jean René Aymes prefiere esta denominación a la de «afrancesados».

Durante el bloqueo de Pamplona por las tropas aliadas, hay cinco jefes y oficiales del ejército regular español que se encuentran prisioneros en Pamplona por las tropas francesas. Por las informaciones disponibles, los cinco gozaban de la libertad de circular por la ciudad bajo ciertas condiciones



CON LAS BOMBAS QUE TIRAN LOS FANFARRONES. La palabra como arma en la guerra de la Independencia

Union de España e Inglaterra

«La poesía es un arma cargada de futuro»

Gabriel Celaya

María de Carmen Ímaz Azcona

Lingüista de la UNED

La poesía y las coplas populares, como arma de guerra, jugaron un importantísimo papel en la moral de los soldados y la población civil durante todo el conflicto. A través de estas líneas, se repasan algunas de las coplas y poemas más famosos de aquella época

« ¡Quién será pues el que no conozca que es honrarse a sí mismo

el tributar honor a la sociedad en que ha nacido! Más a pesar de lo natural y común que es en todos los hombres este sentimiento patriótico, parece haber épocas en que con mayor satisfacción y vanagloria se complace uno en revestirse y hacer alarde de la divisa de su Patria; y son aquellas en que en virtud de circunstancias políticas y extraordinarias resplandecen con más energía las cualidades más hermosas del carácter nacional».

Válgannos estas palabras de Juan Bautista Arriaza, escritas en 1810, para entender cómo, durante el período de la guerra de la Independencia, proliferaron poesías y cantos patrióticos con el objeto de describir los acontecimientos que estaban ocurriendo en España, ensalzar los

ánimos de los combatientes e, incluso, arengar al pueblo a que tomara parte en la contienda, porque, como bien decían los romanos, *dulce et decorum est pro patria mori*. Dicho que tiene su reflejo en estos versos cantados, cuyo autor es el mismo Arriaza:

«Vivir en cadenas
¡Cuán triste vivir!
Morir por la Patria
¡Qué bello morir!»

La poesía fue el primero de los géneros literarios que se hizo eco de la situación, y los poetas neoclásicos del momento tomaron la pluma para ponerla al servicio de la causa contra Napoleón. Estos autores utilizan un estilo cuidado, muchas veces salpicado de referencias mitológicas,

Durante el período de la guerra de la Independencia, proliferaron poesías y cantos patrióticos con el objeto de describir los acontecimientos que estaban ocurriendo en España, ensalzar los ánimos de los combatientes e, incluso, arengar al pueblo



Juan Bautista Arriaza, oficial de la Armada e insigne poeta

y una métrica clásica, como corresponde a la época. Así, el presbítero Juan Nicasio Gallego escribe, cuando más inflamados los ánimos estaban, una elegía al Dos de Mayo, en la cual podemos leer estos versos dedicados a sus héroes:

«Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
que osando resistir al gran torrente
dar supisteis en flor la dulce vida
con firme pecho y con serena frente;
si de mi libre musa
jamás el eco adormeció a tiranos,
ni vil lisonja emponzoñó a su aliento,
allá del alto asiento
a que la acción magnánima os eleva,
el himno oíd, que a vuestro nombre entona,
mientras la fama aligera le lleva
del mar de hielo a la abrasada zona.»

Y la arenga final exhortando a la batalla:

«Ya el duro peto y el arnés brillante
visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
"¡Venganza y guerra!", resonó en su tumba;
y al grito heroico que en los aires zumba,
"¡Venganza y guerra!", repitió Moncayo;
y al grito heroico que en los aires zumba,
"¡Venganza y guerra!", claman Turia y Duero:
Guadalquivir guerrero
alza, al bélico son, la regia frente,
y del patrón valiente
blandiendo airado la nudosa lanza,
corre, gritando, al mar: "¡Guerra y venganza!"»

Juan Bautista Arriaza, quien por problemas de la vista se retiró de la Armada con el empleo de teniente de fragata, publica en 1810, en Londres, *Poesías patriotas*, libro que circuló ampliamente por nuestro territorio durante toda la guerra, contribuyendo así a la difusión de sus poemas, muchos de los cuales fueron trans-

formados en canciones. Entre ellos se encuentra el famoso «Himno al Dos de Mayo», que comienza con estos versos:

«Día terrible, lleno de gloria,
lleno de sangre, lleno de horror.
¡Nunca te ocultes a la memoria
de aquel que tenga patria y honor!
Este es el día en que con voz tirana
"¡Ya sois esclavos!" la ambición gritó;
y el noble pueblo, que le oyó indignado,
"¡Muertos, sí", dijo, "pero esclavos, no!"
El hueco bronce, asolador del mundo,
al vil decreto se escuchó tronar;
mas el puñal, que a los tiranos turba,
¡Aún más tremendo comenzó a brillar!»

Otro militar que también ejerció el oficio de poeta fue el capitán de infantería Cristóbal de Beña, quien publicó, en 1813, *La lyra de la libertad. Poesías patriotas*. A este



Muchas composiciones de estos poetas circularon libremente entre el pueblo, que las adoptó, las adaptó y les puso música, llegando a olvidarse la autoría y convirtiéndose, así, en canciones populares

Busto dedicado al poeta Bernardo López García, cantor de la gesta del 2 de mayo

libro pertenece el poema «El grito de guerra», cuyo final reproducimos a continuación:

«Perezca el guerrero,
que no repitiere:
¡Maldito el que huyere!
¡Vencer o morir!
Y siempre en campaña
por grito de guerra
darase el que aterra
la impía maldad:
Que griten, España,
tus hijos entonces
al son de los bronces
sin fin: ¡Libertad!»

Manuel José Quintana publica, en 1808, *España libre. Odas y Poesías patrióticas*. Suyo es el poema titulado «Al armamento de las provincias españolas contra los franceses», del cual extraemos el siguiente fragmento:

«Llega, España, tu vez; al cautiverio
con nefario artificio

tus príncipes arrastra, y en su mano
las riendas de tu imperio
logró tener, y se ostentó tirano.
Ya manda, ya devasta; sus soldados
obedeciendo en torpe vasallaje
al planeta de muerte que los guía,
trocaron en horror el hospedaje,
y la amistad en servidumbre impía.
¿Adónde pues huyeron,
pregunta el orbe estremecido, adónde
la santa paz, la noble confianza
la no violada fe? Vanas deidades,
que solo ya los débiles imploran.
Europa sabe, de escarmiento llena,
que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
esos atroces vándalos del Sena.»

Hasta aquí, los poetas neoclásicos coetáneos de los hechos que recogen y que utilizan sus poemas como arma contra los franceses. Los demás son posteriores a ellos. Sin embargo, no podemos pasar por alto, dentro de esta parte de poesía culta, a Bernardo López García, quien en 1866 publicó su «Oda al Dos de Mayo», por todos conocida y

que, por tal, solo citaremos su primera estrofa:

«Oigo, patria, tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman, tocando a muerto,
la campana y el cañón;
sobre tu invicto pendón
miro flotantes pendones,
y oigo alzarse a otras regiones
en estrofas funerarias,
de la iglesia las plegarias,
y del arte las canciones.»
Las coplillas populares
en tiempos de guerra:
«La jota, según se canta,
huele a pólvora o a incienso.
Es clarín en las batallas
y es oración en el templo.»

Como ya hemos dicho anteriormente, muchas composiciones de estos poetas circularon libremente entre el pueblo, que las adoptó, las adaptó y les puso música, llegando a olvidarse la autoría y convirtiéndose, así, en canciones populares.



El general Palafox, defensor de Zaragoza y protagonista de muchas coplillas populares

Tadeo de Murguía, organista de la catedral de Málaga, en su libro, publicado en 1809, *La música considerada como uno de los medios más eficaces para exaltar el patriotismo y el valor*, incitaba a los compositores españoles a crear música militar, pues consideraba que esta era la mejor manera de enardecer los sentimientos patrióticos y de mover al pueblo a la acción. Es sus propias palabras: «Cualquiera que sepa el influjo que tiene la música en las acciones humanas fácilmente conocerá que ha sido uno de los primeros móviles de las empresas grandes y de las extraordinarias acciones de los mortales en todas las edades y bajo cualesquiera clase de gobiernos».

Las melodías de estas canciones populares eran sencillas, fácilmente memorizables. Unas veces, eran de nueva creación. Otras, se reaprovechaban melodías existentes a las que se incorporaban diferentes letras. Un ejemplo de esto lo vemos en una versión que se cantaba con la música de la Marsellesa y que decía:

«A las armas, corred, patriotas,
a lidiar, a morir o a vencer;
guerra eterna al infante tirano,
odio eterno al impío francés.»

En cuanto a los textos, unas narraban los acontecimientos históricos más destacados, informando de

lo ocurrido en las distintas gestas bélicas.

«Los franceses a la España
vinieron a conquistar,
que al cabo de siete años
les hicieron rechazar.
Desde Salamanca a Toro
por el valle arriba van
y al llegar a Peñafior
les hicieron degollar.»
«Salieron los miqueletes
de la casa colorada
y les hicieron volver
a bayoneta calada.»

Otras, por el contrario, se centraban en un personaje importante, ya fuera francés o español, con la intención

de presentar al primero de forma ridiculizante y sarcástica, y alabando, generalmente, las hazañas del segundo. Así, se escribieron canciones sobre Napoleón:

«Bonaparte en los infiernos
tiene una silla poltrona,
y a su lado está Godoy
poniéndole la corona.»

La siguiente coplilla, también sobre Napoleón, llegó hasta la guerra del

Rif, cambiando a Napoleón por Abd el Krim y con una ligera variante: «Abd el-Krim subió / a los cielos / a pedirle a Dios perdón, / y le respondió San Pedro: / —Pídeselo a la Legión». Con esto podemos observar cómo las canciones populares se perpetúan y reaprovechan a lo largo de los tiempos.

«Napoleón subió al cielo
A pedirle a Dios España,
Y le respondió San Pedro:
—¿Quieres que te rompa el alma?»



Satira popular sobre Napoleón y Godoy



La Virgen del Pilar protagonista de coplas populares, junto con otras advocaciones marianas

También José Bonaparte fue objeto de burlas y chanzas:

«Ya viene por la Ronda
José primero
con un ojo postizo
y el otro huero.»
«Ya se fue por las Ventas
el rey Pepino,
con un par de botellas
para el camino.»

Hubo muchas canciones sobre militares españoles, como el marqués de la Romana:

«Marqués de la Romana, por Dios te pido
que saques a los franceses de Ciudad
Rodrigo. Marqués de la Romana, por Dios te
ruego que saques a los franceses a sangre y
fuego.»

El general Palafox:

«Laurel inmortal
al gran Palafox,
gloria de España,
de Francia terror.»

O el general Cruz:

«¡Vivan los sevillanos
y el general Cruz
y mueran los franceses
y el mariscal Sout!»

El duque de Wellington también fue protagonista de algunas coplas:

«Velintón en Arapiles
a Marmón y a sus parciales
para almorzar les dispuso
un gran pisto de tomates.»

Y tanto les dio
que les fastidió
Y a contarlo fueron
a Napoleón. ¡Y viva la Nación!
¡Y viva Velintón!»

Como también lo fueron guerrilleros famosos como Julián Sánchez, el Charro.

«Cuando don Julián Sánchez
monta a caballo,
se dicen los franceses
¡ya viene el diablo!»

O el propio cura Merino:

«Desde que el cura Merino
se ha metido a general
los asuntos de la España
van marchando menos mal.»

Podemos observar cómo la literatura de la guerra de la Independencia se politiza para ponerse al servicio de la causa contra el invasor

Y, como dice la siguiente canción, todo el pueblo levantado en armas se considera a sí mismo militares contra Francia:

«Franceses, idos a Francia;
dejadnos en nuestra ley,
que en tocante a Dios, al rey,
a nuestra Patria y hogares
todos somos militares
Y formamos una grey.»

En cuanto a la figura del rey Fernando VII, se escriben coplas sobre él por parte de sus defensores:

«Pólvora en la cabaña,
pólvora en el zurrón,
no reinará en España
ningún Napoleón,
que reinará Fernando,
su patria y religión.»

Solicitando su regreso a España:

«Salve, Fernando rey,
que tu venida
a unos les da la muerte
y a otros la vida.
Tráele, Marica, tráele,
tráele a Fernando,
Verás como la España
va respirando.»

Como también hay canciones de sus detractores, sobre todo, avanzada la guerra:

«Ese narizotas,
cara de pastel,
ya me entiende usted,
ya sé yo quién es.
Dijo que a las siete
y vino a las tres.
Ya me entiende usted,
ya sé yo por qué.»

La artillería también tiene su copla, a propósito de los sucesos del Dos de Mayo:

«Gloria al cuerpo, que el primero
por la boca de un cañón
respondió a Napoleón:
"Obedecerte no quiero".

Pues ese incendio guerrero,
que ya en todas partes arde,
y aterra al corso cobarde,
todo es efecto del rayo
disparado el Dos de Mayo.»

Hay diversas canciones dedicadas a diferentes vírgenes:

«Virgen de Atocha,
dame un trabuco
para matar franceses y mamelucos.»

«Aunque vengan más franceses
que arenas tiene la mar,
no moverán de su sitio
a la Virgen del Pilar.»

«La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa;
la de los Desamparados
lo mismo dice en Valencia.»

La Constitución de 1812 también aparece en el cancionero popular:

«Todo español honrado
está muy obligado
a amar de corazón
a la Constitución.»
«Del tiempo borrascoso
que España está sufriendo
va el horizonte viendo
alguna claridad.
La aurora son las Cortes
que con sabios vocales
remediarán los males
dándonos libertad.
Respira, España, y cobra



la pérdida alegría
que ya se acerca el día
de tu felicidad.»

Las mujeres, indudablemente, están presentes en las canciones tradicionales. No solo en el papel de víctimas:

La poesía fue el primero de los géneros literarios que se hizo eco de la situación



«Ala Madre del licor, mi protectora,
 «No desprecies la suplica, no el ruego
 «De este tu fiel devoto, que te adora
 «Y que por ti fallace de amor ciego:
 «Ya soy, Madre amorosa que no lloro
 «Con el botio al licor que me amantara,
 «Cubridme sin tardanza la cabeza
 «De Malaga, Xeres, Tinto y Carbona.»

«Establecido
 «vino,
 «fo
 «vado:
 «bravado
 «vino
 «a
 «ento.»

Jose Bonaparte caricaturizado como Pepe botella

«A Zaragoza la noble
 cuando la capitularon,
 todas las zaragozanas
 a Dios le estaban llorando.»

Todas irán prevenidas
 de cartuchitos y bombas
 y yo también me prevengo,
 dame la mano, paloma,
 quédate con Dios,
 pichona.»

«Con las bombas que tiran
 los fanfarrones
 se hacen las gaditanas
 tirabuzones.
 Que las hembras cabales
 en esta tierra
 cuando nacen ya vienen
 pidiendo guerra.
 ¡Guerra! ¡Guerra!
 Y se ríen alegres
 de los mostachos
 y de los morriones
 de los gabachos.
 Y hasta saben hacerse
 tirabuzones
 con las bombas que tiran
 los fanfarrones.
 Son de piedra y no se notan,
 las murallitas de Cádiz,
 son de piedra y no se notan,
 "pa" que en ellas los franceses

También como combatientes, personificadas en la figura de Agustina de Aragón:

«No hay mujer más atrevida
 que Agustina de Aragón,
 que en la puerta del Portillo
 sola disparó el cañón.»

La respuesta de estas no se hace esperar:

«Mi madre no quiere que vaya a la plaza
 porque los soldados
 me dan calabazas.
 No quiero pepitas,
 no quiero melón,
 que quiero cabezas
 de Napoleón.»

Aparecen canciones exhortando a las niñas a luchar contra Francia:

«Cartas del rey han venido
 para las niñas de ahora
 que se vayan a la guerra
 a defender su corona.»

Y, por supuesto, no podemos olvidar a las gaditanas y la copla que nos sirve de título para el artículo:



Grabado del Duque de Wellington

se rompan la cabezota.
Cañones de artillería,
aunque pongan los franceses
cañones de artillería,
no me quitarán el gusto
de cantar por "alegrías".»

Con esta breve semblanza del panorama tanto de la poesía como de las canciones cantadas por el pueblo, podemos observar cómo la literatura de la guerra de la Independencia se politiza para ponerse al servicio de la causa contra el invasor. El poeta no solo no permanece impasible ante los sucesos que están ocurriendo, sino que se siente obligado a alentar a sus compatriotas a tomar parte en la lucha contra Francia. Antonio de Capmany, en su libro *Centinelá contra franceses*, publicado en 1808, lo expresaba claramente:

«No es este tiempo de estarse con los brazos cruzados el que puede empuñar la lanza, ni con la lengua pegada al paladar el que puede usar del don de la palabra para instruir y alentar a sus compatriotas. Nuestra preciosísima libertad está amenazada, la Patria corre peligro y pide defensores: desde hoy todos somos soldados, los unos con la espada, los otros con la pluma».

BIBLIOGRAFÍA

- Arriaza, J. B.: *Poesías patrióticas*. Biblioteca virtual universal; 2006.
- Beña, Cristobal de.: *La lyra de la libertad*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante; 1999.
- Freire López, A. M.: *Poesía popular durante la guerra de la Independencia española (1808-1814): Índice de las composiciones publicadas en la prensa periódica y en folletos de la «Colección documental del Fraile»*. Grant & Cutler, Londres; 1993.
- Gallego, J. N.: *Poesías*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante; 1999.
- Gella Iturriaga, J.: «Cancionero de la Independencia». *El Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza; 1966, pp. 373-403.
- Ibor Monesma, C.: «Que no quiere ser francesa: estrofillas sobre la guerra del francés en los repertorios folklóricos de Aragón». *Boletín de Literatura Oral*, n.º 5; 2015, pp. 117-140.
- Lolo, B.: «La música al servicio de la política en la guerra de la Independencia». *Cuadernos Dieciochistas*, n.º 8; 2007, pp. 223-246.
- Ruiz Fernández, M. J.: «La niña y el soldado. La guerra de la Independencia y otras guerras en el cancionero tradicional hispánico». *Boletín de Literatura Oral*, n.º 2; 2012, pp. 91-119.
- Ruiz Gisbert, R.: «La guerra de La independencia en la literatura»: *Isla de Arriarán*, n.º XXXVI; 2010, pp. 153-180.
- Vidart, L. «Los Cantores del Dos de Mayo». *Ilustración Española y Americana*, n.º XVI; 1881, pp. 274-275.■

Las melodías de estas canciones populares eran sencillas, fácilmente memorizables. Unas veces, eran de nueva creación. Otras, se reaprovechaban melodías existentes a las que se incorporaban diferentes letras



VIÑETAS SOBRE UNA GUERRA.

La guerra de la Independencia en los tebeos

Jesús Maroto de las Heras

Foro para el Estudio de la Historia Militar de España (FEHME)

Repaso de las historietas de cómics españoles que, desde 1942, han aparecido con ilustraciones, aventuras de héroes y villanos y diversas historias todas ellas centradas o ambientadas en la guerra de la Independencia.

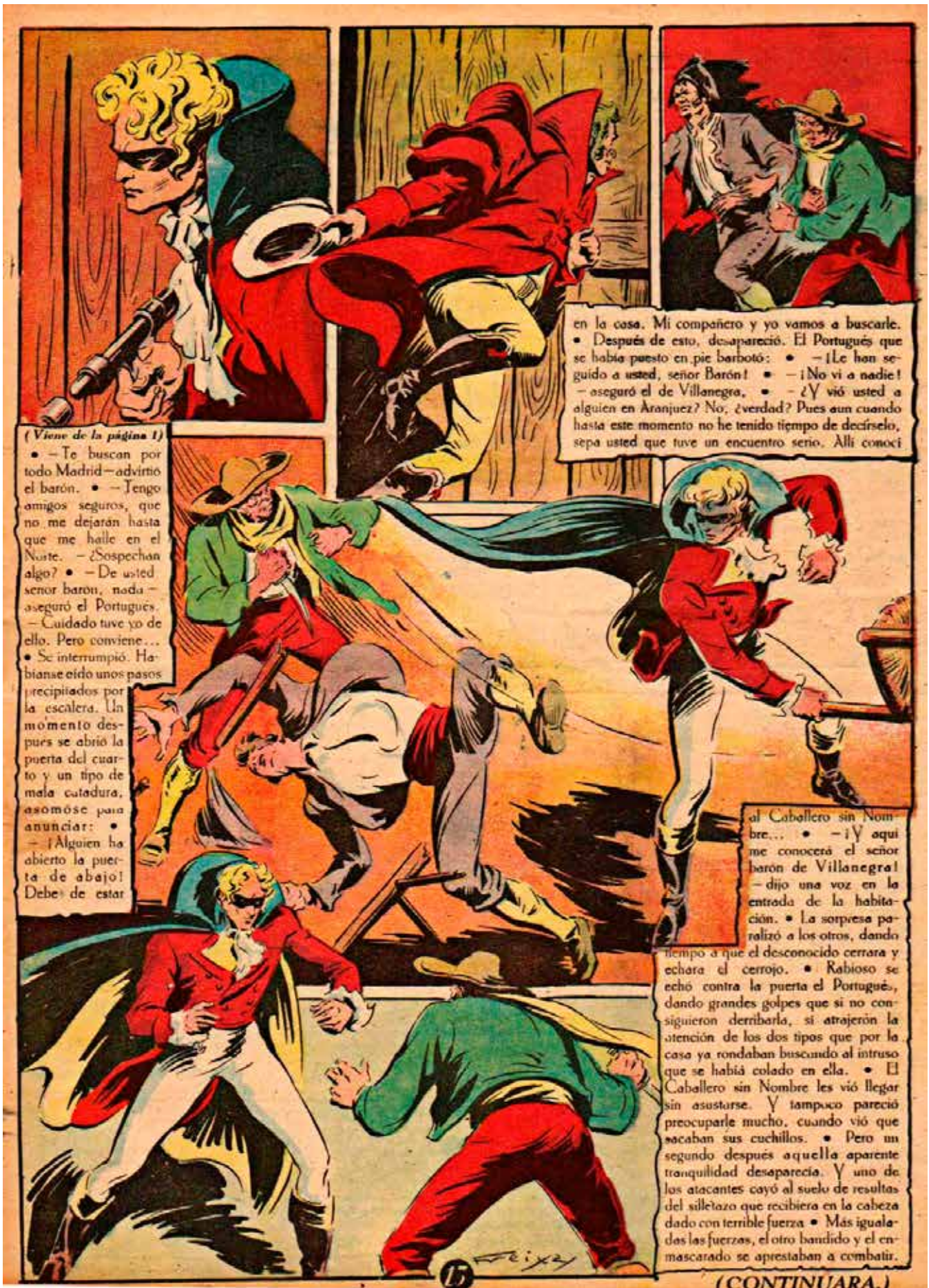
La guerra de la Independencia aparece en los tebeos de los años cuarenta del siglo XX por sus posibilidades de exaltación patriótica contra un invasor «que había penetrado con

engaños en España». Los textos literarios de los tebeos solo se centran en dos o tres episodios como el Dos de Mayo, Zaragoza o Gerona. Las batallas no se tocan o solo muy de pasada, como si la lucha se redujera únicamente a los guerrilleros españoles contra el ejército francés. Esta es una constante que aparecerá en muchos tebeos, salvo raras excepciones. Los guerrilleros son héroes que se imponen de mil maneras, con trucos, a los franceses, que siempre aparecen como malvados o, peor que eso, poco inteligentes.

La primera historieta importante sobre la guerra de la Independencia aparece en el semanario *Chicos* a principios de 1942 en una serie titulada *El caballero sin nombre*. Los guiones eran de José M.^a Huertas Ventosa, que era uno de los escritores más prolíficos del momento y estaba especializado en temas

históricos. La historia se basa en una trama situada en el entorno de la aristocracia española. El protagonista, que no tiene suficiente alcurnia para casarse con su enamorada, es calificado por la madre de esta como un «caballero sin nombre». Se dedica

El sargento Furia, última serie que aparece a tamaño 17x24 cm, se publica en 1962



(Viste de la página 1)

• -Te buscan por todo Madrid—advirtió el barón. • -Tengo amigos seguros, que no me dejarán hasta que me hallen en el Norte. —¿Sospechan algo? • -De usted señor barón, nada—aseguró el Portugués. —Cuidado tuve yo de ello. Pero conviene... • Se interrumpió. Habíanse oído unos pasos precipitados por la escalera. Un momento después se abrió la puerta del cuarto y un tipo de mala catadura, asomóse para anunciar: • - ¡Alguien ha abierto la puerta de abajo! Debe de estar

en la casa. Mi compañero y yo vamos a buscarle. • Después de esto, desapareció. El Portugués que se había puesto en pie barbotó: • - ¡Le han seguido a usted, señor Barón! • - ¡No vi a nadie! —aseguró el de Villanegra. • - ¿Y vió usted a alguien en Aranuez? No, ¿verdad? Pues aun cuando hasta este momento no he tenido tiempo de decíselo, sepa usted que tuve un encuentro serio. Allí conocí

al Caballero sin Nombre... • - ¡Y aquí me conocerá el señor barón de Villanegra! —dijo una voz en la entrada de la habitación. • La sorpresa paralizó a los otros, dando tiempo a que el desconocido cerrara y echara el cerrojo. • Rabioso se echó contra la puerta el Portugués, dando grandes golpes que si no consiguieron derribarla, sí atraerón la atención de los dos tipos que por la casa ya rondaban buscando al intruso que se había colado en ella. • El Caballero sin Nombre les vió llegar sin asustarse. Y tampoco pareció preocuparle mucho, cuando vió que sacaban sus cuchillos. • Pero un segundo después aquella aparente tranquilidad desapareció. Y uno de los atacantes cayó al suelo de resultas del silletazo que recibiera en la cabeza dado con terrible fuerza. • Mas igualadas las fuerzas, el otro bandido y el enmascarado se aprestaban a combatir.

(CONTINUARA.)

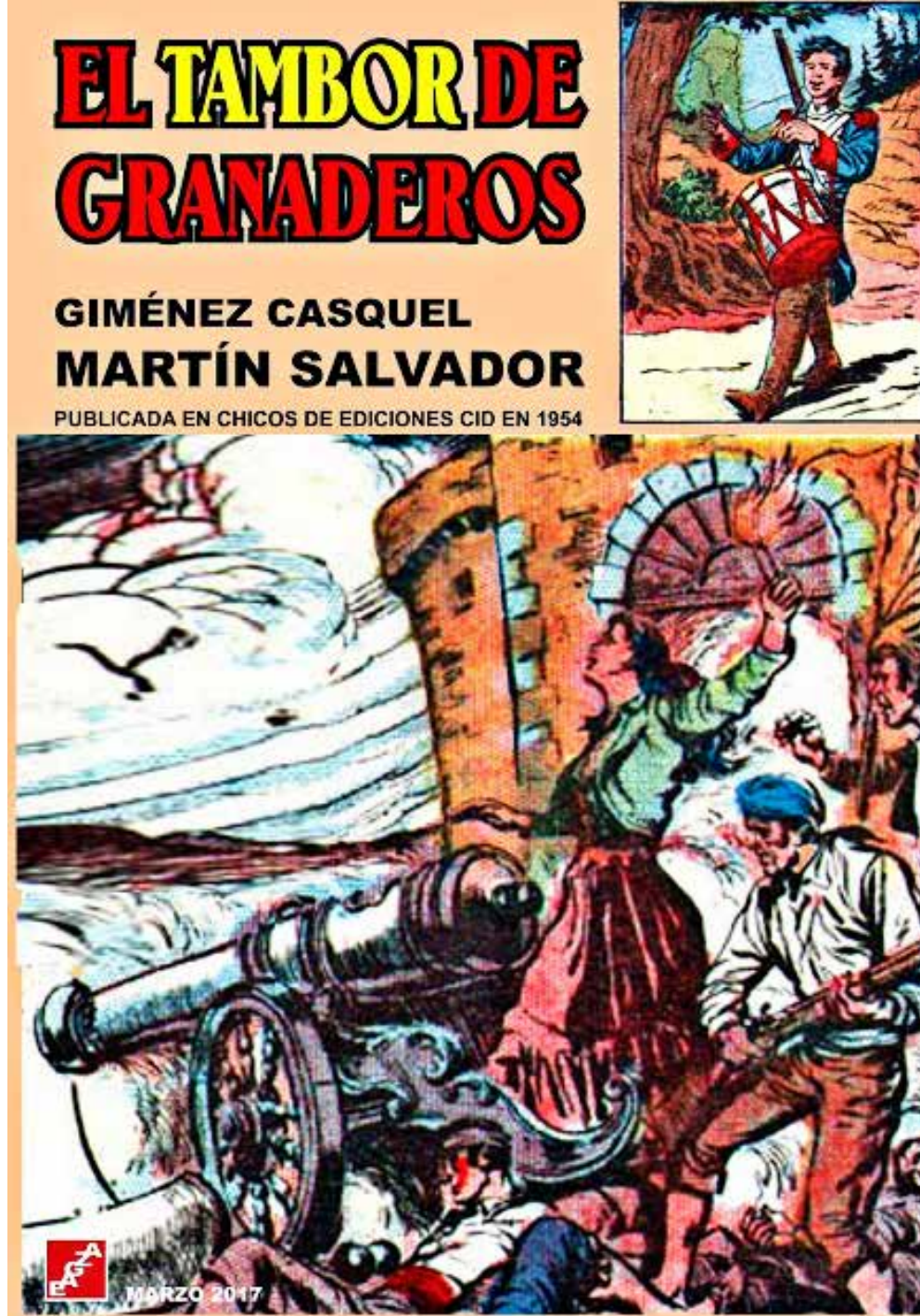
a luchar contra uno de los parientes, el barón de Villanegra, que ha raptado a la joven, todo ello mezclado con los acontecimientos del Dos de Mayo en Madrid.

Varias características hacen a esta historia relativamente singular con respecto a otras posteriores. La guerra de la Independencia es un cuadro de fondo en el que se insertan las aventuras del protagonista. El patriotismo es relativamente moderado sin llegar al fanatismo. Los franceses son pintados con cierta elegancia, sin que sus facciones parezcan de seres deformes por su crueldad o maldad.

Con respecto al dibujante, Emilio Freixas, es, junto con Jesús Blasco, uno de los puntales de las historias gráficas del semanario. Los dibujos son de una alta calidad, con un manejo del color muy bueno. Lo mismo se puede decir de los vestidos y la ambientación. Los bocetos de las calles o los interiores de las casas o posadas han sido efectuados con gran cuidado.

Esta atención no existe en tebeos de otros realizadores, donde la simplificación exagerada del dibujo, que solo enmarca a los protagonistas, se ha perdido en aras del esquematismo y del consumo de la acción. De esta manera se llegará en tebeos posteriores a una especie de desvirtualización de la realidad¹. En este sentido podemos afirmar que Freixas se adelanta muchos años a la escuela de dibujantes francesa, en donde el cuidado por reflejar al máximo el marco histórico llega a absorber e incluso desbordar a las propias criaturas de los dibujantes. Cada viñeta se completa con un uso muy eficaz e inteligente del color, que vitaliza los volúmenes y elimina los trazos innecesarios.

En 1943, la Editorial Valenciana edita una serie de cuadernos a 21x32 cm, *Grandes aventuras*. Selección. Bajo el título *Venganza y guerra*, el joven dibujante Manuel Gago, de 20 años de edad, se arriesga a avanzar un episodio de la guerra de Independencia centrado exclusivamente en el Dos de Mayo. El cuaderno, de una extensión de 16 páginas, solo puede



El *Tambor de Granaderos* publicación que recrea las aventuras de un joven tambor en la Cataluña de 1808

recoger los hechos principales de ese episodio. Los dibujos son muy simples y la construcción de las escenas muy rudimentaria. La lucha contra los franceses se presenta con una crueldad que alcanza a las mujeres, las cuales recurren a las navajas para atacar a los soldados franceses. Al final, como tragedia total, todos los protagonistas son fusilados por los franceses en el cuadro ya conocido de Goya.

Capa negra eran cuadernos a 23x17 cm editados en 1953 por Exclusivas Gráficas Ricart. El guionista era Sal-

vador Dulcet, y los dibujos, de Ángel Badía Camps. El argumento describe las aventuras de un noble, Diego Miranda, que adopta una máscara para convertirse en la pesadilla de la policía francesa de Madrid. Este enmascarado actúa casi siempre por la noche, cuando sustrae los documentos que poseen los franceses para llevarlos a la España no ocupada. Se dedica también a liberar a los detenidos por la policía francesa e incluso a enfrentarse a una banda de guerrilleros que se han convertido en bandoleros. El protagonista evita matar a sus oponentes, de manera



Tebeo, *El Guerrillero Audaz*

que los dibujos no presentan la crueldad o el masoquismo de otras publicaciones.

Aunque el semanario *Chicos* desapareció como publicación de Consuelo Gil en 1952, la editorial Cid intentó mantener su publicación como cuadernos de aventuras completas, evitando la caída en el «continuará», que había perdido bastante atractivo entre los aficionados a los tebeos. Este deseo permitió la publicación de 69 ejemplares a un tamaño de 21x24 cm durante el año 1954. En el número 27 aparece una serie titulada *El tambor de granaderos*, dibujada por Santiago Martín Salvador, basada en unos guiones de M. González Casquel.

El protagonista es Jaime Martí, un joven tambor del ejército español situado en Cataluña, al que la sublevación de 1808 encuentra separado

de su regimiento y que debe unirse a la guerrilla que había comenzado a aparecer cerca de Mataró. Se suceden las aventuras en las que el tambor debe salvar a mujeres de los franceses e incluso llevar noticias a la Gerona cercada. En esta serie, los franceses son presentados con rasgos más crueles que en las citadas antes, y no se ahorran los dibujos de españoles fusilados o mujeres azotadas.

El dibujo está muy cuidado en lo referente a lugares, poblaciones o casas. La dinámica de los movimientos es de muy buena calidad. No es extraño que Martín Salvador, de 19 años, fuera luego el dibujante de *Mendoza Colt*. Esta historieta estaba presentada a todo color, alternando al principio con una página en blanco y negro. Posteriormente, *el tambor de granaderos* aparecía en la última página del semanario a todo color.

En sus últimos años como historietista, Manuel Gago, el creador de *el Guerrero del antifaz*, hace su versión particular de la guerra de la Independencia en una serie de cuadernos a 17x24 cm titulada *el Guerrillero audaz*. La serie, publicada en 1962, tuvo una vida muy corta, ya que se redujo solamente a 26 números.

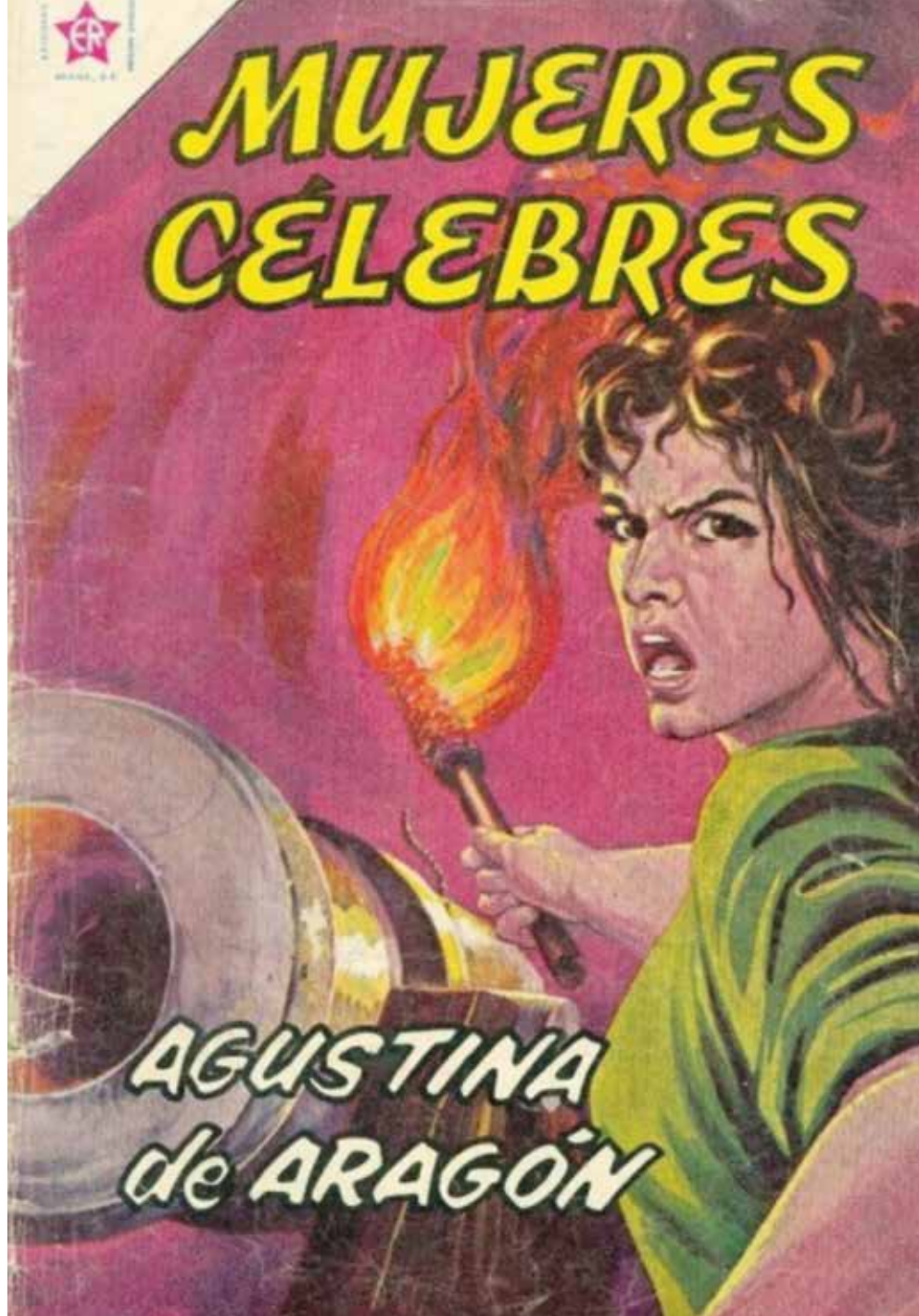
El planteamiento de *El Guerrillero audaz* es similar al de otras historietas de Gago. El protagonista, Diego, es el hijo de un agricultor acomodado de un pueblo cerca de Madrid, que se ve inmediatamente involucrado en el inicio de la guerra, participa en el Dos de Mayo e, inmediatamente, debe lanzarse a la lucha por venganza, ya que los franceses han fusilado a su padre. Parte de la acción —tres cuadernos de la serie— tiene lugar en el sitio de Zaragoza, donde el guerrillero audaz interviene en ayuda de los defensores. La serie

acaba con el levantamiento del sitio después de la batalla de Bailén, como si la guerra terminara con este episodio. A diferencia de otros tebeos, el creador vierte en esta serie las mismas constantes que aparecen en otras obras: revanchismo, violencia, crueldad o rebeldía, que tanto efecto hacían en el consumidor infantil de esos años².

La aproximación histórica efectuada por Gago, que según parece es el guionista de la serie, es algo más fiel que otras; se dibujan una serie de viñetas del Dos de Mayo, aparece Murat, naturalmente con perfiles de sádico y que además llega a tener un duelo a espada con Diego, así como el general Lefevre sitiando Zaragoza, al que nuestro héroe deja atado y burlado en una ocasión. La serie sube el tono de violencia, ya que los franceses aparecen dibujados como auténticos asesinos sádicos que torturan, fusilan y matan por el simple placer de hacerlo.

A diferencia de Freixas como ilustrador, Gago es historietista nato. El dibujo de Gago en esta serie es dinámico, se da importancia al movimiento y la figura, dejando los fondos difusos, con grandes trazos, a la imaginación del lector. No obstante, las figuras son en ocasiones confusas y descuidadas en los detalles y en los fondos.

El sargento Furia, última serie que aparece a tamaño 17x24 cm, se publica en 1962, el mismo año que la de Gago, realizada por Juan Escandell Torres y guion de Cassarel. Cassarel es el seudónimo del novelista José Antonio Vidal Sales, que colaboró en guiones *del Capitán Trueno*, *El sheriff King*, etc. La serie reúne 36 cuadernos con un dibujo mucho más cuidado que las series anteriores, pero casi con las mismas constantes: una dosis de violencia similar, fundamentalmente a base de puñetazos. En las peleas se rehúye el empleo de armas de fuego y, en menor medida, las armas blancas como espada o puñales. Desde el punto de vista histórico, su validez es nula, ya que solo se hace una referencia al ejército del general Lapisse en su travesía de Guadarrama. Aparecen tres viñetas de tono patriótico explicando



Mujeres célebres, Agustina de Aragón

la lucha de todo el pueblo español contra los franceses, pero el nivel de heroísmo colectivo es muy bajo. Los soldados franceses aparecen en ocasiones con uniformes de la época republicana, lo cual demuestra el nulo interés de los realizadores por estos detalles.

Como aspecto positivo hay que resaltar la gran calidad del dibujo. Se trata de imágenes muy cuidadas de mayor tamaño que en las series anteriores. Muchos de los dibujos se hacen en perspectiva con amplios planos casi cinematográficos o en forma de picado con un diseño muy

En 1963, las Ediciones Recreativas mexicanas publican, en la colección de Mujeres célebres, la biografía de Agustina de Aragón



Los textos literarios de los tebeos solo se centran en dos o tres episodios como el Dos de Mayo, Zaragoza o Gerona. Las batallas no se tocan o solo muy de pasada

Página de un tebeo sobre el Sitio de Zaragoza, fuente de inspiración para muchas historietas

eficaz, que hacen al lector infantil interesarse por la acción. Las luchas cuerpo a cuerpo están muy bien expresadas mediante dibujos que relatan los movimientos y reflejan la dinámica de los cuerpos.

En 1963, las Ediciones Recreativas mexicanas publican, en la colección de *Mujeres célebres*, la biografía de Agustina de Aragón. El guion es de Javier Peñalosa y los dibujos de M. I. Camberos y M. E. Lecuona. En la contraportada, se presenta una breve biografía de Agustina que termina con: «La juventud de los pueblos de habla española verá en ella una inspiración y un ejemplo».

En este cómic se detalla la falta de medios materiales de los defensores y la escasez de fuerza militar.

En los primeros años setenta, se inicia una especie de recuperación de los tebeos auténticamente españoles a través de la revista *Trinca*, que se edita con las mismas ideas del semanario *Chicos*, sin ningún tipo de afinidad ideológica y con una gran atención a las aventuras, la recuperación del color y la calidad de los dibujantes. Estos eran de primer orden, algunos rescatados del extranjero y otros de nuevos creadores como Antonio Hernández Palacios, Víctor de la Fuente, Es-

teban Maroto, Juan Arranz, Carlos Giménez, Brocal Remohi, Bernet Toledano, etc.

En la revista *Trinca* se inicia una larga serie de aventuras a todo color con tratamiento caricaturesco llamada *Los guerrilleros*, dibujada por Juan Bernet Toledano con guion de Andrade. Los protagonistas son varios y se habían escogido como si representaran a las diversas clases sociales que luchan contra el invasor. Así, aparece un escritor apodado el «Topo Poeta» —el único que no es dibujado con rasgos caricaturizados—; un pastor, Antón Cabrera; un arriero, Mateo Montoya el Tralla;

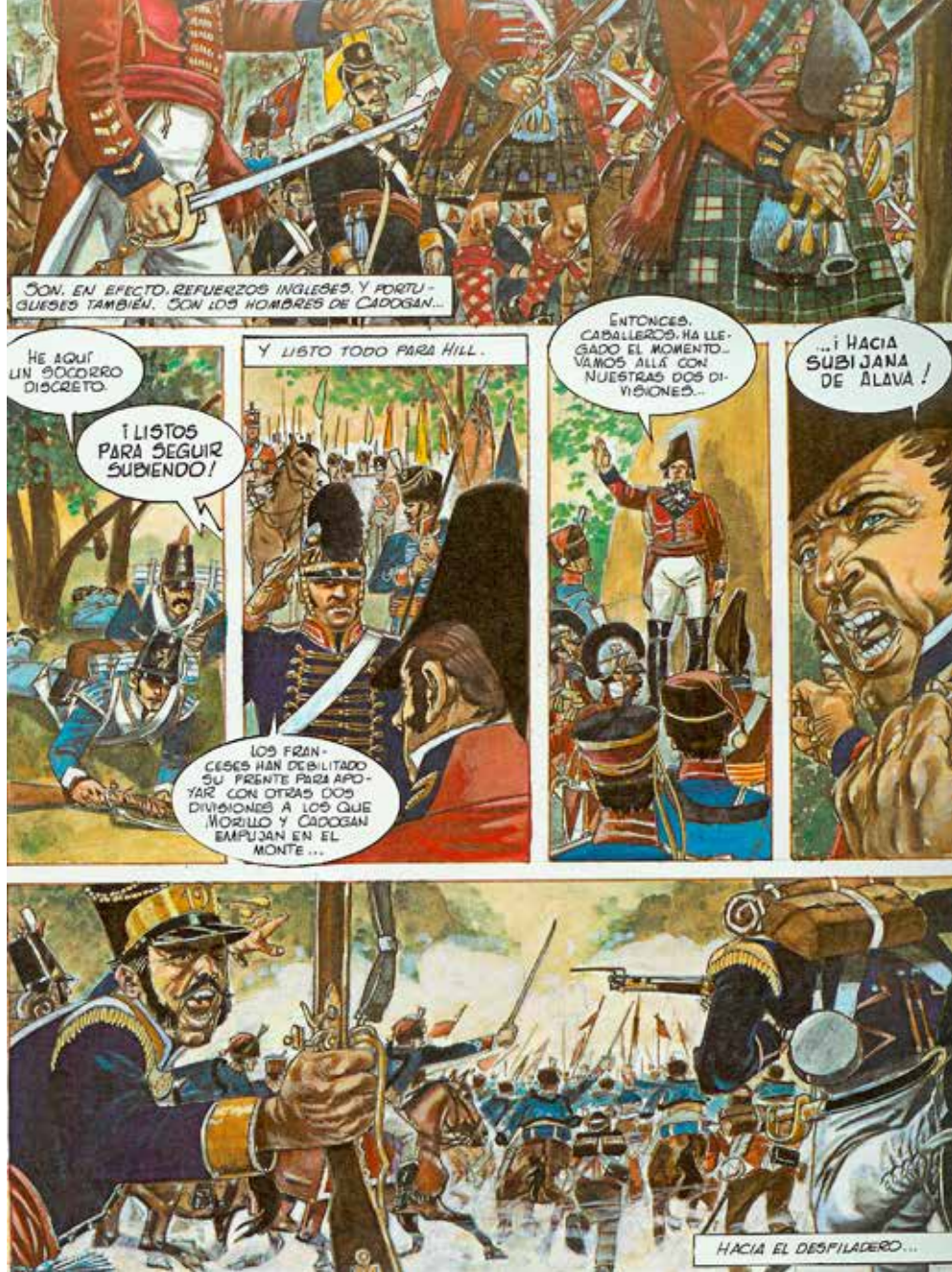
un sacerdote, Adrián Tejada; y el general Pedernales al frente de la partida.

Los combates del Bruch que tuvieron lugar en junio de 1808 se describen con gran minuciosidad, tanto en el relato como en los dibujos de Antoni Raja i Enrich, en *El Bruch 1808*. En este caso, el protagonismo es colectivo, ya que el autor y dibujante presenta los acontecimientos partiendo de la crisis popular que, inicialmente, se origina en los pueblos de Igualada y Manresa contra los franceses. Con un dibujo muy dinámico y divulgador, que se completa con un relato complementario, se consigue una descripción rigurosa y cuidada de los acontecimientos sin concesiones épicas o recursos estéticos discutibles.

En la *Breve historia de Aragón*, editada por la Caja de Ahorros de la Inmaculada en 1985, hay un capítulo dedicado a «Los sitios de Zaragoza» de siete páginas. El guion es de José Antonio Parrilla y José Antonio Muñiz. Los dibujos son de Jaime Marzal. En esas páginas se resume lo sucedido en los sitios de forma muy breve. Los dibujos son de buena calidad y combinan varios planos con una variación de las viñetas según el acontecimiento que describan. Algunos se basan en los cuadros conocidos de lo que se conoce popularmente sobre los sitios.

En 1985, la desaparecida editorial Ikusager publica *La batalla de Vitoria* en una colección denominada *Imágenes de la historia*. La batalla de Vitoria está concebida como una descripción cercana al combate, que evita el uso de protagonistas únicos y da importancia al desarrollo de la acción. Incluso, para seguir con detalle la batalla, aparece un plano detallado en la contraportada y en la primera página. La editorial había encargado el dibujo al realizador argentino José Luis Salinas, pero este falleció cuando solamente había finalizado seis páginas, y terminó la obra el dibujante español Adolfo Usero.

El relato describe con precisión los planes de ambos ejércitos antes del enfrentamiento y pinta con habilidad el desarrollo de la lucha, especial-



Página del cómic que describe la batalla de Vitoria

mente, las acciones que tienen lugar en los puentes del río Zadorra. No se ocultan, al mismo tiempo, el convoy de refugiados y las posibles venganzas con los afrancesados capturados.

La historia de España en cómics, de la editorial Genil, aparece en 1986 y en ella el tratamiento de la guerra de la Independencia ocupa 75 páginas del tomo siete, con ilustraciones de buena calidad realizadas por un equipo compuesto por Francisco Agrás (*Cimoc, Dossier negro, Sargento Kirk, Macabro*), Alberto Solé (*Sissi Novelas Gráficas, portadas de Terry y los piratas*), Luis Collado Coch (*Agente secreto, Combate, Dossier negro, Historia de Andalucía, Pacífic, Simón Bolívar, Historia*

de Madrid), Jaime Marzal Canós (*Grandes héroes, Historia de Aragón*) y Felix Carrión. Las portadas de cada capítulo son de Luis Collado y Jordi Longarón. La documentación y textos son de Jorge Alonso García. La presentación que aparece en este volumen sobre la guerra es muy completa. Comprende cuatro capítulos y se extiende bastante en describir acontecimientos como el Dos de Mayo, Bailén y los sitios de Zaragoza y Gerona. Cada dibujo mantiene un diálogo muy conciso pero eficaz, con su identificación de la acción descrita. Hay imágenes de las principales batallas como Elviña, Albuera, Castalla, Ocaña, que han sido muy poco o nada tratadas por dibujantes o pintores españoles. Los dibujos, muy



Fotograma de la película *Sangre de mayo*

El increíble humor de Ibáñez no deja ileso a ninguno de los personajes históricos al incidir de forma ingeniosa en sus intenciones, deseos o manías

efectivos en su diseño, algunos están inspirados en cuadros conocidos de Goya, Casado del Alisal u otros. En resumen, es de lo mejor que se ha tratado en España desde el punto de vista de tebeo, historieta gráfica o cómic, y proporciona al lector la impresión general de los hechos, con el uso de unas imágenes siempre eficaces en su ejecución, sobre los acontecimientos de la guerra de la Independencia.

En 1996, la editorial Algazara publica *Málaga frente a la guerra de la Independencia* con texto y dibujos de Esteban Alcántara Alcaide. Se trata de un volumen de 121 páginas que reúne de forma muy completa los acontecimientos que tuvieron lugar en esa provincia desde principios del conflicto. Describe la situación de la ciudad desde el principio del conflicto en varias partes: la batalla de Bailén, el combate de la Boca del Asno, el asalto a la ciudad por los franceses, la resistencia en la serranía de Ronda, la guerrilla del capitán Moreno, Málaga una ciudad devastada, la batalla de Cartama, Ballesteros entra en Málaga y la retirada de los franceses. Cada página del cómic tiene un tamaño de 21,5 x 33,5 cm, superior a otras publicaciones, lo cual permite hacer con los dibujos un numeroso texto explicativo. No en balde, el autor es también historiador.



La expedición de John Moore a España y su retirada con embarque en Coruña en enero de 1809 es el cómic *A retirada de sir John Moore*, de 46 páginas, escrito en gallego y dibujado, en 2002, por José Carreiro. Los dibujos son de carácter humorístico, con muy buena dinámica tanto en las expresiones como en la acción. Se rebajan los aspectos de violencia y solamente se hacen, en algunas viñetas, algunas reflexiones sobre la situación de España y los gallegos en particular.



Tebeo, *El sargento Furia*

Coincidiendo con el bicentenario del Dos de Mayo, se editaron en 2008 numerosos libros sobre la guerra de la Independencia. Varios fueron publicados por historiadores expertos de esa época, otros eran novelas históricas que abordaban con relativa fortuna tanto personajes históricos como de ficción. Se estrenó la película *Sangre de Mayo*, de José Luis Garci, realizada con grandes medios en la escenografía. Pero faltaba un relato del Dos de Mayo de forma breve, con buenas ilustraciones y un

texto muy documentado que sirviera de guía tanto para el profano como para los jóvenes. Este trabajo fue abordado por Miguel Ángel Martín Mas y Dionisio Álvarez Cueto en *Madrid 1808. El Dos de Mayo contado para todos*. El resultado es excelente. El libro, de 56 páginas a 29,5 x 21,5 cm, presenta dibujos de paisajes, edificios y planos, combinados con una caricatura más bien estilizada de los personajes. La contemplación de los retratos describe una imagen no degradante, que recoge los princi-

pales rasgos físicos de forma muy hábil, que se graba fácilmente en la memoria. El texto se compone de 12 capítulos muy bien titulados, desde la toma de la Bastilla hasta el bando del alcalde de Móstoles.

También con el bicentenario de la guerra de la Independencia se publica, en ese mismo mes de mayo, un comic de 46 páginas, *Mortadelo y Filemón, ¡El Dos de Mayo!*, dibujado por su creador Francisco Ibáñez. Estos dos personajes, tan conoci-



Podemos afirmar que Freixas se adelanta muchos años a la escuela de dibujantes francesa, en donde el cuidado por reflejar al máximo el marco histórico llega a absorber e incluso desbordar a las propias criaturas de los dibujantes

Emilio Freixas

dos en los tebeos de humor, viajan en el tiempo gracias al aparato de vibraciones de ultrafrecuencia etéreo magneto cronométricas, construido por el inefable profesor Bacterio, para caer en el Madrid que inicia su guerra en esa fecha.

Como es lógico, en la capital se encuentran con todos los personajes más emblemáticos, como el cura Merino, Wellington, Agustina de Aragón, Daoiz y Velarde, el tambor del Bruch y el rey José con su batallón de mamelucos. Todos ellos solicitan la colaboración de nuestros protagonistas para sus acciones, pero esa colaboración resulta muy

desafortunada porque siempre acaba de forma lamentable debido a los métodos que Mortadelo y Filemón emplean para completar su ayuda. El increíble humor de Ibáñez no deja ileso a ninguno de los personajes históricos al incidir de forma ingeniosa en sus intenciones, deseos o manías. Como en todos sus dibujos, Ibáñez utiliza todos sus recursos humorísticos como una astracanada, pero muy eficaz visualmente. Las páginas son a 20,5 x 29 cm y reúnen un promedio de 8 a 12 viñetas.

El cómic *Agustina*, de Fernando Monzón Fabregal y Enrique Mendoza, publicado por 1001 Ediciones en 2009,

rompe todos los convencionalismos de los tebeos publicados sobre la guerra de la Independencia. Se trata de un volumen de 78 páginas a un tamaño más reducido que los habituales de 16,5 x 24 cm. El relato se hace muy visual, y prescinde de varios diálogos para que los dibujos mantengan una fuerte expresividad. La violencia se presenta con todas sus manifestaciones de sangre y odio, con rostros que reflejan esas situaciones.

Fernando Monzón define a su heroína como:

«Atrevida, pasional y valiente. Totalmente alejada del arquetipo de mujer

dócil y esposa complaciente, en ella cristalizan valores tradicionalmente asociados en la literatura a personajes masculinos: el liderazgo frente a los segundos planos y la valentía frente a la necesidad de protección. Agustina nos descubre un nuevo tipo femenino que no está anclado en las convenciones sociales del momento, la protagonista salta el obstáculo que le supone su condición de mujer y se convierte en adalid del movimiento de la guerrilla. Es una heroína atractiva y seductora que no duda en utilizar el poder de su mirada como arma arrojada para conseguir todo

lo que se propone. Es una mujer que ansía alcanzar la libertad y que luchará por ella hasta sus últimas consecuencias».

1808 Madrid es el sexto cómic que trata del Dos de Mayo. Publicado en 2017 por Cascaborra Ediciones, es un volumen de 57 páginas a 27 x 21 cm, con guion de Juan Olivares y dibujos de Juan Aguilera. Este álbum tiene un tratamiento doble. Por una parte, escoge a un personaje, Mejías, liberado de la cárcel por matar a un ciudadano francés; por otra, cuenta la historia de Daoiz y

Velarde. Se describe con gran detalle el inicio del conflicto en la Junta de Artillería, donde Velarde quiere intervenir en las luchas callejeras, a pesar de la oposición o indolencia de sus superiores. Se narra muy bien la lucha en el cuartel de Montealeón con sus diferentes fases para finalizar con el fusilamiento de Mejías en el cuadro conocido de Goya. La obra, con mucha fuerza en los dibujos, describe con detalle las luchas, sin ahorrar los aspectos más violentos de estas.

Desde 1942 hasta 2017, se han encontrado 20 títulos de cómics



Toda esta relación de cómics nos indica que se han abordado muchos acontecimientos de la guerra de la Independencia de todas las maneras posibles, humorísticas, realistas, trágicas, violentas..., lo cual constituye un corpus desigual pero atractivo

españoles sobre la guerra de la Independencia, unos tres o cuatro por año. Lo importante es saber si estos títulos han cubierto las necesidades, tanto de publicidad del conflicto como de educación. Las respuestas son muy variadas. Por una parte, el cómic ha podido ser un instrumento de propaganda, pero, por otra, llega a ser un buen aliado de la historia si se utiliza convenientemente. No es fácil. Los estudios históricos evolucio-

nan y la expresión gráfica también lo hace. El pincel y el lápiz dejan paso al ordenador, que permite dibujar unos rostros más realistas y naturales. Lo mismo sucede con el paisaje y el escenario en general. Hay más facilidad para el diseño y el dibujo, como también lo hay para documentarse. El cómic combina muy bien con la sociedad de imágenes. Se conoce la historia con el relato de un suceso narrado en un tiempo reducido. Es el caso,

por ejemplo, del último cómic dibujado, *1808 Madrid*, que cuenta el Dos de Mayo como una película estática.

Toda esta relación de cómics nos indica que se han abordado muchos acontecimientos de la guerra de la Independencia de todas las maneras posibles, humorísticas, realistas, trágicas, violentas..., lo cual constituye un *corpus* desigual pero atractivo, según sea el interés que se tenga al iniciar la lectura de cualquiera de estos tebeos o álbumes.

Es posible que muchos héroes o villanos de la guerra de la Independencia que duermen todavía en el túnel del tiempo despierten, cobren vida y se lancen a correr aventuras en futuros álbumes o libros. De esta manera, volverán a fascinarnos con sus hazañas tanto a jóvenes como a adultos.

Fuera de España, la guerra de la Independencia solo tiene interés para los lectores del área francófona. Pero, curiosamente, los cómics que se han editado son todos de origen belga. Se pueden citar *Godaille et Godasse, Sur les routes d'Espagne* y *Les oublies de l'Empire*. En Francia no parece haber mucho interés por la guerra de la Independencia, y esta solo figura en varias páginas de un volumen de la *Histoire de France en bandes dessinées*³.

NOTAS

1. Vich, S.: *La historia en los cómics*. Ediciones Glenat; 1997, p. 6.
2. Estas constantes las recoge Francisco Tadeo Juan en un estudio sobre Manuel Gago aparecido en el número 10 de *Sunday. Revista sobre estudios e investigación de la historieta*. Julio 1981, p. 2 y ss. Asimismo, existe otro análisis de Gago en *Los cómics del franquismo*, de S. Vázquez de Parga, con juicios contradictorios del anterior.
3. Un análisis muy interesante de este fenómeno es el de Jean-Marc Lafon: «La guerre d'Indépendance espagnole (1808-1814) á travers de la bande dessinée francophone». *Revue de Souvenir Napoléonien* n.º. 446.■



Tebeo *Aventuras de Capa Negra*



Rincón del Museo del Ejército



ACTIVIDADES CULTURALES

Cuentacuentos: «Toledo, ciudad de leyenda»

El programa de cuentacuentos del Museo del Ejército te invita durante los domingos del mes de junio a conocer gran cantidad de secretos de la ciudad de Toledo a través de sus leyendas. Ven con nosotros y aprende algo diferente de esta maravillosa ciudad: descubriremos qué significa pasar una noche toledana, cómo perdió el reino el último rey visigodo, leyendas de brujas, de amores imposibles... y todo ello en el marco incomparable del patio del Alcázar, uno de los edificios más importantes de la ciudad, el cual también cuenta con sus propias leyendas que, por supuesto, también os contaremos.

- Fechas y horarios: Los domingos 3, 10 y 17 en dos sesiones, 12:00 y 13:00 horas, excepto el domingo día 24.
- Duración: 30 minutos.
- Entrada libre y gratuita, hasta completar aforo.
- Lugar: Patio Imperial.

Exposición de cerámica «Talavera somos cerámica. Cerámica y Ejército»

La cerámica artística de Talavera de la Reina ha logrado alcanzar las máximas cotas de calidad plástica a lo largo de más de quinientos años de historia.

A lo largo de este período las lozas de Talavera han mantenido una estrecha relación con el Ejército español. En esta exposición, se pretende mostrar cómo se han materializado estos vínculos a través de un recorrido histórico-cultural que permite al visitante acercarse a los elementos diferenciales de la cerámica de Talavera así como a aquellos aspectos más significativos de este arte en la cultura militar española.

- Fecha y hora: Del 8 de junio al 31 de agosto. De 10:00 a 17:00 horas.
- Lugar: Auditorio del Museo Nivel 3.
- Entrada libre y gratuita.

Teatro de Guiñol «La bandera sin emblema»

Cuentan que había una vez una bandera que ondeaba en lo alto de un palacio. Cuentan también que era una gran bandera que representaba dignamente a su pueblo, con todos los emblemas y símbolos que decoraban su tela. Pero un buen día algo sucedió, vino un viento muy fuerte procedente del norte y... zas! La bandera quedó sin decoración.

- Fecha y hora: domingos a las 12:00 y a las 13:00 horas.
- Dirigido a todos los públicos.
- Duración: 30 minutos.
- Lugar: Aula Didáctica del Museo. Patio Imperial.
- Duración: 30 minutos.

De 10:00 a 17:00 horas.

Cierre de taquillas: 30 minutos antes de la hora de cierre del Museo.

El desalojo de las salas tendrá lugar 15 minutos antes del cierre.

Lunes cerrado

www.museo.ejercito.es



MUSEO DEL EJÉRCITO

C/ de la Paz, s/n. 45001 Toledo

Telf. 925-238800

Fax. 925-238915

e-mail: museje@et.mde.es

FUNDACIÓN
MUSEO DEL EJÉRCITO

Telf. 925-238844

fundacionmuseoejercito@et.mde.es

1.ª



2.ª



3.ª



4.ª

5.ª

6.ª

EL DISTINTIVO DEL EJÉRCITO ESPAÑOL. De la Escarapela roja al Águila

Luis Sorando Muzas

Presidente de la Asociación Napoleónica española

Descripción del origen y evolución de las escarapelas como distintivo de los soldados en armas al servicio de S. M. el Rey.

La escarapela es un emblema formado por cintas, fruncidas o formando lazadas alrededor de un punto, que colocado en el sombrero permitía identificar fácilmente, según su color, la nacionalidad de un soldado en el campo de batalla.

En 1808 el ejército francés la tenía tricolor, azul blanca y roja; Gran Bretaña negra, Portugal roja y azul, Austria amarilla y negra, Prusia negra y blanca, Wespalia blanca y azul, y la española era roja desde 1707, y lo seguiría siendo hasta la adopción de la actual roja y gualda en 1871.

Su uso indicaba que su portador se hallaba en armas al servicio de su Rey, y por ello fue el emblema adoptado en mayo de 1808 por todos aquellos que se rebelaron contra la invasión francesa, en los distintos puntos de nuestro país.

Concretamente en Zaragoza nos cuenta Ibieca como ya en la mañana del 24 de mayo «el practicante de cirujano don Carlos González fue uno de los primeros que fijaron su escarapela roja en el sombrero, cuya operación imitaron muchos que iban prevenidos, y añade otro autor anónimo de impro-

viso comparecieron un sin número de gentes con su escarapela encarnada, divisa nacional que todos abrazaron sin titubear y en aquella tarde desde el niño hasta el anciano todos quedaron hechos militares».

Una jota del momento decía, aludiendo a la formación del improvisado Ejército aragonés:

En el campo del sepulcro
ya no crecen amapolas,
lo que salen de la tierra
son escarapelas rojas

Estas escarapelas, ante las dificultades existentes para uniformar a los voluntarios, constituyeron en muchos casos su «único distintivo», pero no todas fueron simplemente rojas, ya que los walones al servicio de S.M. el Rey de España las usaban con un ribete negro y los suizos blanco, siendo además relativamente



Estas escarapelas, ante las dificultades existentes para uniformar a los voluntarios, constituyeron en muchos casos su «único distintivo».



Distintos tipos de escarapelas

frecuente el que luciesen en su centro la efígie de Fernando VII o lemas como «Vivir o Morir por Fernando VII» o «Por la Religión, el Rey y la Patria», o «FVII» escritos sobre un círculo de cartón blanco a cuyo alrededor se cosía fruncida la cinta roja.

Un inglés de la época citaba concretamente: «Todos nos hemos puesto la escarapela patriótica... marcada con las iniciales de Viva Fernando Séptimo... Todos los españoles hasta el último mulero la llevan; y esto parece marcar el punto máximo de su patriotismo».

Igualmente se generalizó muy pronto el uso de escarapelas rojas y escarapelas negras alusivas a la alianza con Inglaterra en la guerra de 1808. Así nos lo cuenta Charles Leille, en junio de 1808: «Al haber adoptado los patriotas una escarapela roja, con el monograma FVII grabado en la misma, amenazaban a cualquier hombre que se aventurara a aparecer sin ella. Las damas se enorgullecían en presentarnos su emblema nacional bordado por sus propias bellas manos, ya que habíamos recibido órdenes de colocarlo encima de nuestras escarapelas negras».

El oficial de marina Crawford, de la fragata *Sultán*, que desembarcó en Mahón en julio de 1808 decía: «... escuadrones británicos confraternizan con los españoles,... el mismo sentimiento amistoso perduró mientras los escuadrones permanecieron juntos en Mahón y entre otros signos visibles de esta unión y cordialidad, debo mencionar que, tanto los oficiales ingleses como los españoles llevaban en sus sombreros entrelazadas las escarapelas negras y las rojas, que distinguían a las dos naciones...» Ese mismo mes, según el Diario de Badajoz, llegaron a Cataluña 6.000 uniformes ingleses para España... «con escarapela roja con el centro negro».

Dos años después, en julio de 1810, el alemán Moritz von Hirschfeld desembarcó en Cádiz y volvía a contar algo parecido: «Una escarapela española, negra y roja, con F7 bordado en oro en su interior he conseguido también.... Por lo general la usan incluso los plebeyos».



Distribución de escarapelas patrióticas en Manresa

A su vez también los británicos adoptaron estas escarapelas, conforme a la siguiente orden del general sir John Moore, del 15 de octubre de 1808: «Antes de entrar en España, en atención a la nación española, el ejército llevará la escarapela roja además de la suya».

Curiosamente, el rey José Bonaparte siguió usando para su pequeño ejército la tradicional escarapela roja española.

Aún en 1815, un veterano zaragozano de la Compañía del Tío Jorge

escribía a Palafox, que acababa de regresar de su prisión en Francia: «todavía llevo mi escarapela encarnada con un letrero que dice Viva Fernando VII, Rey de España».

Posteriormente, en 1841 durante el reinado de Isabel II, la escarapela de las prendas de cabeza se transformaría, igual que ocurrió con las banderas, adoptándose el rojo y gualda hasta 1931, en que se modificó con los colores republicanos. En 1942 después de la guerra civil se establecería el «águila» como emblema del Ejército español. ■

PRESENCIA SUIZA EN LA MILICIA ESPAÑOLA

Comisión Española de Historia Militar

178 páginas

PVP: 6 euros

Edición Epub: gratuita

Edición pdf: gratuita

ISBN: 978-84-9091-310-9



VALORES DEL EJÉRCITO DE TIERRA

Gabinete del JEME

80 páginas

PVP: 4 euros

ISBN: 978-84-9091-311-6



PAZ, CONFLICTO Y RELIGIÓN EN EL SIGLO XXI. UNA VISIÓN PROSPECTIVA

Instituto Español de Estudios Estratégicos

176 páginas

PVP: Edición electrónica: gratuita

Edición pdf: gratuita

Impresión bajo demanda: 10 euros

NIPO: 083-18-006-1



EL PODER AEROESPACIAL A CORTO Y MEDIO PLAZO: LA RUTA A SEGUIR

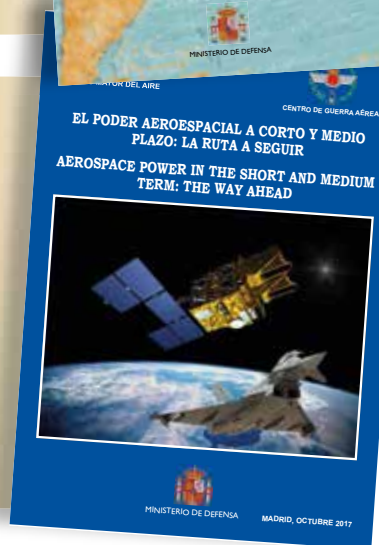
Centro de Guerra Aérea

232 páginas

PVP: Edición electrónica: 5 euros

Impresión bajo demanda: 5 euros

ISBN: 978-84-9091-340-6



NOVEDADES EDITORIALES



Tel.: 91 364 74 27

publicaciones.venta@oc.mde.es

<https://publicaciones.defensa.gob.es/>



EL FENÓMENO GUERRILLERO EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Guerrillas atacan a un correo francés

José María Pardo de Santayana
y Gómez-Olea
Coronel. Artillería. DEM

El fenómeno guerrillero apareció en la guerra de la Independencia española aportando un factor hasta ese momento desconocido en las campañas napoleónicas. La lucha guerrillera, en gran medida ignorada, asoma a lo largo de este artículo en su verdadera realidad donde se nos presenta el auténtico alcance de su actuación durante la guerra.

El 8 de enero de 1811, el capitán Deblais, jefe de la 2.ª Compañía del 1.er batallón de fusileros-granaderos de la Guardia Imperial, escribía desde la ciudad de Vitoria a *mademoiselle* Sophie: «Tenemos en los alrededores de aquí 5 o 6 bandas que no se acercan a más de 2 leguas y se mantienen siempre a unas 8 o 12, envían a hombres que vienen a robar a la gente que vuelve del mercado, a media legua de la ciudad. Los verdaderos españoles, que nos detestan, aman a estos brigantes y ven con satisfacción el mal que les hacen porque dicen que están armados para la defensa de su patria: mientras están bien a salvo al tener las guarniciones francesas para su tranquilidad. Pienso que más de 200.000 hombres de nuestro Ejército están dispersados a ambos lados de las rutas para mantener las comunicaciones. Si este brigandaje, que aumenta todos los

días, cesara, la guerra se acabaría enseguida. Estoy preparado para hacer pronto un nuevo recorrido con mi compañía: se dice que nuestro general, viendo que son infructuosos, los enviará menos frecuentemente, pues son la ruina de los zapatos y de los hombres»¹.

Napoleón invadió España, un reino aliado, en el momento en que después del tratado de Tilsit se encontraba en el apogeo de su poder. En las dos anteriores campañas (1805 y 1806-1807), ya como emperador, había derrotado con su *Grande Armée* en períodos de tiempo relativamente cortos a las poderosas coaliciones austro-rusa y ruso-prusiana, cuyas fuerzas combinadas superaban ampliamente a las propias.

En 1807-1808, cuando sus tropas invadieron la Península, una parte sustancial de las fuerzas españolas

A lo largo de seis años de luchas sin descanso, las tropas imperiales debieron de sufrir allí unas pérdidas comparables a las de la campaña de Rusia y superiores a las de cualquiera de las otras guerras de la revolución o del imperio



El guerrillero, aparecido en la Península, fue la pesadilla del Ejército francés

estaban desplegadas a su servicio fuera de España. Las fuerzas imperiales se apoderaron de las fortalezas fronterizas, tomaron la capital y se adueñaron de la caja militar. Portugal había caído completamente en sus manos con un esfuerzo mínimo y sin derramamiento de sangre. La empresa, que al gran corso le parecía que iba a resultar «un juego de niños», se terminó alargando en el tiempo y se convirtió en una de las causas del derrumbe de su imperio. En todo momento Bonaparte contó con una holgada superioridad convencional en relación con la débil alianza hispano-luso-británica, con un volumen de fuerzas muy superior al que había derrotado a las coaliciones anteriores y, no obstante, no consiguió doblegar la voluntad de resistencia de su oponente.

La insurrección española había cambiado la naturaleza de aquellas guerras de rápidas operaciones y batallas decisivas, convirtiéndola en una guerra total que se decidió por medio de una estrategia de desgaste. Con un lenguaje contemporáneo hablaríamos incluso de una fenomenal guerra híbrida. La derrota de Napoleón en España se debió a la conjunción y combinación de los esfuerzos de los tres grandes actores antinapoleónicos en la Península: «el ejército regular español, las fuerzas británicas y el fenómeno guerrillero». A este tridente habría que sumar la acción del pueblo que, sin formar parte ni del ejército ni de la guerrilla, tuvo una participación directa en la lucha, ofreció su apoyo material y moral a la causa y dio a la guerra un carácter nacional. Sin la participación de cualquiera de los actores

citados la derrota aliada habría sido segura. Fue precisamente la simbiosis de todos aquellos esfuerzos lo que hizo posible que la marcha triunfal de los ejércitos napoleónicos por los campos de batalla europeos se detuviera en España, sin perder de vista que Napoleón estuvo muy cerca de la victoria y que, como afirmó Espoz y Mina, de no haber marchado a Rusia la resistencia difícilmente hubiera podido prolongarse por mucho más tiempo.

Lo que hace especial al fenómeno guerrillero en esta contienda es que fue el elemento más claramente diferenciador y que terminó dándole a dicha guerra un carácter propio. Puesto que en las campañas anteriores Napoleón había barrido del campo de batalla a todos los ejércitos que se le enfrentaron, este nuevo

factor se convirtió a los ojos de los contemporáneos en el obstáculo definitivo, en la expresión palpable de la implicación del pueblo en la guerra. El general Roguet, jefe de una de las dos divisiones de la Guardia Joven que entraron en España, lo describe de la siguiente manera: «Las coaliciones y sus ejércitos no habían sido para el emperador más que ocasiones para nuevos triunfos y hasta 1808 uno se preguntaba quién podría resistirle. Sin embargo, como todo lo que es humano, una tal fortuna podía tener su término; ella embarrancó delante de un pueblo sin gobierno, sin ejércitos y casi olvidado en el extremo de Europa, pero animado de un patriotismo siempre irresistible. (...) Ese cáncer, sostenido por Inglaterra, alteró nuestra organización, nuestra disciplina, nuestro prestigio y la entera confianza que nos había valido tantos éxitos; él nos recordó la derrota, olvidada desde el Consulado»².

Clausewitz afirmó además: «Desde que la fortuna y audacia de Bonaparte derrocaron todos los procedimientos antiguos y naciones de primer orden fueron aniquiladas de un solo golpe; desde que los españoles con su empeñada lucha mostraron que, a pesar de su debilidad y con simples armamentos nacionales y con medios propios de insurrección, obtuvieron grandes resultados, (...) todos estos ejemplos han demostrado que el corazón y el espíritu de una nación forman un factor importantísimo en los productos que representan la fuerza nacional, guerrera y de combate»³.

El fenómeno guerrillero, que fue evolucionando con el tiempo, presentó perfiles muy diversos y no ofreció una línea divisoria clara que lo distinguiera del esfuerzo convencional, fue pues la expresión principal de la insurrección patriótica. Fue una realidad de dimensión militar y social que prolongó el espíritu de resistencia en los territorios dominados por las tropas imperiales y tuvo importantes efectos tanto materiales como psicológicos y morales.

Algunos autores, muy especialmente Charles Esdaile, han presentado la guerrilla como un fenómeno colo-

rista y secundario que en muchos casos llegó a provocar más daño que beneficio. Siendo cierto que la guerrilla se comportó en muchos casos con crueldad, incluso con la propia población española, que por lo general los guerrilleros no eran combatientes de gran calidad y que crearon algunos problemas graves, no es menos cierto por ello que su contribución estratégica fue enorme y que se convirtieron en una pesadilla para las tropas ocupantes. Sacando al fenómeno guerrillero de la ecuación militar, «la Francesada» se hace incomprensible.

Jean Sarramon, el historiador que con más detalle ha estudiado la participación francesa en dicha guerra, afirma lo siguiente: «España era además el punto de fijación, antes de ser la tumba, de una gran parte de la *Grande Armée* de Austerlitz, Jena y Fiedland. A lo largo de seis años de luchas sin descanso, las tropas imperiales debieron de sufrir allí unas pérdidas comparables a las de la campaña de Rusia y superiores a las de cualquiera de las otras guerras de la revolución o del imperio. Como subraya el coronel Gasset, España no fue para el Imperio el ariete que abate la torre, fue la termita que se desarrolla al pie del edificio y que, con la ayuda del tiempo y del azar, termina por desmoronarlo».

Dice también Sarramon que las mejores obras que se han escrito con carácter global sobre la guerra de la Independencia «no tratan más que de una forma muy sucinta todo lo que se refiere a la pequeña guerra. Si se considera, sin embargo, que las pérdidas sufridas por los imperiales como consecuencia de los combates en la retaguardia y sobre las líneas de comunicaciones son, con mucho, superiores a las registradas en los campos de batalla, sea contra los ejércitos regulares españoles o contra las fuerzas de Wellington, no se puede sino echar de menos tal laguna»⁴.

Para valorar la importancia estratégica de la guerrilla en esta guerra debemos utilizar dos métodos distintos. En primer lugar, hay que reflexionar sobre el modo en se habría desarrollado si no hubiera existido tal

Es necesario recalcar que las tropas napoleónicas en España sufrieron más bajas, marcharon más kilómetros y dedicaron más tiempo y esfuerzo combatiendo a la guerrilla que al ejército regular español o al ejército aliado luso-británico

lucha irregular en retaguardia y, en segundo lugar, analizar pormenorizadamente la contribución concreta de la guerrilla a la victoria general.

MODO EN QUE SE HABRÍA DESARROLLADO LA GUERRA SI NO HUBIERA EXISTIDO LUCHA IRREGULAR EN RETAGUARDIA

El general Freire (que tuvo una actuación muy destacada al mando del contingente español integrado en el ejército de Wellington al final de la guerra) concedía a los cuerpos que combatieron en la retaguardia imperial un papel «muy principal, y hasta



La carga de los Mamelucos en la Puerta del Sol, cuadro de Goya que representa en toda su crudeza la lucha del pueblo español contra el invasor francés

dudaba que sin ellos hubiéramos podido sostener la lucha tres años»⁵.

Tal afirmación es muy fácil de apoyar si consideramos que, tras las graves derrotas españolas de Ocaña y Alba de Tormes en noviembre de 1809 y la conquista de Andalucía en febrero del año siguiente, la superioridad convencional de las tropas napoleónicas en España era aplastante y su posición central claramente ventajosa. Con Austria derrotada de nuevo en Wagram, Napoleón había aumentado su fuerza en España a más de 300.000 combatientes frente a solo 100.000 del Ejército español y 95.000 del contingente

británico-portugués de Wellington. La existencia de la guerrilla obligó a Napoleón a cambiar su modo tradicional de operar. Primero dedicó un tiempo a pacificar las provincias por las que pasaban las líneas de comunicación con Francia para después ordenar a Massena que se internara en Portugal para enfrentarse a Wellington. Mientras tanto, las tropas imperiales también se tuvieron que empeñar en tomar las plazas fuertes de Astorga y de Ciudad Rodrigo. Desde el final de la conquista de Andalucía hasta que el mariscal francés cruzó la frontera portuguesa pasaron 7 meses, tiempo suplementario con el que contó el general inglés para

preparar a su fuerza y terminar de construir la línea de Torres Vedras.

A finales de 1810, en el eje de comunicaciones Irún-Burgos-Valladolid-Ciudad Rodrigo-Lisboa, el Ejército Imperial tenía desplegados ¡120.000 hombres!, y sin embargo Massena no podía contar para enfrentarse a Wellington más que con 35.000. No cabe ninguna duda de que sin la existencia de la guerrilla que obligaba a mantener un tercio de las tropas imperiales en territorio conquistado de retaguardia, el Ejército Imperial en España habría podido concentrar frente a Wellington o frente al Ejército español una

gran masa de maniobra a la que ni uno ni otro hubieran podido resistir. Es conveniente recordar que, no obstante el enorme despliegue napoleónico en la Península, el gran general inglés, cuyo volumen de fuerzas era relativamente modesto, menos de 100.000, nunca se enfrentó a más de 65.000 soldados imperiales.

Además hay que añadir que si la población de las regiones dominadas por las tropas imperiales hubiera aceptado el dictado francés, lo que sin duda habría ocurrido si no es por la acción de los guerrilleros, la retaguardia no solo no habría retenido fuerzas, sino que las habría generado y los recursos de todo ese territorio se habrían puesto al servicio de los cuerpos napoleónicos. Habiendo tropas españolas luchando en ambas partes, aspecto que no hay que desdeñar, la causa patriótica habría visto debilitada su legitimidad y cohesión, la voluntad de lucha se habría ido extinguendo si no es por la acción determinante de la guerrilla y el panorama general habría sido completamente distinto. Los éxitos de Suchet en Cataluña y Valencia no son explicables si no se tienen en cuenta sus logros frente a la insurrección local y en el sometimiento de la población aragonesa.

Podemos considerar, por tanto, que la más importante de las contribuciones estratégicas de la guerrilla fue la de impedir que la población de las regiones dominadas por los franceses se sometiera a su dictado. La acción guerrillera fue más que ninguna otra cosa una disputa frente a las tropas ocupantes por el control de la población civil y una prueba fehaciente de que ni el rey José ni su hermano Napoleón tenían una autoridad consolidada sobre los territorios que habían sido conquistados militarmente.

Normalmente suelen pasarse por alto los grandes esfuerzos que las autoridades francesas hicieron para reclutar en España fuerzas militares y de policía. La existencia de «partidas» que podían fácilmente resaliar a los colaboradores o a sus familiares (y en las que estos podían encontrar refugio si desertaban) impidieron que dichos empeños

tuvieran un resultado satisfactorio. En todos los demás países dominados (incluido Portugal, donde el emperador reclutó más tropas que en España) las sociedades generaron numerosas tropas para el Ejército Imperial y fuerzas cívicas para el control del orden público dentro del mismo país.

Por otro lado, la tendencia tan acusada de los altos mandos militares franceses a no acudir en auxilio de sus compañeros de armas se debió en parte al alto grado de rivalidad entre ellos que el mismo emperador había fomentado. Pero había también otra poderosa razón, si se veían obligados a abandonar parte del territorio de su responsabilidad por un tiempo en apoyo de otro compañero de armas, sin duda fácilmente podrían volver a ocuparlo después, pero se debía dejar en la estacada a los partidarios que tanto trabajo les costaba conseguir. Los implacables guerrilleros utilizaban la ausencia de las tropas ocupantes para castigar a los colaboradores y la población, con la lección aprendida, se hacía cada vez y más reacia a todo compromiso con los ocupantes.

Si el país conquistado hubiera estado en calma, las autoridades francesas habrían podido fácilmente organizar su Administración y a los cuerpos imperiales no les habrían faltado recursos logísticos para sus operaciones. Sin embargo, como sabemos, las limitaciones logísticas terminaron siendo un grave talón de Aquiles para el operativo napoleónico en España. Los guerrilleros no solo disputaron esos recursos y amenazaron a los convoyes que los transportaban, sino que también obligaron a que se emplearan columnas militares para el cobro de los impuestos y la recogida de las contribuciones. Dichas fuerzas consumían parte de esos recursos y debían obtenerlos con el uso de la fuerza y la generalización de las amenazas, lo que producía un gran quebranto y desgaste en la economía local y ante la población.

El mariscal Bessières, al llegar a España a principios de 1811 para hacerse cargo del mando del Ejército del Norte, informó al emperador de

cómo había cambiado la situación desde 1808, cuando estuvo por primera vez, y las dificultades que tenía para cumplir su misión: el agotamiento en que se encontraba el país por el exceso de explotación a que había sido sometido por los ejércitos, la exasperación tanto de las fuerzas como de la población, la dificultad para constituir almacenes debido a la falta de medios de transporte, la insuficiencia de fuerzas imperiales para alcanzar los objetivos fijados, la obligación de poner potentes columnas en campaña para poder cobrar cualquier contribución y la sumisión solo de las localidades ocupadas⁶.

CONTRIBUCIÓN DE LA GUERRILLA A LA VICTORIA GENERAL

La contribución concreta más importante de la guerrilla al éxito final fue el haber retenido, dispersado y desgastado un número tan elevado de tropas imperiales. Que las tropas que combatían a las guerrillas no estaban disponibles para enfrentarse a las fuerzas convencionales es algo muy evidente y es la forma más fácil de evaluar el impacto estratégico de la guerrilla. Si aceptamos el número de 50.000 como probable para el total de hombres que militaban en las partidas irregulares, nos encontramos que para mantener las principales poblaciones y las vías de comunicación los cuerpos imperiales tuvieron que detraer de la totalidad de sus fuerzas en 1810 y 1811 una cantidad superior a los 120.000 hombres. Si tenemos en cuenta que en las anteriores guerras y campañas napoleónicas habían bastado unos pocos miles de hombres para sostener la retaguardia, la diferencia habla por sí misma.

En lo relativo al desgaste es necesario recalcar que las tropas napoleónicas en España sufrieron más bajas, marcharon más kilómetros y dedicaron más tiempo y esfuerzo combatiendo a la guerrilla que al ejército regular español o al ejército aliado luso-británico, si contabilizamos todas las columnas que se constituyeron para la protección de convoyes y estafetas, el control de las vías de comunicación, la recogida



Para mantener abierto el eje Irún-Burgos- Valladolid- Salamanca- Lisboa (en azul), los franceses necesitaron 120.000 soldados

de contribuciones y la persecución de las partidas. Además, se daban bastantes bajas sin necesidad de que hubiera combates, tanto por la fatiga como por las inclemencias del tiempo. Si se producían enfrentamientos, la guerrilla rara vez provocaba muchas bajas en una misma acción y solía retirarse ante los ataques o avances enemigos, pero al estar esta tan extendida y volver una y otra vez al acoso, la aritmética acumulativa compensó con mucho la debilidad relativa. Es cierto que no se debe caer en la contabilidad de bajas como método de evaluación de los logros militares, pero las bajas afectan a la moral, nos dan una idea del empeño dedicado y, en el caso de las tropas empleadas por Napoleón en España, se trataba de soldados curtidos en cientos de batallas victoriosas muy difíciles de reemplazar. Especialmente grave fue

el caso de la caballería, arma clave de la superioridad militar napoleónica y que requería mayores cuidados, y a la que el constante ajeteo de escoltas, columnas de castigo y escaramuzas terminó reduciendo tanto en cantidad como calidad. En la batalla de Arapiles, por ejemplo, tras cuatro años de guerra, Marmont no pudo utilizar todos sus jinetes y parte de las unidades iban montadas sobre equinos apresuradamente requisados, de menor calidad y alzada. Wellington, a quién tanto preocupaba su inferioridad en caballería, gozó en aquella ocasión de la ventaja contraria.

La existencia de la guerrilla afectó a la seguridad, continuidad y rapidez del enlace, algo siempre esencial en los asuntos militares. A esto hay que sumar los innumerables correos que fueron arrebatados y que

producían confusión en los imperiales e información en sus oponentes. La guerrilla se constituía pues en una eficaz red de información en toda la profundidad del despliegue enemigo y en un obstáculo para las tropas imperiales.

Además, al dirigir el emperador las grandes operaciones desde París, la protección de la carretera París-Madrid era esencial para que las órdenes y despachos se intercambiaran con unos intervalos de tiempo que hicieran su contenido coherente. En circunstancias normales un correo urgente podía tardar de París a Madrid cinco o seis días. Al tener que ir estos escoltados en territorio español, el tiempo total se podía alargar a 15 o 20 días. Cuando en el tramo final de la guerra las unidades guerrilleras llegaron a interrumpir el tránsito por períodos de hasta dos



Napoleón, siempre victorioso, conoció la derrota por primera vez en los campos españoles

o tres semanas (lo que hacía que el correo tardara más de un mes en llegar; dos meses y medio con su correspondiente retorno), la dirección estratégica desde París se volvió completamente ineficaz.

Las guerrillas, cuando se fueron convirtiendo en regimientos, aportaron también unidades que sumaron al ejército convencional. Esto sucedió en la segunda mitad de la guerra y sobre todo hacia el tramo final, y tuvo especial importancia porque para entonces el desgaste del Ejército español había sido enorme y dichas tropas se habían levantado con los recursos del territorio que estaba bajo dominio imperial. Algunas de

aquellas unidades como la caballería del Charro, que tanto apreciaba Wellington, o las divisiones del Empeccinado, Espoz y Mina, Porlier o Longa llegaron a jugar un papel bastante notable.

Un factor cuya importancia no debe despreciarse es el impacto moral que la lucha guerrillera tuvo sobre las tropas imperiales y sobre sus jefes. En las memorias francesas se percibe con toda claridad la desesperación de aquellos formidables soldados al tener que enfrentarse a un tipo de lucha que les desagradaba y frente a la que no tenían una respuesta eficaz. La incapacidad de obtener éxitos frente a aquella tropa desa-

rapada hirió el orgullo de muchos de aquellos mariscales y generales y actuó como catalizador de rivalidades y desencuentros empujándoles a tomar decisiones equivocadas unas veces por exceso y otras por defecto. Del mismo modo, la guerrilla sostuvo la moral patriótica y afectó al prestigio de las tropas imperiales, al aparecer estas ante el mundo como una fuerza represora en oposición al ideal libertario que con anterioridad habían representado.

Por último, en apoyo al esfuerzo convencional la guerrilla también tuvo su contribución: tomemos como ejemplo la última y probablemente la más notable ofensiva de Wellington

en 1813. Normalmente el ejército que avanza se debilita y el que retrocede sobre sus bases se refuerza, por ir dejando el primero fuerzas y recursos logísticos atrás y marchar hacia terreno que el enemigo domina, mientras que el segundo se acerca a sus reservas y depósitos combatiendo sobre un terreno que previamente ha estado en su poder y tener por ello mejor información. Sin embargo, en esta gran ofensiva aliada no se dio esta circunstancia: el ejército aliado luso-británico compensaba los hombres que iba dejando atrás con las nuevas fuerzas españolas que iba encontrando sobre la marcha, mientras estas mismas fuerzas guerrilleras, más o menos regimentadas, le mantenían informado de todo lo que sucedía en la profundidad del despliegue enemigo, lo que le permitía incluso adelantar a miembros de su cuartel general para estudiar y preparar las rutas de marcha. Los franceses, por lo contrario, no podían destacar, con toda su eficacia, su pantalla de caballería distribuida en pequeños destacamentos en toda la extensión del frente, por el peligro de que estos fueran aniquilados por las diversas partidas guerrilleras españolas. Mientras vigilaban a la fuerza principal que venía de una dirección, tenían que estar pendientes de todas las demás y tampoco podían mantener un sistema fluido y fiable de informes y despachos por la misma amenaza guerrillera. Clauzel, que acudió desde Pamplona con cuatro pequeñas divisiones al encuentro del rey José, no se encontró con él por haber interrumpido los cuerpos guerrilleros las comunicaciones. Al final José Bonaparte, que disponía en la región de bastantes más fuerzas que su oponente, combatió en la batalla de Vitoria en clara inferioridad numérica.

CONCLUSIÓN

La guerrilla influyó de muchas maneras en el desarrollo y resultado final de la guerra de la Independencia, 1808-1814, la combinación de todos los efectos descritos anteriormente fue determinante para crear la tela de araña en la que los cuerpos imperiales terminaron quedando atrapados. Sin pretender menospreciar la importancia estratégica de los otros dos grandes pilares del esfuer-

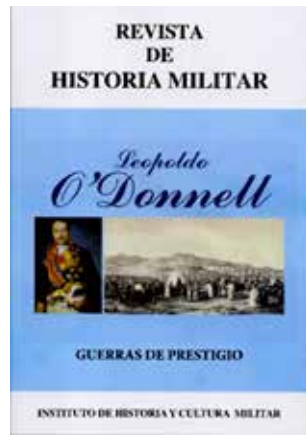
zo antinapoleónico en la península Ibérica, el Ejército español y la fuerza aliada de Wellington, que fue crucial, teniendo en cuenta que el efecto de los tres actores fue complementario, que cada uno cubrió en gran medida las deficiencias de los otros y que durante el primer año y medio de la guerra la actuación de la guerrilla fue muy limitada, es de justicia reconocer que el fenómeno guerrillero dio carácter especial a aquella guerra y que su empeño y recalcitrante determinación sumó la energía y la sinergia necesarias para que el continuo batallar victorioso de las tropas imperiales de Napoleón por toda Europa encontrara en España su fin, como preludio de la derrota definitiva en Waterloo.

NOTAS

1. *Memorial del 1er Regimiento de Fusileros-Granaderos de la Guardia Imperial.*
2. Roguet: *Memoires Militaires.*
3. Clausewitz, C. : *De la Guerra.*
4. Sarramon, J.: *Contribucion à l'histoire de la Guerre de l'indépendance de la Péninsule Iberique contre Napoleon*, volumen 1, pág. II y III.
5. Así lo relata Ramón Santillán en sus memorias. Este fue oficial de la guerrilla del cura Merino y llegó a ser el primer presidente del Banco de España.
6. AHG c8 63-66, *Bessières a Berthier* de 5, 11, 17 y 20 de febrero de 1811, citado por Sarramon.■



Julián Sánchez, alias el Charro, jefe guerrillero cuya caballería fue altamente apreciada por el duque de Wellington



Instituto de Historia y Cultura Militar

ACTIVIDADES CULTURALES



III Certamen de pintura de temática militar en Mallorca

- Presentación de obras: durante el mes de junio
- Centro de Historia y Cultura Militar de Baleares
- San Miguel 69-bis. 07002-Palma de Mallorca
- e-mail: histomilbal@et.mde.es



Exposición: El Servicio Militar Obligatorio. «La mili» en A Coruña

- Museo Histórico Militar de A Coruña. Plaza de Carlos I, nº 1
- Del 19 de abril al 24 de junio
- De lunes a sábado de 10:00 a 14:00 y de 16:00 a 19:00 h.
- mmilcor@et.mde.es



Exposición «Bandera»

- Palacio de San Telmo (Las Palmas de Gran Canaria)
- Del 13 al 29 de julio
- ihcmtenerife@et.mde.es



Exposición Fotográfica «Libano»

- Centro de Historia y Cultura Militar de Canarias. Acuartelamiento de Almeйда
- Del 13 al 29 de julio
- ihcmtenerife@et.mde.es

¿Sabía que?

El Centro de Historia y Cultura Militar de Ceuta es el responsable de la protección, conservación, investigación y divulgación del patrimonio histórico, cultural, documental y bibliográfico de las Unidades del Ejército de Tierra ubicadas en la ciudad de Ceuta más las Islas y peñones de soberanía, que dependen de la Comandancia General de Ceuta.

A él pertenecen el Museo Histórico Militar de Ceuta. El Archivo Intermedio Militar de Ceuta y la Biblioteca Histórico Militar de Ceuta. Avda. de la Marina Española, s/n (51001-Ceuta) Teléfonos: 956 514 066 /889 00 66 Horario: Lunes a Viernes, de 09:30 a 13:00 h Sábado y Domingo, cerrado.

- Museo Histórico Militar de Ceuta Crta. del Hacho, s/n (51005-Ceuta)
- Sala Museo de «La Legión» Avenida Deán Navarro Acuña,6 (51005-Ceuta)
- Archivo Intermedio Militar de Ceuta Acuartelamiento «González Tablas»
- Biblioteca Histórico Militar de Ceuta C/Ingenieros, s/n (Ceuta)



ihycm@et.mde.es

Más información en:

IHMC
Paseo de Moret, 3 (28008-Madrid)
Horario: 09:00 a 14:00 h
Telf. 91 780 87 00
Fax. 91 780 87 04
e-mail: ihcm@et.mde.es

NORMAS DE COLABORACIÓN DE LA REVISTA EJÉRCITO

1. REVISTA EJÉRCITO. AUTORES

La Revista Ejército es una publicación sobre temas técnicos profesionales, que se orienta a facilitar el intercambio de ideas sobre temas militares, cabiendo en la misma cuantas informaciones, opiniones, investigaciones, ideas o estudios se consideren de interés en relación con la seguridad y la defensa, así como con la organización, el personal, la preparación, el empleo, la logística, las experiencias, los proyectos, la historia, la cultura militar, y los valores y tradiciones del Ejército. Así mismo, contribuye a fomentar y mejorar la vinculación entre Ejército y Sociedad para una mayor participación en la cultura de Defensa.

En la Revista Ejército puede colaborar cualquier persona que presente trabajos originales, inéditos y con una redacción adecuada que, por su tema, desarrollo y calidad se consideren acordes a la anterior finalidad.

2. DERECHOS

Los autores de los artículos se comprometen a respetar los derechos de propiedad intelectual que pudieran existir sobre los textos, fotografías, gráficos e ilustraciones que presenten para su publicación, en los términos establecidos por el Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril.

3. DATOS DE CARÁCTER PERSONAL DE LOS COLABORADORES

En cumplimiento de la Ley Orgánica 15/1999, de Protección de Datos de carácter personal, la Sección de Publicaciones de la Subdirección de Asistencia Técnica (SUBAT) procesará los datos personales, incluyéndolos en el fichero de colaboradores y suscriptores de la Revista Ejército. Puede ejercer sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a la Sección de Publicaciones de la Subdirección de Asistencia Técnica (SUBAT), Establecimiento San Nicolás C/ Factor, 12, 4ª planta, Madrid (28013) o por correo electrónico a ejercitorevista@et.mde.es. El colaborador será responsable de la inexactitud o falta de actualización de los datos personales aportados.

4. DOCUMENTACIÓN

Se remitirán los siguientes datos del autor/es:

Nombre y apellidos. Si es militar: empleo, especialidad fundamental, cuerpo, ejército, y si es DEM o no; si es civil: breve currículum, licenciatura, diplomatura o título de mayor categoría.

Dirección postal del domicilio, correo electrónico, fax, y/o teléfono de contacto.

Fotocopia de ambas caras del DNI (o, en caso de no tener la nacionalidad española, fotocopia del pasaporte).

Entidad bancaria: banco o caja, sucursal, dirección postal y código cuenta cliente (código IBAN).

Estos datos son exigidos por la Subdirección General de Publicaciones y Patrimonio Cultural del Ministerio de Defensa, aunque su aportación no conlleva necesariamente la publicación del artículo. No se remitirán estos datos en caso de haberlo hecho anteriormente y no haber sufrido modificación.

5. DOCUMENTOS MONOGRÁFICOS

Los Documentos monográficos son trabajos sobre un tema profesional, especialidad, gran unidad, organización, función organizativa, de combate o logística, operación, etc. que se trata de forma unitaria. Se confeccionan a propuesta de una autoridad u organización o a instancias de la Revista.

Generalmente los Documentos constan de presentación y una serie de 4 a 6 artículos. La extensión total del Documento no será superior a las 15.000 palabras. Su tratamiento es el mismo que el del resto de colaboraciones, que se especifica al final de estas normas. Por la autoridad u organización proponente, se designará un representante para el Documento, que se encargará de la coordinación del trabajo con la Redacción de la Revista.

6. NÚMEROS EXTRAORDINARIOS

Los números extraordinarios, en similitud a los Documentos, son también trabajos sobre un tema profesional, especialidad, gran unidad, organización, función organizativa, de combate o logística, operación, etc. que se trata de forma unitaria, pero con mayor profundidad, detalle y extensión, reservándose un número completo de la Revista para su publicación.

Generalmente los «extraordinarios» constan de presentación y una serie de 12 a 18 artículos, cada uno entre las 2000 y 3000 palabras. Dependiendo del tema, pueden tener distinto tratamiento. Las normas de remisión de textos y gráficos son las mismas que las del resto de colaboraciones. Así mismo, por la autoridad u organización proponente, se designará un representante para el «extraordinario», que se encargará de la coordinación del trabajo con la Redacción de la Revista.

7. PUBLICACIÓN DE TRABAJOS

La Redacción de la Revista acusará recibo de los trabajos, sin que esto comporte su publicación.

Los trabajos no publicados serán devueltos a su autor.

Para publicar en otro medio de comunicación un trabajo ya publicado en la Revista Ejército, habrá de solicitarse previamente autorización a la misma.

De no indicarse previamente por el autor, los trabajos publicados se difundirán en soporte papel, electrónico y digital e irán identificados con el nombre, apellidos y, en su caso, empleo militar o profesión.

Milit@rpedia (Enciclopedia Militar Digital): Los trabajos publicados, con la autorización expresa del autor, se remitirán a la Milipedia para su edición en lenguaje *wiki*, lo que permitirá que otros usuarios de la enciclopedia puedan añadir, modificar, completar, etc, el texto publicado. La autorización del autor se recabará expresamente por la Revista Ejército durante el proceso de publicación del trabajo en la misma.

8. CORRECCIONES

El Consejo de Redacción se reserva el derecho de corregir, extractar o suprimir alguna de las partes del trabajo siempre que lo considere necesario y sin desvirtuar la tesis del autor/es.

9. PRESENTACIÓN DE COLABORACIONES. FORMATOS

Con el objeto de facilitar su tratamiento, mejorar la edición y disminuir en lo posible los errores de publicación, las colaboraciones que se aporten a la Revista deberán remitirse de acuerdo a las siguientes normas:

Textos

1. Es imprescindible su presentación en fichero informático, formato DIN A4, letra ARIAL de tamaño 12 puntos, a doble espacio.
2. El texto se remitirá sin maquetar, incluyendo título que no superará las diez palabras. Los epígrafes o subtítulos no se numeran.
3. Su extensión no superará las 3.000 palabras, incluyendo notas y bibliografía si las hubiere.
4. Las notas, si las hubiere, han de ser breves en contenido y número. Han de numerarse (numeración arábica) y se relacionarán al final del texto y no a pie de página.
5. No se remitirán a la Revista textos clasificados o que muestren marcas de clasificación de seguridad.
6. La bibliografía y fuentes, si las hubiere, estarán debidamente reseñadas y aparecerán al final del artículo.
Se relacionará un máximo de diez, entre notas y bibliografía.
7. Con carácter general, en los artículos se recomienda utilizar el menor número de siglas o acrónimos posible.
No obstante, cuando se empleen, la primera vez tras identificar su significado completo se pondrá entre paréntesis el acrónimo, la sigla o abreviatura correspondiente. Así mismo, cuando el trabajo requiera el empleo de un número considerable de siglas o acrónimos, al final del trabajo, o en documento aparte, figurará la relación de siglas empleadas con su significado.
8. El artículo ha de ir acompañado por un resumen del mismo cuya extensión no superará las 120 palabras.
9. En caso de agregar correcciones en un texto ya remitido, estas tienen que escribirse en color rojo, apareciendo tachado el texto al que modifican.

Gráficos

Se entiende por material gráfico todas las fotografías, tablas, gráficos, esquemas, dibujos, croquis, cuadros, etc, que se remitan para ilustrar un texto. Deberán cumplir los siguientes requisitos:

1. El material gráfico aportado contará con el permiso de su autor. Si procede de Internet, se habrá de verificar que la imagen tiene el permiso de uso y copia, y que se encuentra libre de cualquier derecho de autor (sin copyright o cualquier otra limitación de difusión).
2. Los autores ceden a la Revista los derechos de comunicación pública de sus obras para su difusión y explotación electrónica a través de las redes (Intranet, Internet) y dispositivos inalámbricos que decida la Revista para el acceso on line de su contenido.
3. No se remitirá a la Revista material gráfico clasificado o que tenga alguna marca de clasificación de seguridad.
4. Los archivos del material gráfico han de ser:
De extensión «.jpg» o «.tif» (nunca «.bmp», «.gif» o cualquier otro formato).
Identificados con un nombre inferior a los 20 caracteres.
De un tamaño mínimo de 1.200 píxeles de ancho.
Independientes, es decir, no estar incrustados en un documento de texto (Word o similar) o en una presentación (Powerpoint o similar).
Sin marcas de agua, símbolos o letras sobreimpresas.
5. El material gráfico no estará insertado en el texto remitido por el autor, sino que se incorporará a este la referencia (número o nombre del material gráfico) que indique el lugar en que desea que aparezca.
6. Se debe presentar un archivo, en documento aparte, con los pies de foto o título de los gráficos o tablas (máximo de 15 palabras).
Si proceden de Internet, se deberá indicar la dirección de la página web de donde se hayan extraído.
7. En el caso de aparecer menores de edad, no deberán ser reconocibles sus facciones.

10. DIRECCIÓN

Los trabajos pueden enviarse a las direcciones de:

Correo electrónico

ejercitorevista@et.mde.es

Correo postal

Sección de Publicaciones de la JCISAT
Establecimiento San Nicolás
Calle del Factor, 12 – 4.ª Planta, 28013 – Madrid
Teléfono: 915 160 480 - 819 44 80 • 915 160 488 - 819 44 88
FAX: 915 160 390 - 819 43 90



Mira en haces guerreras
La España toda hirviendo hasta sus fines,
Batir tambores, tremolar banderas,
Estallar bronce, resonar clarines;
Y aun las antiguas lanzas
Salir del polvo á renovar venganzas.

Suélta la dura reja
El labrador por la fatal cuchilla:
El tierno esposo á su familia dexa:
Besa la madre al hijo en la mexilla,
Le arma el brazo inexperto,
Y le dice al partir, vengado, ó muerto.

Profecía del Pirineo
Juan Bautista de Arriaza
(Madrid 1808)



Malasaña y su hija se baten contra los franceses...
Obra de Eugenio Álvarez Dumont
Museo del Prado

EL ESPÍRITU DE SERVICIO

**Disposición permanente
para anteponer siempre
el bien común al propio,
dando a nuestra vida
un sentido de compromiso desinteresado
en beneficio de los demás.**

VALORES DEL EJÉRCITO DE TIERRA

REVISTA EJÉRCITO

Establecimiento San Nicolás
calle del Factor nº 12 - 4ª planta C.P.: 28013 MADRID
Central Teléf.: 915160200
Administración y Suscripciones Teléf.: 915160485
Telefax: 915160390
Redacción Teléf.: 915160482
Edición Teléf.: 915160480
ejercitorevista@et.mde.es

